

ULPIANO ÁLVAREZ

Santa Mónica.
Retrato de una madre

© EDICIONES ESCURIALENSES
Real Monasterio de El Escorial Madrid (España)
Depósito Legal: S.
I.S.B.N.: 84-86161
910-1993 *35-5 Imprenta «KADMOS», s.ex.
Río Ubierna, naves 5-6 (Polígono «El Tormes»)
Teléfs. (923) 21 98 13 - 23 02 51 Salamanca 1993

m

morgan

Ediciones informáticas

©2012

PRÓLOGO Parece conveniente, porque ayudará a una mejor comprensión de lo escrito, indicar, como punto de partida, el origen y motivo de la obra, así como el modo de desarrollarla.

Por mis actividades y dedicación nunca había pasado por mi mente escribir algo sobre Santa Mónica, aunque, como es natural en un agustino, conociera su vida con bastante detalle. Tampoco había visto en ella, sin duda por no haber reflexionado detenidamente sobre su vida, una ejemplaridad y mensaje tales como para forzarme a su comunicación.

En lenguaje corriente solemos acudir a la casualidad para explicar muchas cosas; desde una óptica de fe no se puede hablar de casualidad sino de providencia. Y San Agustín nos lo afirma una y otra vez cuando en sus Confesiones analiza la trayectoria de su conversión. Y así, en mi caso, no juzgo casual, sino providencial el hecho de haberme encontrado un día, pronto hará dos años, con un grupo de mujeres, cerca de cincuenta, que se reúnen los miércoles en afán de oración, escucha de la palabra y enriquecimiento.

Intentan lograrlo agrupadas en la «Asociación Religiosa Comunidad de Ayala», comunidad catecúmeno!

bajo cuya pauta orientan su vida de fe.

Y providencial fue también que el día del encuentro coincidiera con el 13 de noviembre, fecha del nacimiento de San Agustín. Naturalmente el rumbo de nuestro diálogo, dado lo significativo del día, se orientó hacia el santo y su madre, Santa Mónica, a la que con brevedad y muy por encima presenté como habiendo vivido muchas de las vicisitudes por las que ellas están pasando y en consecuencia, como posible modelo y protectora para quien sepa acercarse a ella.

Interesadas en el tema suscitado y un tanto intrigadas, pues confesaron saber muy poco acerca de la santa, me pidieron unas charlas o catequesis acerca de ella, a lo que accedí.

Puesto a ello y con miras a ir preparando las catequesis, acudí a alguna vida de Santa Mónica que tenía a mano. Me encontré, y hablo desde una apreciación puramente personal y sin asomo de crítica, me encontré, repito, con que me decían muy poco, más por el modo y enfoque que por los hechos de su vida, que para todos son prácticamente los mismos. Y por ello me vi tan alejado de la santa y su espíritu, como incapaz de transmitir mensaje alguno, cual era mi propósito.

Fue entonces cuando, reflexionando sobre cómo salir adelante con mi empeño y hojeando repetidamente las Confesiones de San Agustín, me vino la idea de hablar de la madre sólo desde el hijo y, en lo posible, con sus mismas palabras. Nadie mejor que Agustín, a través de sus personales vivencias y su cálido lenguaje, para hacernos patente todo lo que en sí encierra la figura de su madre.

Y en esa línea, y conforme iba avanzando en el intento, fui descubriendo en Santa Mónica una riqueza que antes, en la simple lectura de su vida, no se me había manifestado.

Riqueza que intenté volcar en las charlas, en las que descubrí que muchas de las oyentes se identificaban con la santa en diversas facetas de su vida. Esto me animó a seguir en la orientación emprendida, e incluso me llevó a ir recogiendo por escrito lo que iba exponiendo.

No pensé en un principio en un libro, sino en un conjunto de folios, fáciles de multicopiar y de poner al alcance de quien pudiera estar interesado en el tema. Ya avanzado lo escrito, me encariñé con la idea de publicarlo, idea que muchos de mi entorno afianzaron.

Éste ha sido el origen del libro, y es preciso que quede claro que su móvil u orientación han sido más bien pastorales, sin la pretensión de ofrecer una vida científica con todas las exigencias que un trabajo así implica, lo que también se indica en la Introducción.

Y desde este enfoque se explica la carencia en su cuerpo doctrinal de ciertos complementos o datos que en una pretendida y

formal biografía no debiera darse, pero que aquí hubieran roto la marcha y desviado la atención del fin primordial: únicamente presentar a Santa Mónica como fiel testimonio de la fe viva de la Iglesia y hacer ver cómo su experiencia cristiana y su azaroso e inquieto caminar tras el hijo -siempre movida por su fe-, hasta lograr su conversión, puede hacerse vida en la mujer de hoy.

Como alguna sugerencia posterior ha insistido en la conveniencia de llenar ciertas lagunas, lo hemos intentado en los apéndices, que no rompen la marcha de la obra y pueden satisfacer curiosidades histórico-biográficas que completen lo escrito.

EL AUTOR

PRESENTACIÓN

Tenemos un título: RETRATO DE UNA MADRE. Esa madre es Santa Mónica. Nuestro propósito es únicamente recoger lo que San Agustín nos cuenta, y ya que él resalta, casi de modo exclusivo, su actuación como madre, de ahí nuestro título.

No pretendemos una vida completa de la santa. Se pueden encontrar muchas y siguen apareciendo otras.

Por lo mismo, de estas páginas van a estar ausentes muchos aspectos imprescindibles en una biografía: época, ambiente, costumbres, lugares...

Intentamos solamente una historia personal, viva, centrada fundamentalmente en Santa Mónica como madre. Una historia que nos haga vivir la trayectoria, en general angustiada, siempre tensa y aleccionadora de una madre que persigue, incansable, la conversión de su hijo.

Una madre que pondrá en juego cuanto esté a su alcance

-y veremos que es mucho- para lograr que ese hijo vuelva a la fe de su infancia, que ella, con ilusión y cariño, le inculcó, que ella vive hondamente y sin la cual no concibe el vivir.

Es, siguiéndola en esta línea, como aparecerá, y sin el recurso a exaltaciones fáciles y elogios forzados, el temple extraordinario, la innegable santidad y la gran talla de la santa como digna de figurar entre las grandes mujeres del cristianismo.

En su vida pretendemos, sobre todo, explorar vivencias.

Ellas enlazan con lo íntimo de la persona y la manifiestan, y ellas se nos muestran cargadas de tal cantidad de valores que, al final, desembocarán en un rico y esclarecedor mensaje.

Saborear ese rico contenido y desvelar y recrearse en esas vivencias no aparece fácil, sobre todo si se deja de lado la fuente de donde emanan y en la que es imprescindible beber. El peligro, cuando de la historia de la santa se trata, es querer hacer algo original y nuestro, cuando lo fundamental ya está hecho, y magistralmente hecho, por San Agustín en sus Confesiones.

Seguiremos, pues, ese largo peregrinar de Santa Mónica, más con las palabra llenas, acertadas y expresivas de su hijo, que con las nuestras, siempre pálido reflejo de aquéllas, y que nunca agotarían tan rico contenido.

Y, por lo mismo, nos centraremos, como línea directiva, en los textos de San Agustín escritos con el amor y entusiasmo de un hijo, pero -y estamos seguros de ello- con la rigurosa veracidad que caracteriza a su obra.

La sinceridad con que habla de sí mismo, aun en aspectos que no oculta y que podrían contribuir a desvalorarle, así como lo delicado de su conciencia cristiana en el momento de escribir -era ya obispo-, nos llevan a no poner en duda, ni considerar exagerado cuanto afirma acerca de su madre. Es más, si algo nos atrevemos a criticar en él es la sobriedad en hablar de ella. Lamentamos, al intentar reconstruir su vida, la cantidad de lagunas con que tropezamos y los incontables interrogantes que nos salen al paso y que no hallan respuesta en las Confesiones. Y San Agustín pudo llenar esos vacíos, pero no lo hizo. No olvidemos que las Confesiones es casi la única obra donde nos habla de su madre y que nacieron con el exclusivo propósito de narrar su propia vida. Lo que cuenta de su madre fue surgiendo, unas veces como imprescindible para encuadrar y comprender lo que de sí mismo afirma, y otras, al evocar la muerte de su madre, como sintiéndose forzado a perpetuar su memoria, en obligado tributo de hijo, deudor sobremano.

Nuestro trabajo, supuesto lo dicho, intentará glosar lo escrito por San Agustín -de ahí el recurso constante a sus mismas palabras-, hacer explícito su rico contenido, dar unidad a esos mismos textos, bastante

dispersos en la obra, y aportar una personal reflexión sobre la admirable y excepcional figura de Santa Mónica.

Desde esta perspectiva cobra sentido el título que figura al frente de este trabajo, SANTA MONICA. RETRATO DE UNA MADRE: Porque es así. Cuanto de ella podemos saber se lo debemos a su hijo. El nos la ha presentado, trece años después de su muerte. Y lo ha hecho transparentando la nostalgia del dulce recuerdo, en unas pinceladas de hermoso y brillante colorido, rebosantes de amor filial y de reconocida gratitud.

Y como, según se irá viendo, las dos vidas, la de la madre y la del hijo, aparecen constantemente entrelazadas, da la impresión de que al intentar la vida de Santa Mónica estarnos también haciendo la de San Agustín.

Y en parte, así es, si bien no sea ese nuestro propósito.

Son dos vidas tan estrechamente unidas cual se conocen pocas y, ciertamente, por lo que a nuestro propósito se refiere, a la madre sólo se la puede conocer y vivir desde el hijo. Así, al hablar de ella, por fuerza han de hacer acto de presencia hechos, gestos y actitudes de aquél. No obstante, por lo que se refiere a Agustín, únicamente recogeremos lo imprescindible para completar y dar unidad a la vida de Mónica, que centra nuestro interés, salvo en lo tocante a la conversión, que reflejaremos con cierta amplitud.

Son las Confesiones una obra no extensa, aunque dividida en trece libros, escrita hacia el año 400, siendo ya obispo. Se dice de esta obra que es el libro más leído después de la Biblia. Aún ahora, aquí en España, se multiplican las ediciones. Y sabemos que ya en su tiempo tuvieron éxito. El mismo santo, al final de su vida, hace alusión a esto: «¿Qué libro hay de los míos que sea más frecuentemente leído que el de mis Confesiones?» . Y en otro lugar: «Sé que mis Confesiones han agradado y agradan a muchos de mis hermanos» 2. No obstante a San Agustín lo que le preocupa no es el hecho de que agraden o no, sino el fruto que puedan producir. Y también sabía el santo que los nueve primeros libros -los otros cuatro

parece que fueron escritos más tarde- habían producido fruto y ayudado a muchos.

Con su delicada altura espiritual plantea y aclara esto cuando se propone escribir los últimos cuatro libros.

Dice: «No obstante esto, Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto haga yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos -que Tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en Ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento-, cuando son leídas y oídas, excitan el corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo, sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad » 3.

El fruto que ya en su tiempo produjeron las Confesiones se ha visto prolongado a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Y la razón de ello, según testimonio unánime, es que se trata de un libro escrito con el corazón, y el corazón de Agustín que, según su propio testimonio, es el corazón humano⁴. Vuelca y retrata su alma, lo bueno y lo malo que encuentra en ella, con tal sinceridad y religiosidad que cautivan. Son muchos los que han confesado haberse visto reflejados en ellas como en un espejo, y muchos los que han encontrado, a través de su lectura, al Dios desconocido, o reencontrado al Dios perdido.

El anhelo principal, que destaca a lo largo de su obra y que se desprende con claridad de su lectura, es llevar muchas almas a Dios. San Agustín, en el bien y antes en el mal, nunca pudo estar solo. Al mismo tiempo, y de manera muy acusada, se encuentra uno con que las Confesiones son un canto a la providencia divina, a su misericordia y a su gracia. Son experiencias en su vida que proclama con profusión.

Se quejan algunos de no haber podido leer las Confesiones, a pesar de haberlo intentado. Creemos que no han sabido acercarse a ellas. No se trata de un libro corriente de simple lectura para un rato de distracción.

Es un libro de reflexión, y es preciso intentar saborear sus páginas con sosiego. Bastarán, a veces, unas líneas o una simple frase, intentando descifrar su alcance, para compensar el hecho de haber abierto el libro. Al ser nuestro propósito y orientación -según ya indicamos- utilizar como base los textos de las Confesiones, gustarlos y explicitar su rico contenido, creemos que eso podrá ayudar a entrar luego, con gusto, en una lectura que en un principio pudo resultar más bien árida.

Dentro ya de las Confesiones, el libro en que más se detiene en su madre es el noveno. La muerte de Santa Mónica le llevará a evocarla de una manera especial y a ofrecernos algunos detalles concretos de su vida. Serán, no obstante, los anteriores libros, sobre todo cuando se empieza a ver el largo peregrinar de la madre tras el hijo descarriado, cuando lentamente se nos irá haciendo patente la extraordinaria figura de la santa. Ello permitirá, al final, poder presentarla, sin duda ni reparo alguno, como modelo de mujer, de esposa y, sobre todo, de madre.

I. INFANCIA

«No referiré yo sus dones, sino los tuyos en ella. Porque ni ella se hizo a sí misma, ni a sí misma se había educado».

(Conf., IX, 8, 17).

Como punto de partida, al comenzar con la vida de la santa, hago más las palabras de monseñor Bougaud, autor de una hermosa vida. Abre así su introducción «La historia que me propongo narrar no debiera escribirse; debiera cantarse, porque es un poema. El poema, en efecto, del amor más bello que ha existido; del amor más profundo y más tierno, del más elevado y más puro, como también del más fuerte, más paciente y más invencible; del amor que a través de veinticinco años de pruebas y de lágrimas, sin un momento siquiera de descanso, no disminuye; antes bien, crece con las contradicciones, y viene a ser tanto más ardiente y tanto más tenaz, cuanto mayores son los obstáculos que ha de vencer; y que triunfando al fin (porque, ¿quién sería capaz de resistir tanto amor?), termina dichosamente en una especie de arrobamiento y éxtasis» '.

Es un párrafo, el anterior, que adelanta lo sublime de una historia que va a narrar. Historia que lleva a la inevitable admiración. Pero, por eso también, la dificultad de ofrecer un relato que refleje, lo más vivamente posible, el rico contenido que esa vida encierra. De ahí que básicamente dejemos hablar a San Agustín. Nadie mejor que él, por lo mucho que amó a su madre y porque vivió tan íntimamente su peregrinar tras él, puede transmitirnos lo que ella fue. Escribe con el convencimiento de que lo que él es se lo debe a los méritos y sacrificios de ella.

Cuando más se detiene Agustín hablándonos de su madre es cuando narra el momento de su muerte. Reaviva ahora su recuerdo, y el corazón, agradecido a lo mucho recibido de ella, se considera obligado a darla a conocer. «No callaré -dice- lo que mi alma me

sugiera de aquella tu sierva que me parió en la carne para que naciera a la luz temporal y en su corazón a la eterna » 2.

Y nos indica, acto seguido, la línea que va a presidir su relato y que será, no tanto hacer hincapié en sus dotes o cualidades, que por fuerza han de aparecer, cuanto resaltar la acción de Dios, a quien todo se debe: «No referiré yo sus dones, sino los tuyos en ella. Porque ni ella se hizo a sí misma, ni a sí misma se había educado» 3.

Apenas se detiene Agustín en los primeros años de su madre. Una breve referencia a que nació en una familia cristiana y como tal fue educada: «Tú fuiste quien la creaste, pues ni su padre ni su madre sabían cómo saldría de ellos; la Vara de tu Cristo, el régimen de tu Único fue quien la instruyó en tu temor en una casa creyente, miembro bueno de tu Iglesia» 4. Aunque parco, estas primeras manifestaciones nos llevan a pensar en el compromiso y vivencia cristianos desde su niñez, y nos explican la profunda experiencia religiosa de que posteriormente dará pruebas Santa Mónica: nace «en una casa creyente, miembro bueno de tu Iglesia». Es en su hogar donde bebió Mónica los sentimientos, tanto morales como religiosos, que luego presidirán el suyo.

Es preciso advertir cómo el santo siempre, ante cualquier hecho, se eleva al Señor y todo lo enfoca desde lo alto. Es una constante en las Confesiones y que nos saldrá al paso continuamente. Por precisar un poco, en el texto antes citado encontramos estas expresiones: «tus dones en ella», «no se educó a sí misma», «Tú fuiste... tu Cristo la instruyó en tu temor».

Refiriéndose a estos primeros años, y al contárselo a Agustín, ella daba tanta o más importancia que a su madre, al influjo de una anciana sirvienta, «que había llevado a su padre, siendo niño, a la espalda», que era respetada y querida en la casa y a la que confiaban las niñas, «siendo en reprimirlas, cuando era menester, vehemente con santa severidad y muy prudente en enseñarlas ». Una educación la de la anciana sirvienta más bien espartana. En efecto, cuenta que fuera de las comidas, que hacían con sus padres, no les dejaba beber agua,

aunque se muriesen de sed. Les decía que si ahora bebían agua, beberían luego vino, una vez que fueran dueñas de la bodega y despensa .

Y pareció tener razón la anciana sirvienta, antes de lo que ella hubiera podido imaginar. Porque, según Mónica contó al hijo, siendo todavía niña, la mandaban sus padres a sacar vino de la bodega para la comida, acompañando a una criada. Es muy posible que se ofreciera ella, cosa nada extraña en los niños. Y sigue con que «antes de echar el vino en la botella o ánfora sorbía un poquito con la punta de los labios, no más por rechazárselo el gusto». Cosas de la edad, disculpa Agustín, pero, «añadiendo un poquito todos los días, vino a caer en aquella costumbre, hasta llegar a beber con gusto casi toda la copa». Se pregunta Agustín dónde estaba la avispada y, tal vez, desconfiada anciana que así se dejó engañar.

El desenlace para Agustín de este infantil episodio fue que el Señor la curó y sanó, «según sus secretas providencias », por medio de «un duro y punzante insulto».

En efecto, discutió un día con la sirvienta a la que acompañaba, estando las dos solas, y ésta «le echó en cara ese defecto con acerbísimo insulto, llamándola borrachína.

Herida ésta con tal insulto -estamos leyendo-, comprendió la fealdad de lo que hacía y al punto lo condenó y arrojó de sí» 7. Agustín, con la sinceridad que le caracteriza, relata esta insignificante anécdota del vino. Y, creemos, más para ensalzar a su madre por su reacción, ya que al parecer no volvió a beber vino, pues «al punto condenó y arrojó de sí» el defecto.

Este es el único fallo o defecto que conocemos de Mónica en su infancia. Y es curioso que el hijo, que sin duda conocía muchas cosas buenas, solamente nos señale un defecto. Que no fue exagerado ya lo vemos por el modo con que lo presenta, aunque a ella sí le dolió, y mucho, al darse cuenta de ello por las palabras de la sirvienta.

El término empleado de «borrachína», si bien indica lo pequeño del fallo, tuvo que parecerle horroroso, por la reacción. Y, ciertamente, todo nos habla de la buena índole de Mónica, que lo reconoció y no se empeñó en defenderse ni disculparse, y sí en curarse.

Nada más nos dice San Agustín acerca de su madre, niña o joven. Si quisiéramos añadir algo en torno a esas etapas sería a base de conjeturas, que no responderían a la verdadera historia. En efecto, algunos autores de su vida recogen tradiciones, ciertamente no procedentes de Agustín o de su inmediato entorno, y sí bastante posteriores.

Hablan de que siendo niña dejaba los juegos e iba a la Iglesia... se levantaba en la noche para orar... de su amor a los pobres, que la llevaba a guardar cosas de la mesa a hurtadillas, y otras cosas por el estilo 8. Son afirmaciones que no juzgamos fundadas ni necesarias para darnos la verdadera talla de Mónica.

Entre esas fuentes están: Un Breviario de los Canónigos Regulares de San Agustín, otro de una Iglesia particular de Francia y los Bolandianos, colección que recoge muchas cosas de la antigüedad.

II. ESPOSA Y MADRE

«Fue dada en matrimonio a un varón, a quien sirvió como a señor, y se esforzó por ganarle para Ti, hablándole de Ti con sus costumbres, con las que la hacías más hermosa y reverentemente amable y admirable ante sus ojos».

(Conf., IX, 9, 19).

Comienza una etapa en la vida de Mónica importante, decisiva y, desde un punto de vista humano, difícil, si no dramática. Y comprobamos ser verdad que Dios escribe recto con renglones torcidos y que sus caminos no son los nuestros, ni sus pensamientos son nuestros pensamientos.

Muy sobriamente nos sitúa Agustín ante esta nueva etapa: «Así, pues, educada púdica y sobriamente, y sujeta, más por Ti a sus padres que por sus padres a Ti, luego que llegó plenamente a la edad nubil fue dada en matrimonio a un varón»

Acabamos de escribir que nos encontrábamos ante algo de tinte difícil. Y ciertamente, visto desde fuera, era un matrimonio que nada bueno auguraba, aun suponiendo que no fuera contra sus sentimientos. «Fue dada en matrimonio»: la expresión parece indicar, y es lo más probable, supuesto el ambiente de la época, que ella no pudo elegir. Parece que Agustín ha ido escogiendo las palabras, pues antes ha indicado: «sometida por Ti a sus padres». Sometimiento que, con seguridad, implica, en cuanto al matrimonio, aceptar el arreglo familiar que ellos verían como conveniente o que las circunstancias impondrían. Para ella, por darse esto en conformidad con las costumbres vigentes, no supondría la dureza con que hoy, desde una perspectiva tan lejana y distinta, lo podemos juzgar; pero no es fácil imaginarla ilusionada.

Hemos leído también que esto ocurrió cuando ella «llegó plenamente a la edad nubil». La edad nubil entre los romanos era a

los doce años. Al decirnos «plenamente», Agustín parece querer indicar ya una plenitud de mujer superior a esa edad. Pudo haber unos esponsales o promesa de matrimonio, cosa frecuente, con espera hasta el momento adecuado. De hecho, aunque en ningún lugar consta la edad, algunos autores se inclinan por poner el matrimonio a los veintidós años. Se podría aceptar esa edad, pues sabemos que Agustín, su primer hijo, nació teniendo Mónica veintitres años. No obstante, la costumbre parecía ser casarlas más jóvenes.

Y, siguiendo con las expresiones ya citadas, nos encontramos con que «fue dada en matrimonio a un varón». Es curioso el modo de hablar de Agustín, porque ese varón fue su padre. Parece verse obligado a recordar el hecho, pero sin entusiasmo y con cierta frialdad. Y el no utilizar la palabra joven y sí varón lleva a pensar que la superaba en edad; afirman algunos autores, aunque no hemos encontrado base para ello, que la doblaba en edad. Y muy pronto veremos que no era cristiano como ella, sino pagano.

No es necesario detenerse mucho en todo lo indicado para darnos cuenta de que las perspectivas de un tal matrimonio no podían ser menos halagüeñas y esperanzadoras.

Y es natural que nos preguntemos por la actitud de Mónica ante este cuadro, que luego veremos aún más ensombrecido.

Si bien pronto dará más detalles en torno al matrimonio, adelanta Agustín la respuesta acerca de la actitud de su madre. Y una respuesta en la que Mónica, jovencita de veintidós años y recién casada, aparece con un temple y una madurez que nos llevan ya a pensar en la extraordinaria mujer que preludia y en que se convertirá.

Retomando algunas palabras, leemos: «Fue dada en matrimonio a un varón, a quien sirvió como a señor, y se esforzó por ganarle para Ti, hablándole de Ti con sus costumbres, con las que la hacías más hermosa y reverentemente amable y admirable ante sus ojos»

Unas líneas breves, pero ricas en contenido, y una hermosa manera de ofrecernos la actitud de su madre.

Tiene un marido pagano. Está, con seguridad, de vuelta ya en la vida de todo ante una joven e inexperta esposa.

Posiblemente era inútil hablarle de religión, si bien parece que la toleraba en ella. Lo más probable es que lo religioso nada le interesara y pasara de ello, si es que no se sonreía con cierta condescendencia ante la ingenuidad de su mujercita, que creía en cosas raras.

Únicamente queda ante tal situación un camino «servirle como a señor y predicarle con las costumbres».

Esto parece le cautivaba y la hacía hermosa y admirable a sus ojos. Hay una belleza, la del alma, que se presenta con una fuerza y poder cautivadores. Es la que irradiaba de Mónica y la que podía esgrimir como única arma en una confrontación tan desigual como la que podía darse entre ella y su marido.

Santa Mónica tuvo que contar a su hijo cómo vivió estos años de matrimonio y las dificultades con que se encontró. Alguna más la veremos pronto. Lo que sí sabemos es que las sorteó sin grandes contratiempos y las superó merced a su dulzura y piedad. Sólo un alma como la suya pudo encajar así un tal matrimonio y convertirlo en ejemplo para generaciones futuras.

Como por ascuas, y sin apenas detenerse, alude el santo a otro aspecto muy duro del matrimonio de su madre: la infidelidad del marido. La época era de gran libertinaje, sobre todo de los hombres.

Patricio -este era el nombre del marido-, mayor ya, no habría llevado una vida muy ordenada en cuanto a mujeres. Vida que, como cosa natural, siguió llevando en el matrimonio. Para él, posiblemente, algo normal; para Mónica, aun suponiendo que lo pudiera considerar bastante corriente en la época, no dejaría de dolerle, y mucho.

Sobrio, Agustín presenta el hecho y la respuesta de su madre: «De tal modo aceptó las injurias de sus infidelidades, que jamás tuvo con él, sobre este punto, la menor riña, pues esperaba que tu misericordia vendría sobre él, y, creyendo en Ti, se haría casto» 3.

Nótese que habla en plural, «injurias de sus infidelidades». Pudo tratarse de la pluralidad del hecho, o de un modo corriente de vida que se podía esperar de un pagano, y que sólo la conversión podría remediar. Tal vez esta esperanza de conversión fuera el único motivo que la llevaba a resignarse a esta situación, por lo demás, de momento, inevitable. Un enfrentamiento no solamente hubiera llevado a agriar unas relaciones y una vida de hogar, sino a algo peor; dado el ambiente, nada hubiera solucionado y hubiera tenido negativa repercusión en los hijos. La actitud de Mónica ante esta situación, reflejada en el texto y para muchos incomprensible, no podía ser más sublime y muy propia de quien tanto se había de sacrificar por salvar a su hijo y llevar a Dios a cuantos la rodeaban. Actitud exclusivamente fruto de una profunda fe cristiana y de una fe vivida intensamente.

Esta edificante prudencia, elevación de miras y resignación de Mónica ante un hecho, posiblemente inevitable, no excluye el que le doliera profundamente, y no pensemos encontrarnos ante una resignación fatalista. Y que este dolor lo llevó dentro lo manifestará algo más tarde, cuando, ante los dieciséis años de Agustín, que está comenzando a correr por los caminos de la libertad, el único consejo que nos recuerda de su madre es que le recomendó encarecidamente que no adulterase. Sin duda pesaba en ella, y mucho, lo vivido en su matrimonio. San Ambrosio, que -según veremos- tanto influyó en la conversión de San Agustín, y que tanto apreció a Mónica y conoció su historia, habla de «martirios» secretos del alma dentro de los hogares. Casi seguro que tendría en su pensamiento, entre otros, el hogar de Santa Mónica, que sin duda conocía.

Es posible, también, que este hogar, en principio poco feliz y de pocas perspectivas de felicidad conyugal, llevara a Mónica -lo que desde un punto de vista humano es frecuente- a volcarse en los hijos, como consuelo o compensación de insatisfacciones matrimoniales. De hecho, vemos a Santa Mónica tan volcada en los suyos, sobre todo en Agustín, que abona esta presunción, nada extraña.

Continuando con su vida matrimonial, no le faltó a Mónica el lado positivo, según el relato de las Confesiones.

Dice allí San Agustín -y esto, sin duda, también se lo contaría su madre- que Patricio era «sumamente cariñoso». Nótese el superlativo «sumamente», que con seguridad le compensaría en parte de otros muchos sinsabores.

Pero al mismo tiempo leemos que era «extremadamente colérico», también expresión en grado superlativo.

Esto nos hace pensar en los equilibrios que Mónica se vería obligada a hacer para no enfadarle, y cómo tuvo la prudencia de escoger los momentos oportunos, según el hijo, para hacerle cualquier aclaración u observación, inevitables en una vida matrimonial.

El texto de las Confesiones que nos da cuenta de esto es suficientemente explícito y, a la vez, parece tener interés en insistir en dejar clara la actitud de Mónica ante las situaciones difíciles o delicadas con que se encontraba en su matrimonio «Era éste, además, si por una parte sumamente cariñoso, por otra extremadamente colérico; mas tenía ésta cuidado de no oponerse a su marido enfadado, no sólo con los hechos, pero ni aún con la menor palabra; y sólo cuando le veía ya tranquilo y sosegado, y lo juzgaba oportuno, le daba razón de lo que había hecho, si por casualidad se había enfadado más de lo justo»

Son detalles acerca de la conducta de Mónica en relación con su marido que solamente puede saber Agustín por confidencia de la misma.

Esta conducta con su marido, que tan buenos resultados daba a Mónica, procuró aconsejarla a las casadas con quienes mantenía relación. Presentaban éstas muchas veces los rostros con señales de haber sido maltratadas y se quejaban a Mónica de sus maridos. «Entre bromas», les recordaba ésta que, desde el momento en que les habían leído las «tablas matrimoniales» (se habían casado), se habían convertido en «siervas» de sus señores y no podían ofenderles. Un modo un tanto incomprensible hoy de entender la relación marido-mujer, pero, posiblemente, única y sabia solución para una época caracterizada por el exclusivo predominio del varón.

Igualmente, y para ayudarlas, les hablaba de cómo ella llevaba su matrimonio. Y se admiraban, conociendo el carácter tan colérico de su esposo, de no haber visto en ella señal alguna de maltrato. Añade San Agustín que algunas, que siguieron sus consejos, experimentaron el cambio en su vida y le daban gracias por ello.

Copiamos íntegro el texto de las Confesiones en el que se narra esto, aunque sea un poco largo, siguiendo nuestro propósito de apoyarnos en Agustín y de que se conozca a la madre a través del hijo, más que a través de cualquier comentario, siempre menos rico y expresivo «Finalmente, cuando muchas matronas, que tenían maridos más mansos que ella, traían los rostros afeados con las señales de los golpes y comenzaban a murmurar de la conducta de ellos en sus charlas amigables, ésta, achacándolo todo a su lengua, advertíales seriamente, entre bromas, que desde el punto que oyeron leerles las tablas llamadas matrimoniales, debían haberlas considerado como un documento que las constituía en siervas de éstos; y así, recordando esta su condición, no debían ensoberbecerse contra sus señores».

«Y como se admiraran ellas, sabiendo lo feroz que era el marido que tenía, de que jamás se hubiese oído ni traslucido por ningún indicio que Patricio maltratase a su mujer, ni siquiera que un día hubiesen estado desavenidos con alguna discusión, y le pidiesen la razón de ello en el seno de la familiaridad, enseñábales ella su modo de conducta, que es como dije arriba. Las que la imitaban experimentaban dichos efectos y le daban gracias; las que no la seguían, esclavizadas, eran maltratadas» 6.

No terminan, con lo narrado, los problemas en la vida familiar de Mónica. A la difícil situación que le planteaba su marido, hay que añadir la también difícil convivencia con su suegra, bajo el mismo techo y pagana como Patricio. Parece ser que ya muy pronto, si no desde el principio, mostró cierta prevención contra la nuera.

En esta prevención la acompañaron, y a ella contribuyeron, las criadas, que posiblemente tampoco serían cristianas. Una de las causas, los chismes de las malas criadas.

Así lo refiere Agustín: «También a su suegra, al principio irritada contra ella por los chismes de las malas criadas, logró vencerla de tal modo con obsequios y continua tolerancia y mansedumbre, que ella misma, espontáneamente, manifestó a su hijo qué lenguas chismosas de las criadas eran las que turbaban la paz doméstica entre ella y su nuera, y pidió se las castigase».

Nada nos dice del tiempo que esta situación pudo durar, ni concretamente en qué hechos pudo manifestarse.

Sí, en cambio, recalca lo logrado y el modo de lograrlo, que no nos extraña en Mónica, supuesto lo que ya conocemos de su manera de actuar: consiguió congraciarse con la suegra a base de «obsequios y continua tolerancia y mansedumbre». Esto no se alcanza en poco tiempo, y podemos imaginar su sufrimiento ante tal situación. El hecho de ser una de las pocas cosas concretas que nos recuerda Agustín nos lleva a suponer que le afectó, y bastante.

Lo conseguido por su suegra tal vez superó sus expectativas y no estaría muy de acuerdo con sus sentimientos.

Pero la suegra no tenía la paciencia y bondad de Mónica, y pidió al hijo -y lo consiguió- el castigo de las chismosas que, con sus cuentos, la habían llevado a ofender a su nuera: «Y así, después que él, ya por complacer a la madre, ya por conservar la disciplina familiar, ya por atender a la armonía de los suyos, castigó con azotes a las acusadas a voluntad de la acusante, aseguró ésta que tales premios recibirían de ella quienes, pretendiendo agradarla, le dijeran algo malo de su nuera»

Aunque no debía ser muy extraño este castigo en la época, indica no obstante que tuvo que ser bastante lo que se ensañaron con la santa. Y todo, una vez más, nos lleva a pensar que la vida de la joven casada no fue nada fácil. Sencillo y bonito el fin y desenlace de este episodio «Y no atreviéndose ya ninguna a ello (hablar mal de Mónica), vivieron las dos en dulce y memorable armonía » 9.

En este momento Agustín señala otra cualidad de su madre, y que califica como «don grande»: ser pacificadora entre personas discordes y enfrentadas; en último término, entre sus vecinas, que no es nada fácil. Escuchaba los duros ataques y críticas de unas contra otras, guardándolos para sí. Y, sin ser chismosa, utilizaba solamente aquello que podía servir para reconciliarlas «Igualmente a esta tu buena sierva, en cuyas entrañas me criaste, ¡oh Dios, misericordia mía!, le habías otorgado otro gran don: de mostrarse tan pacífica, siempre que podía, entre almas discordes y disidentes, cualesquiera que ellas fuesen, que con oír muchas cosas y durísimas de una y otra parte, cuales suele vomitar una hinchada e indigesta discordia, cuando ante la amiga presenté desahoga la crudeza de sus odios en amarga conversación sobre la enemiga ausente, que no delataba nada a la una de la otra, sino aquello que podía servir para reconciliarlas... Tal era aquélla, adoctrinada por Ti, maestro interior, en la escuela de su corazón» 10.

Tenía Mónica buen maestro: el Señor. Escuchándole en su interior, es como encontraba la prudencia y sabiduría que habían de gobernar su vida y aconsejar a los que la rodeaban. Muy bien puede afirmar el hijo, al señalar la actuación de su madre, que le venía todo de arriba «adoctrinada por Ti».

Fruto del matrimonio fueron tres hijos. No es necesario ponderar lo que esto pudo suponer para ella y más si su matrimonio no le deparó grandes ilusiones. Agustín fue el primero, y en torno a él - según iremos viendo- había de girar su vida. De los otros dos sabemos muy poco. La segunda fue una niña, Perpetua, según unos, o Felicidad, según otros. Parece que fue casada, no tuvo hijos y enviudó muy pronto. Vuelto Agustín a África, después de convertido, y habiendo comenzado a fundar monasterios, ingresó en uno, del que fue superiora. Y el tercero, Navigio, murió joven, después de su madre, a cuya muerte estuvo presente, y a la que acompañó casi siempre. Era de carácter dulce y enfermizo en cuanto a la salud. San Agustín, obispo, habla, entre los clérigos de un monasterio, de un sobrino, Patricio, que se había convertido y había ingresado en el

monasterio. Algunos le suponen hijo de Navigio, y tanto éste como su hermana son venerados como santos en algunos lugares.

III. LA SEMILLA DE LA FE

«Porque este nombre, Señor, este nombre de mi salvador, Tu Hijo, lo había yo por Tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón».

(Conf., III, 4, 8).

El título de este capítulo y el de otros que le seguirán, centrados en Agustín, no significa que renunciemos a nuestro propósito de narrar la historia de Mónica.

Según indicamos ya, si queremos conocer a la madre, únicamente lo podremos hacer desde el hijo.

Partimos, así, de la infancia, aunque es muy poco lo que se detiene en ella. Y comienza por recordar, de una manera delicada y curiosa, que su madre le dio el pecho «Y ¿qué es lo que quiero decirte, Señor, qué, sino que no sé de dónde he venido aquí, a esta, digo, vida mortal o muerte vital? No lo sé. Mas me recibieron los consuelos de tus misericordias, según tengo oído a mis padres carnales, del cual y en la cual me formaste en el tiempo, pues yo de mí nada recuerdo».

«Me recibieron, digo, los consuelos de la leche humana, de la que ni mi madre ni mis nodrizas se llenaban los pechos, sino que eras Tú quien, por medio de ellas, me dabas el alimento aquel de la infancia, según tu ordenación y los tesoros dispuestos por Ti hasta en el fondo mismo de las cosas»¹.

No precisa comentario este tan bello y delicado párrafo, pero sí hay que destacar, una y otra vez, cómo Agustín ve al Señor detrás de cualquier acontecimiento de la vida humana, por insignificante que sea, y muy especialmente en todo su caminar en pos de la verdad.

Por lo mismo, este modo de ver la acción divina guiadora se va a acentuar en adelante. Y, naturalmente, a Mónica hay que mirarla desde este mismo prisma.

Pasa la infancia sin que apenas leamos en él algo de su madre. Y es comprensible, ya que, salvo cuidarle y gozar en irle viendo crecer, lo propio de cualquier madre, pocos hechos pueden ser significativos en esos años. No obstante, siempre nos sorprende Agustín con algún matiz encantador, según podemos gustar en esta referencia «Mas he aquí que mi infancia murió hace tiempo, no obstante que yo vivo. Mas dime, Señor, Tú que siempre vives y nada muere en Ti... dime, ¿por ventura sucedió esta mi infancia a otra edad mía ya muerta? ¿Será ésta aquella que llevé en el vientre de mi madre? Porque también de ésta me han hecho algunas indicaciones y yo mismo he visto a mujeres embarazadas» 2. Qué le pudieron decir de esta primera etapa de su vida, y en concreto su madre en torno al embarazo, lo calla.

Lo que no se puede poner en duda, aunque ahora lo silencio, es que el regazo materno fue ya desde su niñez su primera escuela en la fe. Y no se puede poner en duda, porque lo veremos muy pronto confirmado por él, y, ya mayor, cuando describa los diversos avatares por los que pasó su cristianismo, nos dirá que lo recibido de su madre en la niñez siempre estuvo presente y actuante en él.

Creemos que merece la pena destacar la importancia y lo decisivo que en su vida posterior tuvieron estas primeras vivencias de la fe al lado de su madre. Aparte de otras muchas referencias posibles, solamente señalaremos dos. Cuando a los diecinueve años, en plena crisis religiosa, se ve invitado por un libro de Cicerón a buscar la verdad y le entusiasma la idea, nos dirá tajante que sólo una cosa le desilusionó en el libro: no encontrar en él el nombre de Cristo que, nos dirá con una muy gráfica expresión, «había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre» 3. Y hablando de la época en que va dejando atrás errores, y todavía buscando la verdad, vuelve a recordar la religión que vivió de niño: «Y miré como de paso -así lo confieso- aquella religión que, siendo niño, me había sido profundamente impresa en mi ánimo, y, si bien inconscientemente, me sentía arrebatado hacia ella» 4. Con claridad indica haber recibido

desde su primera niñez un influjo religioso que actuará en él, aun en los peores momentos de su crisis religiosa.

Pasa, nos dice, de la infancia a la puericia, y le enviaron a la escuela. No conserva buen recuerdo de estos primeros pasos en el aprendizaje de las letras. No le gusta, y más si es azotado -y parece que lo fue más de una vez-. Y es aquí donde, por primera vez, hace referencia a su formación cristiana. Dice, en efecto, que su educación, en esta primera etapa escolar, fue puesta en manos de profesores cristianos, sin duda por influjo de la madre, asintiendo el padre. Lo más natural es que, al comenzar la escuela, Mónica quisiera para el hijo una formación en la línea por ella iniciada. Y nunca aparecen indicios de que Patricio, el padre, se opusiera de cualquier manera a la orientación cristiana de los hijos.

Refiriéndose a sus maestros, habla Agustín de ellos como de hombres que invocaban al Señor, y añade que él mismo le invocaba para que no le azotasen, lo que nos habla de su fe «Mas dimos, por fortuna, con hombres que te invocaban, Señor, y aprendimos de ellos a sentirte, en cuanto podíamos, como un Ser grande que podía, aun no apareciendo a los sentidos, escucharnos y venir en nuestra ayuda. De ahí que, siendo aún niño, comencé a invocarte como a mi refugio y amparo y rompí las ataduras de mi lengua, y, aunque pequeño, te rogaba ya, con no pequeño afecto, que no me azotasen en la escuela. Y cuando Tú no me escuchabas, lo cual era para mi instrucción, refáanse los mayores y aun mis mismos padres».

Agustín, que no nos ha hablado todavía de su formación cristiana, en este texto anterior da la impresión de deberla primero a sus maestros -«aprendimos de ellos»- antes que a su madre. Es la marcha del relato la que puede originar esta confusión, pues ya antes hicimos alusión y muy pronto veremos que habla del influjo de su madre, mucho anterior al comienzo de la escuela.

Aparte de ello, podemos afirmar que una tal confianza de pequeño en su oración solamente podía obedecer a una sólida vivencia anterior. No dudamos que habría visto rezar más de una vez a su

madre, y que ésta recitaría con él algunas plegarias de niños, al modo como suele hacerlo con sus hijos cualquier madre.

Nos parece interesante señalar otro aspecto al que alude en el texto arriba citado. Porque es curioso que el Agustín, ya mayor - cuando esto escribe han pasado más de cuarenta años-, recuerde que se rieran los mayores y aun sus mismos padres cuando el Señor no le escuchaba y era castigado. Y un poco más adelante insiste en lo mismo con un cierto resentimiento. Y es que tuvo que dolerle esta actitud de los mayores, y «de sus mismos padres», por la gran confianza que él tenía en su oración y el afecto con que la hacía. Un hecho al parecer insignificante, pero que fuerza a pensar cómo pequeñas cosas pueden dañar a un niño.

Y muy pronto Agustín nos va hablar, no sólo de la pronta formación cristiana recibida de su madre, sino también de una cierta incorporación a la Iglesia: «Siendo todavía niño -dice-, ya oí hablar de la vida eterna, que nos está prometida por la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, que descendió hasta nuestra soberbia y fui signado con el signo de la cruz, y se me dio a gustar la sal desde el mismo vientre de mi madre, que esperó siempre mucho de Ti» 6.

Hace alusión a los ritos del catecumenado, que suponían tres cosas: ser signado con el signo de la cruz en la frente, gustar la sal bendita y la imposición de las manos. No podían los catecúmenos signarse a sí mismos, ni tomar por su mano la sal. Esto debían hacerlo los legítimos ministros. Era ceremonia obligatoria en el rito del catecumenado y se podía repetir.

El texto parece sugerir esto último; de lo contrario, ¿cómo pudo gustar la sal desde el mismo vientre de su madre? El hecho de ser posible repetir los ritos del catecumenado nos hace suponer que existía la costumbre entre las madres cristianas -lo que, sin duda, las colmaría de ilusión-, de adelantar el rito, para inscribir ya a su futuro hijo en la Iglesia, y manifestar públicamente su propósito de educarle cristianamente. Gustarían ellas la sal por el hijo, serían signadas con

el signo de la cruz y recibirían la imposición de las manos. Es bonito el hecho y Mónica vivió esta experiencia.

San Francisco de Sales, gran admirador de Santa Mónica y cuya devoción inculcó mucho, destaca este hecho de anticipación del catecumenado de Agustín «Santa Mónica, estando encinta del gran San Agustín, le dedicó al servicio de la religión cristiana y de la gloria de Dios, atestiguando él mismo que en el seno de su madre había empezado a sentir el gusto de la sal de Dios» 7.

Lo sabemos ya, y es admitido sin discusión, que siempre el hogar es un comienzo de historia personal, que marca de manera decisiva la historia de cada uno.

Es una lección que no pueden olvidar las madres y una lección que tienen bien aprendida todos los pretendidos reformadores de la sociedad, al intentar siempre acaparar la educación desde la niñez. Y Mónica, en su sencillez pueblerina, había de tener conciencia de ello, pues lo estaba viviendo en su entorno con el problema religioso, lo había vivido en sí misma al ser educada cristianamente, y no podía dejar escapar la oportunidad que el ser madre le ofrecía.

Relata Agustín, dentro de esta época de la niñez, otro hecho que confirma su temprana formación cristiana y la especial preocupación y cuidado de su madre en este punto. Parece escoger las palabras para resaltar esto «porque me paría con más amor en su casto corazón en tu fe para la vida eterna» que el amor con que le había parido en la carne. El mismo modo de reaccionar Agustín ante el hecho que va a narrar, habla suficientemente de cuan hondamente había calado en él la fe recibida de su madre.

Cuenta, en efecto, cómo, siendo todavía niño -no nos dice los años-, fue atacado de un gran dolor de estómago que le puso a punto de morir. En este trance, pidió, con gran «fervor de espíritu» y gran fe, el bautismo.

La madre, preocupada, preparó todo para la ceremonia.

Así lo describe Agustín «Tú viste, Señor, cómo cierto día, siendo aún niño, fui presa repentinamente de un dolor de estómago que me abrasaba y puso en trance de muerte. Tú viste también, Dios mío, pues eras ya mi guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de Cristo, mi Dios y Señor».

«Turbóse mi madre carnal, porque me paría con más amor en su casto corazón en tu fe para la vida eterna; ya había cuidado, presurosa, de que se me iniciase y se me purificase con los sacramentos de la salud, confesándote, ¡oh mi Señor Jesús!, en remisión de mis pecados, cuando he aquí que de repente comencé a mejorar. Difirióse en vista de ello mi purificación, juzgando que sería imposible que, si vivía, no me volviese a manchar y que el reato de los pecados cometidos después del bautismo es mucho mayor y más peligroso».

«... Mas quisiera saber, Dios mío, te suplico, si Tú gustas también de ello, por qué razón se difirió entonces el que yo fuera bautizado; si fue para mi bien el que me aflojaran, por así decirlo, las riendas del pecar o si no se me aflojaron».

«¿De dónde nace ahora el que de unos y otros llegue a nuestros oídos de todas partes: "Dejadle, que obre; que todavía no está bautizado"; sin embargo, que no digamos de la salud del cuerpo: "Dejadle, que reciba aún más heridas, que todavía no está sano?"».

«¡Cuánto mejor no hubiera sido recibir pronto la salud y que mis cuidados y los de los míos se hubieran empleado en poner sobre seguro, bajo tu tutela, la salud recibida de mí alma, que Tú me hubieses dado! Mejor fuera, sin duda; pero como mi madre preveía ya cuántas y cuan grandes olas de tentaciones me amenazaban después de mi niñez, quiso ofrecerte más bien la tierra, de donde había de ser formado, que no ya la misma imagen » .

El texto es largo, pero imprescindible si se quiere comprender a Mónica, y, al mismo tiempo, nos pone ante costumbres hoy incomprensibles. Hemos resaltado ya con claridad, y en el texto se ve,

la fe del niño Agustín que, viéndose morir, pide el bautismo. Esa fe, sin duda, es obra de su madre. Pero -y aquí viene lo chocante-

cesa el peligro y Mónica difiere el bautismo. Hoy, desde nuestra perspectiva, no comprendemos esto, y solamente encuadrándolo en el ambiente y costumbres de la época alcanza explicación, si no justificación.

Agustín aquí parece criticar el hecho de diferir el bautismo, con lo que criticaría a su madre, pero al mismo tiempo intenta justificarla. Entonces no existía, como hoy lo conocemos, el sacramento de la penitencia.

El gran sacramento del perdón era el bautismo. Lógico, en su mentalidad, diferirlo hasta que al menos pasasen las tormentas de la juventud, lo que podía ser como un «aflojar las riendas del pecar», que es lo que critica Agustín.

A su madre la justifica el hecho de que está actuando conforme a una mentalidad imperante.

Más tarde, Agustín, ya obispo, disconforme con una práctica que no juzgaba recta, combatió esta costumbre de las madres de África. Pensaba que traía muchos males y ofrecía pocas ventajas, si es que se podía encontrar alguna. El mal estaba en que, confiar en diferir el bautismo sólo porque borraba los pecados, era no poner freno a la conducta hasta llegado ese momento.

Añade todavía Agustín otra pincelada aclaratoria del momento en que esto le aconteció, y muy interesante.

Interesante porque nos sirve -y esto avala nuestro propósito-

para ahondar algo más en la valía de Mónica y en su profunda fe cristiana. Había logrado, dice, influir decisivamente y extender esa fe a cuantos la rodeaban, excepto a su marido. Pensamos si estaría entre los atraídos la suegra. Nada se nos vuelve a decir acerca de ella, salvo lo ya comentado con anterioridad, ni sabemos cuándo murió.

El texto de las Confesiones es esclarecedor y completa cuanto venimos indicando: «Por este tiempo creía yo, creía ella y creía toda la casa, excepto sólo mi padre, quien, sin embargo, no pudo vencer en mí el ascendiente de la piedad materna para que dejara de creer en Cristo, como él no creía. Porque cuidaba solícita mi madre de que Tú, Dios mío, fueses mi padre, más bien que aquél; en lo cual Tú la ayudabas a triunfar de él, a quien, no obstante ser ella mejor, servía, porque en ello te servía a Ti, que lo tienes así mandado» 9.

Un párrafo, éste citado, como tantos que nos saldrán al paso, que merece ser releído con detención por lo sabroso y rico de su aportación en cuanto a su madre.

Sin querer alargarnos, resumiremos en unos breves puntos su contenido.

Ya es mérito en Mónica. Unos pocos años después de casada ha logrado convertir a su misma fe a toda la casa, excepto al marido; esa casa que, en un principio, había tenido en contra. Es una pena que no se detenga Agustín en indicar de qué métodos se pudo valer para conseguirlo. Sin duda, pensamos en la oración, tal vez insinuaciones o hablando directamente, y, con seguridad, y posiblemente lo más eficaz, el ejemplo de una vida edificante, bondadosa y servicial, que respondía a sus creencias.

Merece señalarse que logra también contrarrestar la influencia del marido en el hijo en el terreno religioso.

Nada se nos dice de que pudiera haber habido en este aspecto oposición directa por parte del padre. Esto hubiera sido duro para la madre y difícil por el enfrentamiento que supondría. Pero hay una expresión que deja entrever que, tal vez de buenas maneras, algo debió intentar: «No pudo vencer en mí el ascendiente de la piedad materna para que dejara de creer en Cristo, como él no creía». Y es natural que le hubiera gustado que el hijo estuviera en su misma línea, por orgullo de padre y de varón. Es posible que ese intento de influjo por parte del padre, al que alude Agustín, se redujera, aparte de alguna ligera insinuación, a su indiferentismo religioso, corroborado por algunos

aspectos nada edificantes de su vida de pagano -piénsese en su infidelidad matrimonial.

Casi seguro que la bondad de Mónica, que se manifestaría en múltiples aspectos de su vida matrimonial, familiar y social, influiría en que Patricio fuera dejando en ella la orientación y educación de los hijos. Nada extraño, además, si, como vimos al principio, está encariñado con ella. Cariño que, habida cuenta de las grandes cualidades de Mónica, pudiera el paso del tiempo haber ido aumentando y, con él, el respeto hacia todo lo suyo, incluidos sus sentimientos cristianos, a la par que el convencimiento de que bajo su autoridad y dirección todo marchaba bien en el hogar. Pueden algunas de estas afirmaciones parecer meras suposiciones y conjeturas.

Lo reconocemos, pero dado lo que sabemos de Patricio, sin estas suposiciones sería inexplicable lo conseguido por Mónica.

Muy hermosa la explicación de por qué fue así lo conseguido: porque la madre cuidaba, y muy mucho, aun sirviendo a Patricio como marido, pues se lo exigía su fe, de contrarrestar su influjo, para que tú, «Dios mío, fueses mi padre, más bien que aquél». ¿Cómo lo haría?

¡Oh! ¡Los recursos de una madre!

Al final de esta etapa de sus primeros estudios, hace memoria Agustín de los fallos que comenzaban a aparecer en él, y que, lógico, también comenzarán a inquietar a sus padres, sobre todo a su madre: engaños, mentiras, pequeños hurtos, vanidad, deseo de sobresalir...

Una nueva orientación en los estudios va a cambiar la vida de Agustín y complicar la de sus padres, sobre todo la de su madre. Su talento ha empezado a destacar sobre sus compañeros de escuela y aparecen en él cualidades intelectuales que le auguran un brillante porvenir en ese terreno. Sus padres, conscientes de ello, harán todo lo posible para facilitarle unos estudios superiores.

Tagaste, su ciudad natal, no puede ofrecer más que lo ya cursado, unas primeras letras. Para continuar los estudios es elegida Madaura,

ciudad no muy alejada de Tagaste, que ofrecía ya unos primeros estudios superiores.

No hay acuerdo sobre la edad en la que le enviaron allí. Lo que sí aparece claro es que, entre los once y trece años, se va a encontrar separado y privado del apoyo materno que se ve tan necesario en esa edad, y faltó también de la continuidad imprescindible en la formación y práctica de la fe. Consta igualmente que el ambiente de Madaura es más pagano que el de Tagaste, con un indiferentismo religioso bastante más acentuado y unas costumbres mucho más licenciosas.

Hace en Madaura con brillantez los estudios correspondientes, y, de nuevo, al comienzo de sus dieciséis años, le encontramos en Tagaste con sus padres, y ya no es el Agustín que partió para Madaura. Ha llegado con una fuerte crisis y, propio de su edad y situación, con una autosuficiencia que le coloca por encima

de sus coetáneos. Y, si bien nada afirma en ese sentido, por su modo de actuar y comportarse en Tagaste se deduce que la religión le dice muy poco o nada. Posiblemente han sido tres o cuatro años de abandono total y olvido.

IV. ANTE LAS TORCIDAS

SENDAS DEL HIJO

«¿Y de quién eran, sino de Ti, aquellas palabras que por medio de mi madre, tu creyente, cantaste en mis oídos, a.uftqvi»: mr<guri& de «¿las ytnetró en mi corazón para ponerlas por obra?».

(Conf., II, 3, 7).

Ha terminado en Madaura el segundo ciclo en sus estudios. Aunque podía continuar allí el tercero y último, no goza Madaura ni del renombre ni de la categoría de Cartago. Y sus padres aspiran a lo mejor para Agustín.

Han visto ya con toda claridad que el porvenir del hijo está en eso, y están decididos a lograrlo, pese a las dificultades con que se encuentran. Porque de momento la escasa economía de la familia no

puede hacer frente a los cuantiosos gastos que supone el enviarle a Cartago.

Se impone, pues, lo que Agustín llama un año «de ocio» para, mientras tanto, poder allegar recursos para enviarle a aquella ciudad.

San Agustín viene a indicar que su padre era pobre.

No sabemos qué alcance dar hoy a esa palabra referida a su familia, pero el hecho es que no podía costear la continuación de sus estudios. Sí es cierto que era un modesto funcionario, perteneciente a la curia municipal y que, mientras otros del pueblo, mucho más desahogados económicamente, no se sacrificaban de esa manera por los hijos, Patricio hizo grandes esfuerzos para llevar adelante la educación de Agustín.

Y cuando decimos Patricio, no podemos menos de colocar a su lado, en la misma línea de sacrificio económico, a Mónica. Lo más probable es que le tocara una parte más directa, ya que llevaría la economía del hogar y se vería obligada a hacer muchos equilibrios para lograr ahorrar algo con miras a los estudios de Agustín.

Más de un comentario desagradable llegaría a sus oídos por querer educar al hijo por encima de sus posibilidades, y hasta es posible que Agustín quisiera compensar ante sus compañeros esta pequeña humillación con no ser menos en su vida un tanto licenciada.

Se impuso, pues, según queda dicho, esperar un año antes de poder enviarle a Cartago. Hace Agustín una descripción muy dura de este año de ocio y del influjo que ejerció en él. Una palabra puede resumir o calificar este año: desastre. Eran los dieciséis de su edad, propicios como en todos los jóvenes, sobre todo sin nada que hacer, a dejarse llevar por el ambiente, los amigos y las pasiones. Y en eso cayó Agustín.

El lenguaje que emplea en las Confesiones al recordar este año y tiempo juvenil es muy fuerte e insistente.

Coinciden los autores en que cargó un tanto las tintas y exageró en la apreciación de los hechos. No olvidar que quien juzga esa época tan tumultuosa, después de treinta años, es el Agustín convertido y ya obispo y desde una cierta vivencia de santidad. Pero tampoco se pueden dejar de lado las expresiones con que él describe la situación, al subyacer tras ellas unos hechos que califica, pero que no concreta.

Dice, en efecto, Agustín: «Quiero recordar mis pasadas fealdades y las carnales corrupciones de mi alma...

porque hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y osé envilecerme con varios y sombríos amores, y se marchitó mi hermosura» '.

A este texto, bastante completo y expresivo, podrían seguir muchos. Por no alargarnos, espigaremos algunas frases que nos lleven a una idea más exacta de cómo vio Agustín ese año. Habla así «de la dispersión en que anduve dividido», y de que «le deleitaba amar y ser amado...

sin guardar modo en ello»; y con más viveza: «del fango de mi concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad se levantaban como unas nieblas que oscurecían y ofuscaban mi corazón hasta no discernir la serenidad del amor de la tenebrosidad de la libidine. Uno y otra abrasaban y arrastraban mi flaca edad por lo abrupto de mis apetitos y me sumergían en un mar de torpezas» 2, ...

«eleváronse sobre mi cabeza las zarzas de mis lascivias» 3.

Sirvan estos textos, suficientemente expresivos, para darnos una idea de su estado y de una situación nada prometedora. Situación que, indudablemente, no podía ocultársele a Mónica -las madres tienen un sexto sentido para detectar cuanto afecta a sus hijos-, y su estado de ánimo sería del todo inquietante. En esta situación, ante su hijo desbordado en su conducta, se preguntaría con angustia sobre cómo habría de actuar.

A lo ya citado, es preciso añadir el progresivo despego por parte de Agustín de lo religioso que, conociendo a Mónica, elevaría al

límite su preocupación. Agustín había sido educado en la fe, pero, según hemos visto, no había sido bautizado. Y nada indica en este momento que esa fe hubiera actuado como freno en su vida, que él califica de licenciosa.

Aunque en ello insiste menos que en lo anterior, sí, en cambio, va dejando caer sueltas algunas frases que indican este apartarse de Dios, que terminará en la pérdida de la fe. Nos dirá «Anduve dividido en partes cuando, apartado de Ti, uno, me desvanecí en muchas cosas» 4 ... «me había hecho sordo... y me iba alejando cada vez más de Ti...

Tú callabas entonces, y yo me iba cada vez más lejos de Ti... mas yo, miserable, pospuesto Tú, me convertí en hervidero... pero, ¿dónde estaba yo? ¡Oh!, y qué lejos, desterrado de las delicias de Tu casa en aquel año decimosexto de mi edad carnal!5... Yo me alejé de Ti y anduve errante, Dios mío, muy fuera del camino de Tu estabilidad allá en mi adolescencia, y llegué a ser para mí región de esterilidad» 6... y de tal manera que, al terminar el año e ir a Cartago, «estaba sin apetito alguno de los manjares incorruptibles, no porque estuviera lleno de ellos, sino porque, cuanto más vacío, tanto más hastiado me sentía» 1... «yo, infeliz ovejuela, descarriada de tu rebaño» 8.

Cuantas ponderaciones hagamos en torno a los sentimientos de Mónica ante esta situación se quedarán muy lejos de la realidad. Y esto nos lleva a verla con los mismos problemas que muchas madres tienen con sus hijos, agravados por las circunstancias peculiares que a ella le rodean. No podemos menos de señalar que el camino de Mónica no estuvo alfombrado de rosas. Nos encontramos ante una santa que tuvo que irse haciendo y supo lograrlo, enfrentándose a la dura realidad de todos los días.

La teníamos ante el problema económico, nada fácil y preocupante, como saben muchas madres por experiencia propia, y en un pueblo pequeño, un tanto humillante.

Se suma a él y le agrava el problema moral y religioso, más doloroso que el económico en cualquier madre sensible, y más si de

acendrada fe cristiana. En el caso de Mónica, con una agravante: mientras que en lo económico tendría el estímulo y ayuda del marido, lo moral y religioso tendrá que afrontarlo prácticamente sola. Es verdad que su marido es ya catecúmeno, lo que conllevaría un buen alivio para ella, pero en ningún lugar se indica que echara una mano en esto.

Se queja el santo de que en ese año, cuando «se elevaron sobre su cabeza las zarzas de las lascivias», no hubo una mano que las arrancara. Según veremos, no puede referirse a su madre, que sí lo intentó, aunque infructuosamente. Así que posiblemente se refiera a su padre, porque sus preocupaciones eran otras, al decirnos «al contrario, cuando cierto día me vio pubescente en el baño mi padre, y revestido de inquieta adolescencia, como si gozara ya pensando en los nietos, se fue alegre a contárselo a mi madre» 9.

Ya vemos por dónde se orientaban las inquietudes del padre: un brillante porvenir y la esperanzadora ilusión de tener un hijo que algún día le diera nietos. Y no se le puede reprochar ninguna de esas ilusiones. Pero se quedaban cortas. Lo reconoce el hijo, y le alaba y reprocha al mismo tiempo: «¿Quién había entonces que no colmase de alabanzas a mi padre, quién, yendo más allá de sus haberes familiares, gastaba con el hijo cuanto era necesario para un tan largo viaje por razón de sus estudios? Porque muchos ciudadanos, y mucho más ricos que él, no se tomaban por sus hijos semejante empeño» ,0.

Ahí tenemos lo loable en el padre y que, en un pueblo pequeño, se tenía que comentar y mucho en su favor.

Pero Agustín pone a continuación el aspecto negativo, que Patricio no comparte con Mónica: «Sin embargo, nos dice, este mismo padre para nada se cuidaba -y era catecúmeno- entre tanto de que yo creciera ante Ti o fuera casto, sino únicamente de que fuera desierto, aunque mejor dijera desierto, por carecer de tu cultivo, ¡oh Dios!, único, verdadero y buen Señor de tu campo, mi corazón» u.

Frente a esta pasiva actitud del padre, Mónica, en cambio, no puede dejar de lado los problemas religiosos y morales de su hijo, y se

sobresalta e inquieta. Se ha dado cuenta de que Agustín, al volver de Madaura, no es el mismo que el que tres o cuatro años antes saliera de su lado, de que ha experimentado un gran cambio, y no hacia el bien, y ve peligrar lo logrado con él en la infancia.

Ahora le ve ocioso, alternando con los compañeros de su edad, y de vida muy libre, pensando únicamente en diversiones o cosas más peligrosas. Teme, dice él mismo, que siga «las torcidas sendas por donde andan» los que vuelven la espalda al Señor. De ahí que le llame aparte y le advierta de los peligros que está corriendo y de lo que, según ella, debería evitar como más peligroso y perjudicial.

Y, una vez más, una lección de Santa Mónica que nos vemos obligados a señalar y que las madres no pueden pasar por alto: la fortaleza de hablar con claridad a un hijo cuando se le ve en peligro. Posiblemente lo pensaría mucho, lo daría muchas vueltas antes de decidirse, buscaría y rebuscaría el momento oportuno, temería la reacción o el rechazo del hijo, pero se decidió a enfrentarse a él. Son los tragos amargos que, a veces, acompañan a la maternidad y que es preciso afrontar con valentía y decisión. Su fe, su religiosidad y su gran amor al hijo le dan fuerzas para encarar la situación. Juzgará, además, el hacerlo un deber ineludible.

Como siempre, es una delicia leer al hijo en su modo de recordar el momento: «Mas por este tiempo habías empezado ya a levantar en el corazón de mi madre tu templo y el principio de tu morada santa» n. No podemos menos de interrumpir la lectura ante estas dos líneas y preguntarnos por su sentido. Está recordando el Agustín obispo, y es significativo que en este momento empiece a ver y presentar a su madre desde una nueva perspectiva se da cuenta ahora de lo que entonces no podía ver, de la altura espiritual a que ha llegado; se da cuenta de que a la madre buena va sucediendo la madre santa «habías empezado a levantar en el corazón de mi madre tu templo y el principio de tu morada», y lo hace, además, con una hermosa frase y preciosa metáfora. En adelante vamos a ver a Mónica, que camina y avanza hacia la santidad a pasos agigantados. Una santidad que se ha

venido incubando desde la infancia y, con toda seguridad, desde el matrimonio.

Sigue, pues, Agustín, enlazando con lo anterior «Pues mi padre era catecúmeno, y de esto hacía poco.

De aquí el sobresaltarse ella con un santo temor y temblor, pues, aunque yo no era todavía cristiano, temió que siguiese las torcidas sendas por donde andan los que te vuelven la espalda y no el rostro»

Pone de manifiesto, según se ve, la intranquilidad de la madre y, a través de ella, ve al Señor actuando en él: «¡Ay de mí! ¿Y me atrevo a decir que callabas entonces conmigo? ¿Y de quién eran, sino de Ti, aquellas palabras que por medio de mi madre, tu creyente, cantaste en mis oídos, aunque ninguna de ellas penetró en mi corazón para ponerlas por obra?» ,4.

Adelanta que las palabras de su madre resbalaron en él, pero recuerda cómo y acerca de qué le advirtió: «Quería ella -y recuerdo que me lo amonestó en secreto con grandísima solicitud- que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase con la mujer de nadie» 15. Se decide Mónica a amonestarle, pero no lo hace ante los demás, y descompuesta «en secreto y con grandísima solicitud». Volcaría, sin duda, todo el cariño y dulzura de madre en un tú a tú entre madre e hijo. Comprende la madre que corregirle ante los demás supondría, posiblemente, humillarle y exacerbarle.

Y escoge el mejor modo posible: a solas los dos.

Imaginamos la escena: Insistencia, ruego, ternura, en suma, amor... ¡Qué hermosura en ese aparte entre madre e hijo y qué lección sobre el modo de actuar para tantas madres que están viviendo los mismos o parecidos problemas por los que Mónica pasó!

Y ya hemos visto acerca de qué le amonesta: evitar la fornicación y, especialmente, el adulterio. Con poco parece conformarse la pobre madre en un hijo de dieciséis años. En su prudencia, al no poder evitar todo, intentaría al menos prevenirle sobre lo que, a su juicio, más daño podía hacerle y hacer a los demás. Por

eso recalca evitar, sobre todo, el adulterio. Sin duda, sabía el mal que le acompañaba, al haberlo vivido en su propia carne y porque conocía la desgracia y lágrimas de muchas de sus vecinas, traicionadas por sus maridos.

Pero la mala edad y mala disposición de Agustín hacían vanos estos consejos. El mismo lo explica: «Pero estas recomendaciones me parecían mujeriles, a las que me hubiera avergonzado obedecer» 16. El Agustín venido de Madaura, cargado de autosuficiencia y engreimiento, se hubiera avergonzado ante sus compañeros de edad y diversión de obedecer a una madre poco culta y de estrecha y pueblerina mentalidad. Reconoce ahora que Dios estaba tras él y no callaba, sino que le hablaba por medio de su madre, pero entonces era o se hizo sordo a estos avisos. Como hubiera sido inútil la intervención de su padre -se lamenta de que no lo hizo-. Ante esto, podemos pensar en la inquietud y angustia de Mónica, que veía desoídos sus consejos y a su hijo resbalar por una pendiente día a día más peligrosa y pronunciada.

Viene a decir Agustín que en esa edad se dejó desbordar por sus apetitos. Ignoramos hasta dónde llegó, ni él concreta más, salvo insistir en frases acusatorias y condenatorias de su mala vida. Y recordando esto, desde la altura de sus cuarenta y seis años, piensa que sus padres pudieron y debieron poner remedio. No sabemos si es un reproche a los dos, incluida la madre, a la que nunca ha reprochado nada. Sus palabras son: «Ni aun los míos se cuidaron de recogerme en el matrimonio al verme caer en ella (la lascivia); su cuidado fue sólo que aprendiera a componer discursos y a persuadir de palabra » 17.

Vuelve un poco más adelante, ya con motivo de sus dieciséis años, sobre esta misma idea, ahora refiriéndose solamente a su madre, como extrañado de su actitud «Ni aun mi madre carnal, que había ya comenzado a huir de en medio de Babilonia, pero que en lo demás iba despacio, cuidó -como antes lo había hecho, aconsejándome la pureza- de contener con los lazos del matrimonio aquello que había oído a su marido de mí -y que ya veía me era pestilencial y en adelante me

había de ser más peligroso-, si es que no se podía cortar por lo sano» 18.

Extraña que San Agustín piense ahora, ya obispo, que la solución hubiera estado en «cortar por lo sano»

-no nos dice en qué podía concretarse esto-, o en casarle a la fuerza. No sabemos si otros padres harían con sus hijos, compañeros de Agustín, lo que él indica como posible solución.

Por su parte, ofrece Agustín unas posibles razones explicativas, si no justificativas, de la actitud de sus padres. Por esto, continuando con la alusión a su madre, ya citada, y luego refiriéndose a los dos, dice: «No se cuidó de esto, digo, porque tenía miedo de que con el vínculo matrimonial se frustrase la esperanza que sobre mí tenía; no la esperanza de la vida futura que mi madre tenía puesta en Ti, sino la esperanza de las letras que ambos a dos, padre y madre, deseaban ardientemente; el padre porque no pensaba casi nada de Ti y sí muchas cosas vanas sobre mí; la madre, porque consideraba que aquellos acostumbrados estudios de la ciencia no sólo no habían de ser estorbo, sino de no poca ayuda para alcanzarte a Ti. Así lo conjeturo yo ahora al recordar, en cuanto me es posible, las costumbres de mis padres» 19.

No es fácil entrar en la mente de Agustín y saber si en verdad se trata de un reproche o no, pues también parece querer justificar algo a su madre al indicar que ella creía que seguir los estudios le habría de ayudar algún día en el camino de la verdad. ¿Se lo diría ella más adelante cuando pudieran intercambiar confidencias?

18 II, 3, 8.

19 II, 3, 8.

De querer ser un reproche hacia la actuación de sus padres ante su desordenada vida de los dieciséis años, no parecería muy acertado. No sabemos si el Agustín licenciado hubiera aceptado a esa edad el matrimonio impuesto por sus padres. Igualmente, nada garantizaba que el matrimonio hubiera arreglado su desordenada vida, o que él

hubiera aceptado sus imposiciones. Podemos pensar también que la economía doméstica no estaba como para aceptar nuevas cargas, puesto que Agustín ni estaba en edad ni tenía preparación para vivir independiente.

Y, ciertamente, el matrimonio hubiera arruinado su porvenir, por el que tanto se habían ya sacrificado sus padres y que vivían con ilusión y como única garantía de futuro para su hijo.

En la misma línea de un cierto reproche está también lo que, refiriéndose a sus padres, dice acerca de la poca severidad con que actuaban en cuanto a su afición por el juego: «Por esta razón, continúa el párrafo que venimos citando, me aflojaban también las riendas para el juego más de lo que permite una moderada severidad, dejándome ir tras la disolución de mis varios afectos» 20. Como en otros aspectos negativos de su vida, tampoco concreta en qué medida se dejó llevar por el juego, y en cuanto a la tolerancia de los padres, es posible que optaran por tolerar un mal menor entre tantos como amenazaban al hijo.

Seguimos pensando que, cuando escribe, ya desde una óptica presente de santidad, está juzgando con demasiada severidad, tanto la actuación de sus padres que, al igual que tantos otros, no sabrían a qué atenerse, como lo que él llama su mala vida de aquella época, aún aceptando que hubo bastante de malo. Severidad excesiva que se pone de manifiesto al enjuiciar como uno de los grandes pecados de su juventud el robo de unas peras, en compañía de sus amigos.

En todo esto sí tenemos claro, por una parte, que no es fácil para unos padres, sobre todo ante un hijo pagado de autosuficiencia e independencia y en una edad tan crítica, acertar cuándo y en qué medida intervenir en la vida del hijo. También, por otra, es evidente, que principalmente Santa Mónica está viviendo, y en un grado bastante acentuado, las mismas vicisitudes y problemas que se le presentan a cualquier madre y con las mismas angustias, inquietudes, intranquilidad y dudas que las mismas, y que intentó hacerles frente con su buen sentido, serenidad, valentía y amor.

La crisis que está atravesando su hijo por fuerza tuvo que hacer mella en Mónica. Ha volcado su esfuerzo, cariño e ilusión en hacer de él un hombre y a la vez un cristiano, y todo se está derrumbando. Como hombre, sólo promete en los estudios, pues en lo demás no sabe cómo acabará, y no se vislumbra nada bueno; como cristiano, la fe del hijo vacila, si es que no la ha perdido ya. No se puede dudar, conociéndola en su actuar posterior, que ya desde ahora oración y lágrimas fueron su pan de cada día, aunque de momento nada en concreto diga su hijo.

Con todo esto y lo que se avecina, y que vamos a ver inmediatamente, comienza para ella lo más duro de ese infatigable peregrinar tras el hijo extraviado, y que pondrá a prueba la firmeza de su fe y religiosidad y el temple extraordinario de una madre, que irá sorteando obstáculos, sin darse nunca por vencida. Tras todo, la firme convicción y seguridad de que una madre, si quiere, puede siempre salvar a un hijo. Sin esta convicción, se haría incomprensible ese peregrinar, sin tregua ni desfallecimiento, para hacer volver a su hijo a la fe. Al mismo tiempo, nos hace patente la fuerza que da el amar a los hijos «para Dios», y no solamente para consuelo y satisfacción maternos.

V. VIUDA

«Consiguió también ganar para Ti a su marido al fin de su vida, no teniendo que lamentar en él, siendo fiel, lo que había tolerado siendo infiel».

(Conf, IX, 9, 2).

Una nueva prueba le aguarda a Mónica: la marcha de Agustín a Cartago para continuar sus estudios. Han hecho ya los padres los ahorros suficientes, al menos para un cierto tiempo, y la decisión de Patricio de que Agustín siga superando metas hasta llegar a terminar su carrera es inquebrantable. También Mónica, aunque tema la separación, participa de la idea de procurar al hijo un brillante porvenir. Incluso es posible que tanto el padre como ella vieran en el

mayor de los hijos, dado lo sobresaliente de sus cualidades, un cierto seguro y ayuda para toda la familia, no sobrada de bienes.

Pero podemos pensar, y es una conjetura normal, que a Mónica, pendiente de la vida cristiana del hijo, y al tanto de su desordenada juventud, le preocuparía e inquietaría este paso. Ya la salida del hogar para ir a Madaura, salvo en los estudios, había dado mal resultado.

Ahora va a Cartago, ya más alejado de Tagaste y, por consiguiente, de su influencia. Cartago, además, no es ya un pequeño pueblo en donde las costumbres se moderan un tanto por el ambiente, sino una gran ciudad, bastante más liberal y libre que Madaura, incluso con fama de ciudad libertina, hasta llegar a ser llamada «Ciudad del Placer». Para Mónica, con su pequeña mentalidad pueblerina, pensar a su hijo en Cartago había de llenarla de inquietud y desazón. Añádase que Agustín era todavía muy joven, diecisiete años, edad más fácil a dejarse desbordar que a dominarse, y se comprenderá la posible y segura preocupación.

Tenemos a Agustín en Cartago, casi al comienzo de sus diecisiete años. Nos detendremos en él sólo lo suficiente para sintonizar con la madre, que centra nuestro interés. Pero nada podríamos hacer en este sentido sin reflejar el ambiente con el que Agustín se encontró y los sentimientos que, en consecuencia, le embargaban.

Narra Agustín esta época de Cartago en su tercer libro de las Confesiones y le abre con estas palabras: «Llegué a Cartago, y por todas partes crepitaba en torno mío un hervidero de amores impuros. Todavía no amaba, pero amaba el amar... amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo del amante... Me arrebatában los espectáculos teatrales, llenos de imágenes de mis miserias y de incentivos de mis pasiones» '.

Estos breves textos nos hablan con suficiente claridad de los sentimientos que le dominaban y del ambiente con que se encontró, muy distinto a los de Tagaste y Madaura. Nada extraño, dado lo que ha dejado dicho de su vida en Tagaste el año del ocio, que se dejara

arrebatarse por ese ambiente deslumbrador. Lo que no nos aclara es en qué medida pudiera estar su madre al tanto de todo ello.

Parece ser que ese mismo año de su ida a Cartago, 371, y diecisiete de su edad, murió su padre. Es curioso, pero la noticia, que tendría para él una importante repercusión en su vida y estudios, y que afectaría en buena medida a su madre, la da en las Confesiones de una manera como accidental y sin detenerse en ella. Hablando de sus estudios, encontramos que compró un libro que, aunque le hizo mucho bien, no estaba directamente relacionado con sus estudios, y dice: «Porque no era para pulir el estilo -que es lo que parecía debía comprar yo con los dineros maternos en aquella edad de mis diecinueve años, haciendo dos que había muerto mi padre-» 2.

Nada indica de sus sentimientos ante el hecho, y, sin embargo, tuvo que afectarle. En efecto, en uno de sus diálogos de Casiciaco, a raíz de la conversión, dirigiéndose a su amigo y paisano Romaniano, escribe: «Cuando perdí a mi padre, tú me consolaste con con tu amistad, me animaste con tus consejos, me ayudaste con tu fortuna » 3. Consuelo, ánimo y ayuda -ésta no en el momento, sino con posterioridad- nos dan a entender que la muerte le afectó.

Tampoco nos es fácil imaginar lo que la muerte de su marido pudo significar para Mónica. Agustín se limita a decirnos, cuando habla de la muerte de su madre «Por último, consiguió también ganar para Ti a su marido al fin de su vida, no teniendo que lamentar en él, siendo fiel, lo que había tolerado siendo infiel» 4. Ya el hecho de quedarse sola y sin apoyo, con el problema del hijo en lo moral y en lo económico -le faltaban casi tres años para terminar sus estudios-, tuvo sin duda que afectarla.

Una vez más nuestra curiosidad se encuentra con la falta de detalles por parte de Agustín, que no se detiene en la reacción y sentimientos de su madre ante el hecho de la viudedad.

Hay, no obstante, detalles que, a pesar de lo indicado en el momento del matrimonio de que no parecía augurar nada bueno, nos llevan al convencimiento de que Mónica llegó a encariñarse de

Patricio y, con seguridad, Patricio de ella. Ha logrado un hogar estable, ha tenido un marido que ha trabajado y se ha sacrificado por sacarlo adelante, ha conseguido primero hacerle catecúmeno y luego llevarle del todo a su fe, y ha conseguido

-y es curioso e interesante que lo recuerde ahora Agustín-

romper con sus infidelidades. Mucho cariño tuvo que volcar Mónica para llegar a estos logros y mucho tuvo que haber por parte de Patricio para que se llegara a todo esto. En un ambiente matrimonial de relativa frialdad e indiferencia, aunque haya tolerancia y respeto, no se llega ahí. Y corrobora esto el hecho, que veremos con detalle más adelante, de que Mónica se esmeró en su sepulcro y en hacer a su lado uno para ella, y manifestó a su hijo el deseo y la ilusión de reunirse con su marido cuando ella muriera.

A su vez, refiriéndonos a Patricio, juzgamos imposible la conversión y la fidelidad posterior si no hubiera visto el cariño de Mónica, cariño cargado de bondad, dulzura y paciencia, y si él mismo no se hubiera encariñado con ella. Tuvo que ganarle por un conjunto de cualidades y detalles que a nosotros se nos escapan y sólo sería posible imaginar. Y, cierto, para ella, en la pena de su viudedad, tuvo que suponer un gran consuelo haber conseguido salvar a Patricio. Podemos decir que la primera obra o misión que el Señor la había confiado logró llevarla a término felizmente, si bien fue largo el camino, ya que supuso dieciocho años.

El hecho es que Mónica se queda viuda a los cuarenta y un años, que va pasando por los mismos trances de tantas otras viudas, con la misma angustia, inquietud y vacío que ser viuda conlleva. Encima, cuando podía haber disfrutado de un marido católico y se podía esperar una total compenetración entre ambos y un mayor compartir problemas, alegrías y trabajos, el Señor le niega este consuelo.

Entramos así en esta nueva etapa de la vida de Mónica: viuda, al frente de la familia y con un hijo que, si por una parte promete, por otra es hijo descarriado y que la tiene extremadamente preocupada. Tiene, al mismo tiempo, que hacer frente a la economía familiar que,

según sabemos, no era floreciente, sino más bien escasa, siendo grandes los gastos del hijo en Cartago. Una viudedad, en fin, ni fácil, ni envidiable.

A la muerte de su padre le quedan a Agustín dos años largos de estudios, al menos. De su relato se deduce que la madre continuó corriendo con los gastos. Estaba ilusionada con que su hijo terminara sus estudios y con el brillante porvenir que tenía en perspectiva, de igual manera que lo había estado su marido, y no podía truncarle. Y sabemos que continuó alrededor de dos años costeadando los estudios, si bien ignoramos, aunque podemos suponer algo, a costa de qué equilibrios y sacrificios pudo hacerlo. Y sabemos lo de los dos años porque Agustín, hablando de sus diecinueve años, dice que compró un libro de Cicerón, el Hortensio, con el dinero que para sus estudios le enviaba su madre, mientras que él, al hacerse con el libro, buscó más el contenido que el estilo, que era la meta de su carrera⁵. También sabemos que al final la pobre madre no pudo con todos los gastos que suponía la carrera de Agustín y que les ayudó su amigo Romaniano, según ya quedó señalado un poco antes. En cualquier caso, constatar que no podía con todos los gastos tuvo que ser duro para ella. Y no sabemos quién pediría a Romaniano la ayuda, si ella o Agustín.

Volviendo a los diecisiete años de Agustín, éste, que según hemos visto por su propia confesión anhelaba amar y ser amado, se encontró con el amor: «Caí, dice, también en el amor en que deseaba ser cogido. Pero, ¡oh Dios mío, misericordia mía, con cuanta hiél no rociaste aquella mi suavidad y cuan bueno fuiste en ello! Porque al fin fui amado, y llegué secretamente al vínculo del placer, y me dejé atar alegre con ligaduras trabajosas, para ser luego azotado con las varas candentes de hierro de los celos, sospechas, temores, iras, contiendas» 6.

No se trató en este caso de un simple amorcillo pasajero.

Agustín se unió a una mujer en concubinato y a ella en adelante permaneció fiel. Del doble concubinato, público y privado, admitido entre los romanos y muy corriente en la época, Agustín aceptó el

privado. Así interpretan algunos la expresión anterior: «llegué secretamente (occulte) al vínculo». Unión que tuvo como fruto un hijo, al que puso por nombre Adeodato, dado por Dios, porque al parecer él no quería que hubiese venido.

Así lo narra Agustín: «Por estos mismos años (los diecisiete) tenía yo una mujer no aceptada como en legítimo matrimonio, sino buscada por el vago ardor de mi pasión, falto de prudencia. Pero una sola, a la que guardaba la fe del tálamo, en la cual hube de experimentar por mí mismo la distancia que hay entre el amor conyugal pactado con el fin de la procreación de los hijos y el amor lascivo, en el que la prole nace contra el deseo de los padres, bien que, una vez nacida, les obligue a quererla » 7.

Nada nos dice de cuándo pudo enterarse Mónica

-parece que su padre ya había muerto-, primero de la situación de concubinato en que vivía Agustín, y luego del nacimiento de un nieto. Ni hace alusión a la reacción de su madre. No es aventurado imaginar el aumento de sus preocupaciones. ¿Más gastos? Es posible que, en medio de todo, la tranquilizara la estabilidad que con esto pudo encontrar Agustín, al permanecer unido y fiel a una sola mujer. También, si llegó a saber que la mujer, al parecer, era cristiana. Incluso, pasado el tiempo, la venida del nieto iría aumentando la estabilidad y responsabilidad del hijo. Aparte de esto, le había insistido un año antes en que no fornicase y, sobre todo, que no cometiese adulterio. Esta nueva situación del hijo, en cierto modo casado, ya que el concubinato era admitido por la ley como algo equivalente, la liberaba de aquellas y otras muchas preocupaciones relativas a la anterior vida de su hijo.

Hemos indicado un poco antes que leyó un libro de Cicerón -hoy perdido- que cambió su vida. Y, en efecto, no es exagerada la expresión de que cambió su vida, porque se puede afirmar que el camino de su conversión, que todavía tropezaré con muchas encrucijadas, comenzó con la lectura del Hortensio. Tenía Agustín diecinueve años y es preciso destacar la importancia para su vida de

esta lectura y así lo hace él. La ilusión de buscar la verdad que el Hortensio despertó en él y el entusiasmo que rezuman sus palabras es lo que nos fuerza a reconocer en este hecho el punto de partida hacia la conversión.

Una vida frívola, como la que llevaba Agustín, se ve que no le llenaba. Y el choque producido por esa lectura demuestra que en él había un fondo de inquietud, algo no corriente a esa edad. Y es un choque que va a significar para él el comienzo de una andadura en pos de la verdad, que sólo terminará catorce años después, cuando la encuentre.

Describe en las Confesiones, con claridad y precisión, lo que la lectura de ese libro supuso para él: «Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia Ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros.

De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a Ti...» 8. «¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de remontar el vuelo de las cosas terrenas hacia Ti, sin que yo supiera lo que entonces Tú obrabas en mí!» 9.

Suficientemente claro el texto. En pocas palabras manifiesta el comienzo de su vuelta a Dios: «comencé a levantarme para volver a Ti». Es muy importante que confiese que a sus diecinueve años se inicia el camino de su conversión, que irá tropezando con tantos obstáculos, que habrán de pasar catorce años hasta que llegue.

Pero el hecho hace pensar que es muy posible que no estuviera tan caído como parece dar a entender. Eso explica que el libro de Cicerón le inflamara en el amor a la verdad y se propusiera buscarla con todo su entusiasmo y sin descanso. También, y con toda seguridad, podemos pensar que en el fondo de su alma seguirían resonando, con un eco de remordimiento, las experiencias religiosas vividas al lado de su madre.

Y esto -aquello que vivió de niño con su madre-

lo va a destacar Agustín casi inmediatamente, y veremos que, no obstante la crisis y confusión en que se encuentra, la formación religiosa recibida en su niñez sigue pesando en él y mucho. Continuando con el último texto citado, a propósito del impacto producido en él por el libro de Cicerón, hace entrar en escena a su madre y la fuerza de la formación recibida desde la cuna -lección para todas las madres-, pues le desilusionó un tanto no encontrar en el libro de Cicerón, que tan extraordinario le pareció, el nombre de Cristo

«Me excitaba, encendía e inflamaba con su palabra a amar, buscar, lograr, retener y abrazar fuertemente, no esta o aquella secta, sino la Sabiduría misma, dondequiera que estuviese. Sólo una cosa me resfriaba tan gran incendio, y era el no ver allí escrito el nombre de Cristo.

Porque este nombre, Señor, este nombre de mi salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así, cuanto estaba escrito sin ese nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebatava del todo» 10.

Es extraordinario este párrafo, y merece releerse, por la fuerte convicción con que Agustín declara el permanente influjo en su vida de adulto de aquellas cosas que su madre, de niño, le inculcó. La expresión de que el nombre de Cristo lo había bebido con la leche materna es la clave para entender la fuerza con que sigue actuando en él lo recibido en su infancia y, posiblemente, la clave para llegar a comprender su conversión.

10 III, 4, 8.

VI. LA MUJER FUERTE

«¿De dónde sino aquel sueño con que la consolaste, viniendo por ello a admitirme en su compañía y mesa, que había comenzado a negarme por su aversión y detestación de las blasfemias de mi error?».

(*Conf., III, 11, 19*).

Empujado por el Hortensio a buscar la verdad, Agustín acude primero a la Sagradas Escrituras. Normal, dada su primera formación cristiana y lo que nos acaba de decir sobre lo mucho que influyó en él la misma; también, a no dudarle, contaría el recuerdo de su madre.

Reconoce que no está preparado para leerlas y que nada le dicen: «Mas he aquí que veo una cosa no hecha para los soberbios... me parecieron indignas de parangonarse con la majestad de los escritos de Tulio. Mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior» x.

Ante esto, Agustín abandona la lectura de las Escrituras y nos da con claridad la razón de hacerlo: no las comprende y, además, el joven estudiante está prendado del brillante estilo de los grandes latinos y desprecia el lenguaje sencillo y humilde de la Sagrada Escritura.

En su búsqueda de la verdad, se encuentra con una secta, el maniqueísmo, mezcla de cristianismo y paganismo, que usa y abusa del nombre de Cristo y del Paráclito y Consolador y en la que la insistencia en la palabra verdad le deslumhra. Cae así en el maniqueísmo, que le haría mucho daño y le retendría, con diversas vicisitudes de entusiasmo, duda y frialdad, durante nueve años.

Y cae en el maniqueísmo precisamente por el ansia de verdad que en su interior ardía y por creer haber hallado el verdadero camino. Por lo mismo exclamará: «¡Oh verdad, verdad!, cuan íntimamente suspiraba entonces por ti desde los meollos de mi alma» 2.

Y es que esa verdad, que creía haber encontrado, era la verdad con mayúscula, Dios, por quien suspiraba. La servían, dice, los maniqueos y engañaban con sus falsedades, «mas como las tomaba por Ti, comía de ellas» 3.

Buscaba a Dios, más que con la inteligencia y el corazón, con los sentidos de la carne, que, viene a decir, no podían alcanzarle, «porque Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío» 4.

Su corazón, ardiente y generoso, vibra y se entusiasma con la nueva doctrina, y, al creer haber hallado la verdad que anhelaba, se entrega a ella con pasión. Entrega y entusiasmo que le llevará, no solamente a integrarse en la secta, sino a ser entusiasta captador para la misma de cuantos le rodean. Y les sería muy difícil resistir los argumentos que su brillante inteligencia ofrecía.

Su actitud en la secta y el tiempo que permaneció en ella los resumirá brevemente: «Durante este espacio de tiempo de nueve años -desde los diecinueve de mi edad hasta los veintiocho-, fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores» 5.

Termina Agustín en Cartago sus estudios a los veintiún años, envuelto, como estamos viendo, en una situación muy compleja: mujer, un hijo, fuerte inquietud por hacerse con la verdad y presa del maniqueísmo como religión, lo que implica abandono del cristianismo, la religión de su madre.

Vuelve a su ciudad natal, Tagaste, y abre escuela.

Sabía muy bien los apuros económicos de la madre y se decide a ayudarle, capacitado como está para ganarse la vida. Pero venía también con el entusiasmo de su recién estrenado maniqueísmo, orgulloso de su conquista y, por lo que se deduce del relato, con propósitos proselitistas.

Por lo que expresamente cuenta en las Confesiones, y algo que entre líneas se puede vislumbrar, para Mónica este renegar abiertamente del cristianismo, la religión que ella vivía con profunda convicción e intensidad, y que se había propuesto como meta de su vida inculcarla a los suyos, encontrarse con el hijo entregado a una secta hereje fue el golpe más duro de los hasta ahora recibidos de Agustín. Difícil ponernos en la situación, pero es más que seguro que un muro de incompreensión se alzaría entre ambos y una barrera difícil de sortear los separaría.

Verle tan entregado a la nueva doctrina, es muy probable llevara a Mónica al convencimiento de que era más difícil luchar contra esto que contra las pasiones.

San Agustín, que hasta ahora no lo ha hecho, va a empezar muy pronto a hablarnos de las oraciones y lágrimas de su madre; y ello va a estar presente de tal modo que durante años esas lágrimas y oraciones van a ser su pan cotidiano. Y es que no le queda otro recurso, al irle cerrando Agustín las demás puertas. Pero también, a parlar de aquí, se va a manifestar más en ella y hacerse patente la grandeza de su vocación de madre, a la que con tanta altura y fidelidad supo responder, y también -y esto en ella hay que destacarlo- la respuesta, a veces muy dolorosa, a los deberes que la maternidad impone, y que Mónica se vio obligada a dar. Y esto lo vamos a ver al momento, ya que la conducta de Agustín va a poner a prueba el temple de «mujer fuerte» que la caracteriza.

Está ya su hijo en casa, lo que para ella, en principio, sería una enorme satisfacción. Pero su entusiasmo maniqueo, que no oculta, y más que nada su afán prose-

I i lista, que con toda probabilidad pudo extenderse a toda la casa -no olvidemos lo ya dicho de que creían todos-, coloca a Mónica ante una de las situaciones más duras y delicadas que le tocó vivir. No podía consentir que la herejía se adueñara de su hogar. No se detiene Agustín al narrar esto, y lo pasa con una simple alusión. Pero que el hecho llegó a ser considerado grave por la madre se deduce de que se vio obligada a echarle de casa y que el único motivo que vemos es el religioso.

Casi imposible ponernos en el lugar de la pobre madre. La mujer paciente y sufrida, encariñada de modo extraordinario con su hijo, se ve obligada a cerrarle las puertas de la casa. Mucho tuvo que pensar y muchas vueltas le daría a todo antes de decidirse por esta solución, tan dura para ambos. Es un paso que, en el momento de darle, no se vislumbra el alcance que puede tener, ni si podría conducir a un arrepentimiento por parte del hijo o a una ruptura irreversible. Ahora

bien, sí es cierto que nos revela un carácter extraordinario en Santa Mónica, que, ante lo que cree un deber sagrado -duro deber de la maternidad-, no duda en tomar tal decisión.

Ignoramos el tiempo que pudo durar esta separación.

Agustín fue acogido por su amigo Romaniano, a quien, entre otras cosas, agradece más tarde esto. El motivo que llevó a Mónica a volverle a admitir en su casa confirma que la causa de la expulsión fue lo religioso y, tal vez, el convencimiento de la madre de que en ese momento ya nada cabía esperar de su hijo. Por eso, en cuanto una señal de arriba, que ella aceptó como segura, devolvió a la madre la esperanza de que su hijo volvería a su fe, de nuevo le admitió en casa. Es muy posible también que Agustín prometiera un cambio en su actitud. Lo más seguro es que uno y otra desearan la reconciliación y que no les costara encontrar razones para llevarla a cabo.

Ve San Agustín, una vez más, clara y eficiente la acción de Dios en todo este episodio, que recuerda con agrado «Pero enviaste tu mano de lo alto y sacaste mi alma de este abismo de tinieblas».

Habla de lo que acontecerá años después, y sigue «Entre tanto, mi madre, fiel sierva tuya, me lloraba ante Ti mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos, porque veía ella mi muerte en la fe y espíritu que había recibido de Ti».

«Y la escuchaste, Señor; Tú la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas, que, corriendo abundantes, regaban el suelo debajo de sus ojos, allí donde hacía oración; sí, Tú la escuchaste, Señor. Porque, ¿de dónde sino aquel sueño con que la consolaste, viniendo por ello a admitirme en su compañía y mesa, que había comenzado a negarme por su aversión y detestación de las blasfemias de mi error?» 6.

Ahí deja Agustín claras las razones que forzaron a Mónica a expulsarle de casa, así como lo que motivó su readmisión. El hijo no se había recatado ante ella de pregonar su nueva religión, lo que, aparte de ofenderla y resultar intolerable para ella, supondría un peligro para los que estaban bajo su techo.

Seguimos, con las palabras de Agustín, narrando el sueño que devolvió la esperanza a su madre «Vióse, en efecto, estar de pie sobre una regla de madera y a un joven resplandeciente, alegre y risueño que venía hacia ella, toda triste y afligida».

«Éste, como la preguntase la causa de su tristeza y de sus lágrimas diarias, no por saberla, como ocurre diariamente, sino para instruirla, y ella, a su vez, le respondiese que era mi perdición lo que lloraba, le mandó y amonestó para su tranquilidad que atendiese y viera cómo donde ella estaba allí estaba yo también. Lo cual, como ella observase, me vio junto a ella, de pie, sobre la misma regla» 7.

¿Sueño, premonición, premio a sus lágrimas y continuas oraciones? Lo cierto es que Santa Mónica lo toma por una señal venida de lo alto, que en parte la tranquiliza y devuelve la esperanza perdida. También ve en ello la acción divina. Ilusionada, llama a su hijo para contarle todo. Estaría deseando hallar cualquier disculpa para hacerlo y esto se la proporcionaba. Da la impresión de que con este motivo madre e hijo recuperaron la mutua y tierna confianza, de momento perdida.

Pero Agustín, no queriendo ceder del todo ante su madre, pretende, como vulgarmente se dice, llevar el agua a su molino, e intenta una interpretación del sueño o visión no conforme a lo entrevisto y entendido por su madre. Lo vemos, siguiendo el relato: «¿De dónde esto, sino de que Tú tenías los oídos aplicados a su corazón, oh Tú, omnipotente y bueno, que así cuidas de cada uno de nosotros, como si no tuvieras más que cuidar, y así de todos como de cada uno?».

«¿Y de dónde también le vino que, contándome mi madre esta visión y queriéndola persuadir yo de que significaba lo contrario y que no debía desesperar de que algún día sería ella también lo que yo era al presente, al punto, sin vacilación alguna, me respondió: "No -dijo-, no me fue dicho: donde está Él, allí estarás tú, sino, donde tú estás, allí estará también Él"» 8.

Pretende Agustín, según vemos por el relato, tergiversar, con un asomo de sofista, la interpretación de su madre, pero la seguridad y prontitud con que ella responde no le deja escapatoria. Así lo reconoce ahora, y da la impresión de que esa seguridad y agudeza de su madre le impresionó en aquel momento y la recordará más de una vez.

Por ello, completa este aspecto en su relato «Confieso, Señor, y muchas veces lo he dicho, que, a lo que yo me acuerdo, me movió más esta respuesta de mi avispada madre, por no haberse turbado con una explicación errónea tan verosímil y haber visto lo que debía verse -que yo ciertamente no había visto antes que ella me lo dijese-, que el mismo sueño con el cual anunciaste a esta piadosa mujer con mucho tiempo de antelación, a fin de consolarla en su inquietud presente, un gozo que no había de realizarse sino mucho tiempo después. Porque todavía hubieron de seguirse casi nueve años durante los cuales continué revoleándome en aquel abismo de cieno y tinieblas de error, hundiéndome más cuanto más conatos hacía por salir de él» 9.

Insiste Agustín en aludir a un gozo futuro, la conversión, que todavía tardará en llegar. Cayó en un error del que le costará mucho salir, a pesar de los esfuerzos que hará por lograrlo. Durante años su vida será búsqueda y lucha por encontrar la verdad, lo que, en parte, tranquilizaría algo a su madre, que, a su modo, también tomará parte en esa lucha. Ese a su modo, fundamentalmente nos le ofrece Agustín de una manera muy gráfica «Entre tanto, aquella piadosa viuda, casta y sobria como las que Tú amas, ya un poco más alegre con la esperanza que tenía, pero no menos solícita en sus lágrimas y gemidos, no cesaba de llorar por mí en tu presencia en todas las horas de sus oraciones, las cuales, no obstante ser aceptadas por Ti, me dejabas, sin embargo, que me revolcara y fuera envuelto por aquella obscuridad» 10.

Santa Mónica confiaba en que su visión no le podía fallar y que su hijo volvería a la fe. Indudablemente esto le daría alegría y ánimo, pero, aún con esta esperanza, no se sentía liberada de poner por su parte lo que estuviera en su mano. De momento, oración y lágrimas.

Insiste en ello Agustín y por nuestra parte también hemos de darle el relieve que merece. No faltarían las buenas palabras, consejos, recomendaciones... El corazón de una madre abunda en recursos cuando de salvar a un hijo se trata, y todo lo pone en juego: pureza, súplica, ternura, cariño, fuerza. No basta, podría decir Mónica a las madres. Además de acudir a todos los medios naturales de que se pueda disponer, es preciso, y del todo imprescindible, intentar «forzar a Dios», recurrir a lo sobrenatural y pedir que la gracia actúe y venga en nuestra ayuda. Más que con palabras, lo está predicando Mónica con su actuación, convencida, como siempre lo estuvo, de que sin la ayuda de lo alto, todo nuestro esfuerzo resulta estéril y baldío.

No fue esta visión la única señal tranquilizante que Mónica creyó recibir acerca de la futura conversión de su hijo. Habla Agustín de otra respuesta que le vino a su madre por parte de un obispo y que ella consideró también como venida del Señor y que la consoló sobre manera.

Y también encontramos aquí otra lección de Mónica ella confió siempre en la oración y lágrimas, pero no desdeñó, aún buscó, cualquier otro medio que juzgó útil o se le puso al alcance, cuando de devolver la fe a su hijo se trataba.

Es una pena que Agustín, por su fidelidad a lo que se había propuesto al escribir las Confesiones, fundamentalmente hablar de sí, considerara banales y sin importancia, según afirma, otras muchas cosas interesantes para conocer a su madre, y las «pase en silencio». Seguro que para nosotros hubieran constituido un inapreciable tesoro, y la figura de Mónica hubiera resultado enriquecida.

Se detiene Agustín con detalle en este episodio del obispo «También por este tiempo le diste otra respuesta, a lo que yo recuerdo -pues paso en silencio muchas cosas por la prisa que tengo de llegar a aquellas otras que me urgen más te confiese, y otras muchas porque no las recuerdo-».

«Diste, digo, otra respuesta a mi madre por medio de un sacerdote tuyo, cierto obispo, educado en tu Iglesia y ejercitado en las

Escrituras, a quien como ella rogase que se dignase hablar conmigo, refutar mis errores, desengañarme de mis malas doctrinas y enseñarme las buenas -hacía esto con cuantos hallaba idóneos-, negóse él con mucha prudencia, a lo que yo he podido ver después, contestándole que estaba incapacitado para recibir ninguna enseñanza por estar muy hinchado con la novedad de la herejía maniquea y por haber puesto en apuros a muchos ignorantes con algunas cuestiones, como ella misma le había indicado».

«Dejadle estar, dijo, y rogad únicamente por él al Señor; él mismo leyendo los libros de ellos descubrirá el error y conocerá su gran impiedad. Y al mismo tiempo le contó cómo, siendo niño, había sido entregado por su seducida madre a los maniqueos, llegando no sólo a leer, sino a copiar todos sus escritos, y cómo él mismo, sin necesidad de nadie que le arguyera ni convenciese, llegó a conocer cuan digna de desprecio era aquella secta y cómo al fin la había abandonado» n.

Nos interesa aquí señalar la actitud de Mónica, muy bien reflejada por su hijo. Ora, sí, pero recurre al mismo tiempo a cualquier otro medio que pueda influir en Agustín.

Aquí es un obispo, pero, incansable y animosa, Mónica «hacía esto con cuantos hallaba idóneos». En este caso, ya el obispo sabía por la madre de Agustín, y posiblemente por otros cristianos del pueblo, que había puesto en apuros a más de uno que se había atrevido a discutir con él. Sabía también de su gran formación académica y de su brillante inteligencia, lo que hacía temeraria una confrontación. Por eso, se limita a aconsejar a la santa que siga rezando. Respuesta que no convence a Mónica, tan deseosa de forzar la situación y lograr el cambio de su hijo. Posiblemente en su sencilla e ingenua mentalidad cristiana no entraría poder pensar que un obispo de la Iglesia, del que ella tendría un muy alto concepto, no se atreviera a una discusión con su hijo.

Y así, ante la insistencia, al parecer pesada, de Mónica, recibe ésta una consoladora respuesta: «Mas como dicho esto no se

aquietara, sino que instase con mayores ruegos y más abundantes lágrimas a que se viera conmigo y disputase sobre dicho asunto, él, cansado ya de su importunidad, la dijo: «Vete en paz, mujer; ¡así Dios te dé vida!, que no es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas". Respuesta que ella recibió, según me recordaba muchas veces en sus coloquios conmigo, como venida del cielo» 12. Y respuesta que, a la vista de tal madre, dio el obispo, convencido de que una madre así, si se lo propone, salvará a un hijo.

Aparte de la respuesta del obispo, dos cosas más a tener presentes. La primera, que Santa Mónica recibe la respuesta como «venida del cielo» y se mantiene en esta apreciación. Más adelante, ya cercano a la conversión, con motivo de su posible matrimonio, San Agustín viene a indicar que su madre distinguía bien cuándo una señal venía de arriba y cuándo no. Aquí, al igual que aquélla por la que volvió a abrirle las puertas de la casa, Mónica las tomó como señales divinas, lo que la ayudaría grandemente a seguir luchando.

Lo segundo a tener en cuenta es que la madre, así como se apresuró a contarle la primera visión, lo que volvió a restablecer la unión y confianza entre madre e hijo, con seguridad que le contaría este encuentro y respuesta del obispo -«según me recordaba muchas veces en sus coloquios conmigo»- para seguirle presionando y convencida de que estos hechos le ayudarían en su camino hacia la verdad.

Hay otro episodio, todavía en Tagaste, que refleja con total exactitud el estado de Agustín en cuanto al cristianismo y su incondicional entrega al maniqueísmo.

Siendo profesor en su ciudad natal, se hizo muy amigo de un discípulo de su edad y que se conocían desde niños. «Adquirí, nos dice, un amigo a quien amé con exceso» 13. El corazón ardiente de Agustín se entregó totalmente a esa amistad y, siguiéndola, vemos cómo continuaba no solamente apartado de la religión de su madre, sino como enemigo y consciente debelador de la misma.

Leemos: «Era para mí aquella amistad dulce sobremanera.

Hasta había logrado apartarle de la verdadera fe... inclinándole hacia aquellas fábulas supersticiosas y perjudiciales por las que me lloraba mi madre. Conmigo erraba aquel hombre en .el espíritu, sin que mi alma pudiera vivir sin él» 14. Al hacer patente lo entrañable de esa amistad, manifiesta su actitud en el terreno religioso logra apartarle de la verdadera fe y llevarle a la secta maniquea, que era el error «por el que me lloraba mi madre». Ya hemos visto lo que estaba sufriendo Mónica con esto, y sin duda que ella, en un pueblo pequeño, se enteraría de las conquistas de Agustín, si es que no se jactaba en casa de estar llevando a sus amigos a su propia religión. El año de Tagaste, como profesor, debió ser de los más duros y difíciles para Mónica.

No para en esto la entrega de Agustín al maniqueísmo y su actitud frente a la religión. Enferma el amigo de gravedad, temen sus padres por su vida, y, sin su consentimiento, le administran el bautismo. No le gustó esto a Agustín, pero tampoco le preocupó, porque, seguro de su ascendiente sobre el amigo, pensaba que retendría lo que de él había aprendido.

Mejora el amigo, y Agustín, que no se apartaba de su lado, en cuanto pudieron hablar, «tenté, dice, de reírme en su presencia del bautismo, convencido que también él se reiría del mismo... Pero él, mirándome con horror como a un enemigo, me amonestó con admirable y repentina libertad, diciéndome que, si quería ser su amigo, cesase de decir tales cosas» 15. Admirable reacción del joven, inesperada por Agustín, que, sorprendido, calla de momento, esperando, viene a decir, ocasión más

14 IV, 4, 7.

15 IV, 4, 8.

78 ULP1AN0 ALVAREZ, O.S.A.

propicia para volver sobre el tema. La obstinación de Agustín es manifiesta, tal vez por estar convencido de poseer la verdad, sin contar con que también estaba en jugo su orgullo.

No tuvo ocasión de lograr su propósito, dice, «porque Tú, Señor, le libraste de mi locura, a fin de ser guardado en Ti para mi consuelo, pues pocos días después, estando yo ausente, le repitieron las calenturas y murió» 16.

De haber logrado su propósito, el Agustín convertido nunca se hubiera consolado.

Tiene unas páginas hermosas y de un elevado lirismo dedicadas a la pérdida del amigo y a la triste, dolorosa e inconsolable situación en que se vio sumido, sin encontrar sosiego. Se ha convertido, dice, en un gran «interrogante» para sí mismo, y a Dios no puede acudir porque «aquel fantasma» nada le dice. «Y si yo le decía (a mi alma): "Espera en Dios", ella no me hacía caso y con razón» 1V. «A Ti, Señor, sigue diciendo, debía ser elevada (mi alma) para ser curada. Lo sabía, pero ni quería, ni podía» ,8, porque no tenía una idea clara de Dios.

Esta es el alma y esta la religiosidad de Agustín a sus veintidós años y envuelto en la fuerte crisis por la pérdida del amigo. Lo sabe bien Mónica, le ve sufrir y sufre ella porque no puede ofrecerle el consuelo de su fe. Tuvo que ser para ella penoso y triste sentirse impotente y no poder decir al hijo que acudiera al Señor, porque, confiesa, «yo no sabía nada entonces de estas cosas» 19, de las cosas de Dios. Y la pobre madre se ha de limitar a ser mudo testigo del dolor del hijo que, por el relato de las Confesiones, se convirtió para él en verdadera tragedia. Por eso, insiste en que quiere olvidar y no lo logra. Todo en Tagaste le recuerda al amigo: «Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible» 20. Ni siquiera soporta estar con su madre y los suyos. La solución, posiblemente fácil para él, pero dura para su madre, abandonar Tagaste: «Huí de mi patria, porque mis ojos le habían de buscar menos donde no solían verle. Y así me fui de Tagaste a Cartago»

\ VII. VELANDO EN CARTAGO

«Mi madre no cesaba día y noche de ofrecerte en sacrificio por mí la sangre de su corazón que corría por sus lágrimas (Conf, V, 7, 13).

Ya tenemos a Agustín en Cartago. Y tenemos a su madre, sin duda, preocupada ante la nueva situación.

Sencilla, sin grandes ambiciones, verle abrirse paso en su ciudad la colmaría de satisfacción. De repente la deja, y quizá comprenda su alejamiento al verle sufrir en casa, pero el hecho es que se encuentra sin el hijo mayor a su lado; sin el hijo predilecto que, aún dentro de las divergencias en lo religioso, siempre sería para ella ayuda, apoyo y consuelo. Y de nuevo inquietud por su lejanía, llena de interrogantes para él y para ella.

Agustín parece indicar como único motivo de su marcha a Cartago alejarse de todo aquello que le recordaba al amigo. Y también esa, al parecer, fue la excusa que dio, tanto a su madre, como a sus discípulos y conciudadanos.

Posiblemente no se abrió a su madre porque, conociéndola y sabiéndola muy enraizada en el pueblo y encariñada con él, estaba seguro que se opondría al traslado, al asustarla el nuevo ambiente de la gran ciudad y entristecerla la separación.

La verdad es que Agustín tiene otro motivo para ir a Cartago, en el que con seguridad ya ha pensado más de una vez, sirviéndole ahora de excusa para realizar su propósito la muerte del amigo. Agustín ha terminado con brillantez sus estudios, está convencido y poseído de su valía, y sabe que Tagaste, pequeño pueblo, no puede ofrecerle porvenir, ni económico ni social, y decide el viaje.

No tiene medios para realizarlo y acude a consultar y pedir ayuda a su amigo Romaniano, al que manifestará la verdadera razón de abandonar Tagaste, si bien le costará convencerle. Dirigiéndose a él en una de sus primeras obras, dice: «Y al partir a Cartago, con propósito de más ilustre profesión, al descubrirte a ti solo y a ninguno de los míos mi plan y esperanza... al no poder doblegar la voluntad

del adolescente, que aspiraba a más altos empleos... tú me proveíste de lo necesario para el viaje» '.

Así expone el verdadero motivo de su ida a Cartago, que ocultó a todos, incluida su madre.

Sabemos también que su madre vivió con él en Cartago, pero ignoramos cuándo se le unió, pues lo probable es que él marchara solo hasta situarse. También Mónica, convencida de que para seguirle tendría que abandonar definitivamente el pueblo, se vería obligada a dejar solucionados sus problemas familiares, pues tenía otros dos hijos.

Parece normal que, entre sus hijos, Mónica escogiera vivir con Agustín. Es el hijo mayor, ya se ha dicho, y aparece clara su predilección hacia él, y es el que mejor podría mantenerla, dada su posición de profesor. Como tantas otras madres, viuda y con escasos recursos, le preocuparía su futuro y tendría que escoger. No sería extraño que hablara de ello con sus hijos. Aparte de lo indicado,

Mónica vería cada día con más claridad la necesidad que Agustín tenía de ella, y que solamente la quedaba una misión en la vida: devolver a su hijo a la fe. Tiene además un nieto, del que posiblemente se sienta obligada a cuidar.

Tenemos, pues, a Mónica en Cartago con Agustín, sin saber exactamente cuándo, pero es posible que en cuanto Agustín estuvo instalado como profesor. Una estancia cercana a los ocho años y durante la cual no la abandonarían, ni la preocupación ni el sufrimiento de seguir viéndole maniqueo y aferrado a sus doctrinas, si bien ya sin los devaneos de sus diecisiete años. Y aun en lo referente al maniqueísmo aparece ya gradualmente un cierto respiro y esperanza, al irse dando cuenta de que Agustín, con el paso de los días, lo va viviendo con mucha menos entrega e intensidad que en sus comienzos.

Resume Agustín, sin matizar, su actitud ante el maniqueísmo desde que le abrazó hasta casi al final de su estancia en Cartago:

«Durante este tiempo de nueve años -desde los diecinueve hasta los veintiocho-, fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores» 2.

En el texto no precisa cuál fue su evolución, pero a través de las Confesiones se va viendo que el paso del tiempo y las lecturas van despertando en él dudas y enfriando su entusiasmo. Mónica, a su lado, resignada, sigue esperando y orando. La oración será siempre su arma fundamental, pero no dudamos que arrimará también su palabra, ya que la confianza y confianza entre madre e hijo se van estrechando, y seguir la evolución de Agustín y sus dudas le ofrecen la oportunidad de intervenir y ayudarle.

Se detiene poco Agustín en sus primeros años de Cartago. A los veintiséis o veintisiete escribe una obra *Sobre lo Hermoso y Apto, ya perdida al escribir las Confesiones*.

Hablando por este tiempo de Dios, de la verdad, de la hermosura del alma... dirá con sinceridad: «Yo no sabía nada entonces de estas cosas y así amaba las hermosuras inferiores, y caminaba hacia el abismo» 3. Pero el ansia de verdad le sigue aguijoneando y aparece en él más madurez y reflexión en estas cuestiones de altura.

Con ocasión del citado libro que escribió, se pregunta el santo sobre «la naturaleza del alma, pero la falsa opinión o concepto que tenía de las cosas espirituales, no me dejaba ver la verdad» 4. Tardó mucho, y le costó desasirse de los sentidos y de la materia, y eso le impedía desentrañar la serie de cuestiones que, con ocasión de su libro, le salían al paso. Pero ya es digno de notar ese agitarse y ese vagar de la mente, ahondando en cuestiones que creía podrían acercarle a la verdad buscada.

Viene a indicar que casi creía tocar algunas veces esa verdad, pero que topaba con algo que, en el momento culmen, le impedía asentir a ella. Ese tope era que la «mente racional está viciada, cual estaba la mía» 5, «que no sabía imaginar más que formas corporales» 6, y «escribí aquellos volúmenes revolviendo dentro de mí puras imágenes corporales» 7. Ahora, cuando escribe, reconoce que era

falsedad cuanto entonces pensaba de Dios 8, pero afirma su esfuerzo de esos años por llegar a Dios: «Yo me esforzaba por llegar a Ti, mas era repelido por Ti para que gustase de la muerte, porque «Tú resistes a los soberbios » 9. Y aún más fuerte se le escapa el grito «¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas ciertamente delante de mí, mas yo me había apartado de mí mismo y no me encontraba. ¿Cuánto menos a Ti?» 10. Seguirá maniqueo, pero algo le empuja a buscar otro Dios distinto del que ellos le habían ofrecido.

Nos ha situado Agustín en sus veintiséis o veintisiete años n . Han pasado tres o cuatro desde que abriera cátedra en Cartago. Ha aclarado un poco acerca de su problemática religiosa, nada en concreto de su actividad dentro del maniqueísmo, ni por el momento nos habla de su madre, que solamente asoma a sus páginas en momentos clave. La suponemos consciente y al tanto del mundo interno en que se agita, pero incapaz de ayudarle.

Son cuestiones cuya profundidad supera su preparación.

Es posible que más de una vez envidiaría Agustín la sencilla fe de su madre y la seguridad en sus creencias.

Nos estamos deteniendo un tanto en la marcha de Agustín hacia la fe y lo seguiremos haciendo hasta que culmine el proceso. No podemos dejar de seguir, si bien a largos trazos, su evolución. Y no es que pretendamos hacer su historia, según en la Introducción queda indicado.

Pero la historia de Santa Mónica, sin seguir un poco de cerca el caminar del hijo hasta la conversión, parecería incompleta, desdibujada y un tanto vacía. No se puede olvidar que, en ese largo y trabajoso proceso, está siempre con él, viviendo sus inquietudes, atenta a sus desvelos y constante en su oración.

Pasa un tiempo, y se detiene Agustín en el «año veintinueve de su edad», año que marca un hito en su evolución espiritual. Ya no se trata del ingenuo y entusiasta jovenzuelo, deslumbrado por la charlatanería maniquea.

Confiesa que ha leído a sabios y científicos, y se da cuenta de que sus opiniones no están de acuerdo con las de la secta, mereciéndole más credibilidad aquéllos. Entre otras cosas, se refiere a cuestiones de astronomía, en las que Agustín profundizó bastante, y ya, con sentido crítico, las «comparaba con los escritos de Manes, que sobre estas cosas escribió mucho, desbarrando sin tino» 12.

Hasta ahora ha callado y acatado, dice, pues «se me mandaba allí que creyera, aunque no me daban explicación alguna de aquellas doctrinas» 13, y eso se acabó.

Agustín ya no puede cerrar los ojos a la luz, y plantea dudas y cuestiones a sus correligionarios; dudas y cuestiones que no podían resolver los maniqueos que le rodeaban. Eran muy profundas para su cultura y Agustín muy superior a ellos. Siempre le eludían con la misma respuesta: que cuando llegara Fausto, su gran obispo y suma eminencia, aclararía y resolvería con suma facilidad todas sus dificultades y aún otras mayores si surgieran.

Mucho ansiaba él salir de sus dudas y mucha la confianza en que la llegada de Fausto las disiparía. Por eso, dice, «esperé con muy prolongado deseo la llegada de aquel anunciado Fausto» 14. Y, ansioso por aclarar aquello que le preocupaba, insiste: «Mañana lo averiguaré; la verdad aparecerá clara y la abrazaré. Fausto está para venir y lo explicará todo» 15. Y llegó, por fin, Fausto, y encontró dificultades por parte de sus seguidores para hablar con él y exponerle sus dudas. Conocían a Agustín y temían pusiera en apuros al admirado obispo, y, así, trataron de evitar que interviniera en público: «Me molestaba, dice, que en las reuniones de los oyentes no se me permitiera presentarle mis dudas y departir con él el cuidado de las cuestiones que me preocupaban»

Logra finalmente hablar con Fausto y le presenta algunas de sus objeciones, y Fausto, con una humildad y sinceridad que cautivó a Agustín, le confesó que no podía resolverle nada. Se dio cuenta Agustín de que era un hombre agradable, con facilidad de palabra, y

por ello cautivador, pero de muy escasa cultura. Las dificultades que le planteaba Agustín superaban su capacidad y preparación.

Este encuentro, del que tanto esperaba, le desilusiona, y el entusiasmo por el maniqueísmo, ya muy en el aire, cede por completo. Como siempre, sintetiza con claridad en las Confesiones el hecho y la situación en que queda «Quebrantado, pues, el entusiasmo que había puesto en los libros de Manes y desconfiando mucho más de los otros doctores maniqueos... todo aquel empeño mío que había puesto en progresar en la secta se me acabó totalmente apenas conocí a aquel hombre, mas no hasta el punto de separarme definitivamente de ella, pues no hallando de momento cosa mejor determiné permanecer provisionalmente en ella, en la que al fin había venido a dar, hasta que apareciera por fortuna algo mejor, preferible » 17.

Agustín, ciertamente, ya no es maniqueo, aunque materialmente decida seguir incorporado a la secta. Pero, de momento, tampoco acepta como posibilidad el cristianismo.

Ha quedado demasiado decepcionado, tras su fracaso en el maniqueísmo, en el que un día creyó ciegamente, y ahora caminará con pies de plomo antes de abrazar cualquier otra doctrina. La religión de su madre presenta muchas dificultades a quien todo lo quiere alcanzar con su sola razón y sus propias fuerzas. De todos modos, Mónica, con quien Agustín compartiría esta nueva situación, respiraría aliviada por lo conseguido.

Cuando repasa Agustín todo este episodio, reconoce el bien que le hizo este encuentro: «De este modo, aquel Fausto, que había sido para muchos lazo de muerte, fue, sin saberlo ni quererlo, quien comenzó a aflojar el que a mí me tenía preso» 18. Reconoce también la Providencia actuando a su modo para llevar adelante sus planes sobre él. Y, después de bastante silencio, aparece su madre, a cuyos méritos atribuye el bien recibido en este encuentro.

Como siempre, leemos con deleite sus palabras: «Y es que tus manos, Dios mío, no abandonaban mi alma en el secreto de tu providencia, y que mi madre no cesaba día y noche de ofrecerte en

sacrificio por mí la sangre de su corazón que corría por sus lágrimas... porque el Señor es quien dirige los pasos del hombre y quien escoge su camino» 19.

¡Qué hermosas palabras, recogiendo la actitud de su madre!: Ofrecía en sacrificio «la sangre de su corazón que corría por sus lágrimas». Difícil expresar más gráficamente la actuación, callada y constante, de Mónica, que persigue sin pausa, «día y noche», un único objetivo salvar a su hijo. Y esto siempre con las mismas armas: oración y lágrimas.

No nos cansaremos de repetir, ponderar y también de poner como ejemplo a las madres a Mónica, con ese su silencio con el que vela incansable al lado del hijo y la infatigable andadura en busca de luz para él. Lo comprende Agustín y por eso ahora recuerda a su madre y valora su acción como decisiva en su caminar. Aparte de esto, es natural se detenga en su madre ante este hecho, que supone un principio de ruptura con su pasado. Es casi seguro, y no es suposición infundada, que, dado lo que significó para él, confiaría a su madre su encuentro con Fausto, su desengaño y cambio en el modo de pensar.

Y no es ilógico suponer la gran alegría con que ella recibiría la noticia de que el gran enemigo durante tantos años, el maniqueísmo, quedaba orillado. No podemos dudar que desde este momento Mónica se abriría a una más clara y firme esperanza sobre la vuelta de su hijo a la fe.

En el itinerario de la conversión de Agustín es sumamente importante este momento de sus veintinueve años. Tanto que en su constante búsqueda de la verdad, comenzada diez años antes, se ve forzado a intentar un nuevo camino. No tiene ahora nada claro hacia dónde dirigir sus pasos, pero sí se puede afirmar que su decisión de «seguir provisionalmente en el maniqueísmo» no va a frenar su inquieta búsqueda.

VIII. LÁGRIMAS EN LA PLAYA

«Mas aquella misma noche me partí a hurtadillas de ella, dejándola orando y llorando».

(Conf, V, 8, 15).

La alegría de Mónica tras el encuentro de Agustín con Fausto va a durar poco. La tranquila vida de Cartago va a ser rota de una manera dura, brusca y hasta cierto punto incomprensible para nosotros. Agustín, cuyo amor y unión con la madre no se pueden poner en duda, la va a poner ante el dolor más lacerante e inesperado que Mónica podía imaginar: la va a abandonar, de una manera un tanto cruel, para emprender nuevos rumbos.

Le aconsejan los amigos que debe ir a Roma, donde le auguran un porvenir más brillante y cómodo. Saben ellos su valía, y no dudan de que se abrirá paso en la Ciudad Eterna, aunque no es fácil para un africano. Se deja convencer Agustín y acepta la idea. Y no le mueve tanto el dinero y los honores, aunque no los desdeñe.

Está cansado de los estudiantes de Cartago, alborotadores y díscolos, mientras ha oído hablar bien de los de Roma. Nos dirá luego que él va por unas razones, pero que es el Señor quien sabía el verdadero porqué de su marcha.

Y aquí viene lo duro de este viaje: no quiere que le acompañe su madre. Tampoco, por supuesto, la concubina y el hijo, pero en éstos podía mandar, no en la madre.

No dice cuál pudo ser la razón de esto. Cuiñéndonos a su madre, es posible que pensara que iría más tranquilo sin ella, ya que, en cierto modo, era una aventura que podía no tener éxito y verse obligado a volver a Cartago. Abrirse paso y triunfar un africano en Roma no era fácil ni corriente, y eran contados los que lo habían conseguido.

Si lo hubiera planteado así a su madre, es posible que ésta lo hubiera comprendido y aceptado, aunque la idea de Roma le asustara y desbordase su mentalidad. Pero, posiblemente por conocerla y conocer su manera de pensar, no se atrevió a planteárselo.

El hecho es que no le habló claro, que anduvo jugando con ella al escondite, y que ella -o la madre de su hijo- sospechó su decisión de ir a Roma y dejarla en Cartago. Esto la llevó a pegarse a él y seguirle como una sombra, pero al fin se impuso la astucia del hijo y la abandonó, engañada, en la playa, donde ella se deshizo en lamentos y lágrimas. El episodio, tal como lo cuenta Agustín, es de un dramatismo que fuerza a compadecer a la pobre madre y, en cierta medida, a juzgar duramente al hijo.

Nada mejor que sus palabras para revivir este episodio tal como se desarrolló, pues el Agustín convertido, y quizás dolido, nada omite: «Pero el verdadero porqué de salir yo de aquí e irme allí sólo Tú lo sabías, oh Dios, sin indicármelo a mí ni a mi madre, que lloró atrocemente mi partida y me siguió hasta el mar»¹. Con brevedad, nos pone ante el hecho y, más que nada, ante la situación de la madre. Agustín aquí parece querer dejar a un lado narrar algo de su propia vida y volcar la narración poniendo a su madre como centro.

En esa línea, continúa: «Mas hube de engañarla, porque me retenía por fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo»². Posiblemente, para comprender a Santa Mónica en esto tendríamos que entrar en su mentalidad ultramarina, provinciana y cargada de ambiente colonialista, que habría oído hablar muy mal de Roma y de los peligros que allí aguardaban a su hijo. ¿Lo habrían charlado o discutido entre ellos sin llegar a ponerse de acuerdo?

Lo que del relato aparece claro es el decidido propósito de la madre, o de hacerle desistir del viaje, o de acompañarle y, a su vez, el también decidido propósito del hijo de hacer el viaje y no llevarla consigo. Muy mal debieron pasarlos los dos. Y nos quedaremos cortos al imaginar esa escena en plena playa y, sobre todo, nos es muy difícil entrar en el sufrimiento y angustia de Mónica.

Tampoco podemos dejar de lado los sentimientos de Agustín, forzado por las circunstancias a hacer sufrir a su madre y a contemplar ese sufrimiento.

Decidido Agustín a llevar adelante su idea, lo va a intentar, aun engañando a su madre. Un recurso poco feliz para su ingenio: «por lo que fingí tener que despedir a un amigo, al que no quería abandonar hasta que, soplando el viento, se hiciese a la vela» 3. Demasiado banal la excusa como para convencer a una desconfiada madre, que sospecha de cualquier pretexto, y va a seguir a su lado. Al fin, igual podría despedir al amigo estando ella presente.

Agustín, tan tenaz como su madre, pero más astuto, logra al fin engañarla, y se embarca. Es conmovedor el relato: «Así engañé a mi madre y a tal madre, y me escapé, y Tú perdonaste este mi pecado misericordiosamente, guardándome, lleno de execrables inmundicias, de las aguas del mar para llegar a las aguas de tu gracia, con las cuales, lavado, se secasen los ríos de los ojos de mi madre, con los que ante Ti regaba por mí todos los días la tierra que caía bajo su rostro» 4.

No se cansa Agustín de recordarnos las lágrimas y oraciones de su madre. Si siempre le impresionarían, aunque durante mucho tiempo no creyera en su eficacia, al rememorar este momento lo harían de una manera especial. Parece todavía, después de dieciséis años, dolerle la herida infligida en la playa a su madre. Por eso ahora recuerda el episodio con un acento especial: «Así engañé a mi madre y a tal madre». Subrayamos nosotros.

¡Qué rico contenido deja adivinar la expresión! Al escribir ahora Agustín y revivir con detalle el hecho, su recuerdo parece ir enriqueciendo su figura, tal vez con detalles que entonces le pasarían desapercibidos y que ahora le conmueven y de los que, por desgracia, nos privó. Bonita también la idea de que únicamente se secarían «los ríos de sus ojos» cuando él estuviera lavado, es decir, bautizado, y aunque apunte a exagerado, merece tener presente aquello de que «ante Ti regaba por mí todos los días la tierra que caía bajo su rostro», que ciertamente testimonia la abundancia de sus lágrimas, y que más de una vez recuerda Agustín.

Continúa el relato, señalando cómo logró al fin engañar a su pobre madre: «Sin embargo, dice, como rehusase volver sin mí» -no vería al amigo por ninguna parte-, «apenas pude persuadirla a que permaneciera aquella noche en el lugar próximo a nuestra nave, la Memoria de San Cipriano» 5.

Eran las Memorias lugares en los que se recordaba a un mártir u otro motivo religioso con distintos signos.

En este caso, al parecer, se trataría de una pequeña ermita.

Todo hace suponer que, después de un día tras Agustín y a su lado, al caer la noche y posiblemente refrescar

-era el otoño del 383-, la convence para que se recoja al abrigo de la ermita y descanse algo, mientras el viento hace posible la partida de la nave con el amigo. A pesar de su desconfianza -«apenas pude persuadirla»-, Mónica acepta la compasiva sugerencia de Agustín, tal vez pensando que por la noche no saldría la nave. El cansancio, sin duda, después de la dureza de un día tan ajetreado, la vence y se duerme.

Podemos pensar que Agustín se sentó a su lado. La ve vencida por el sueño, y dormida la dejó. Aprovecha la ocasión -tendría buen cuidado de no hacer el menor ruido-, se embarca y tiene la suerte de que el viento soplara y la nave se hiciera a la mar.

Así lo cuenta Agustín: «Mas aquella misma noche me partí a hurtadillas de ella, dejándola orando y llorando.

¿Y qué es lo que te pedía, Dios mío, con tantas lágrimas, sino que no me dejases navegar? Pero Tú, mirando las cosas desde un punto más alto y escuchando en el fondo su deseo, no cuidaste de lo que entonces te pedía para hacerme tal como siempre te pedía» 6.

No es difícil imaginar a Mónica a la mañana siguiente su despertar sobresaltado, no encontrar a su vera al hijo, asomar inquieta y desolada a la playa, no ver la nave en el lugar en que estaba al anochecer, ni divisarla ya en lontananza. Se puede dejar correr la

imaginación, y apenas se podrá entrar en su desolación, después de la lucha sostenida para que no la abandonara.

Describe así Agustín esa mañana: «Sopló el viento, hinchó nuestras velas y desapareció de nuestra vista la playa, en la que mi madre, enloquecida de dolor, llenando de quejas y gemidos tus oídos, que no los atendían, antes bien me dejabas correr tras mis pasiones para dar fin a mis concupiscencias y castigar en ella con el justo azote del dolor su deseo carnal».

Sus sentimientos se los contaría la madre con el tiempo. Y nada nos dice Agustín de los suyos propios en el momento de la partida. Con seguridad que la imagen de la madre, sufriente y dormida, no se apartaría de su pensamiento. A ella nos la describe como «enloquecida de dolor», y no era para menos, así como que no la quedó sino el gemir y quejarse a lo largo de la playa.

¡Qué abandonada y sola se debió sentir, y cómo la dolería el despego del hijo, al que tan unida se sentía!

Y curiosa, y a nuestro parecer totalmente acertada, la interpretación, del todo sobrenaturalizada, que da Agustín de este hecho. Ve efectivamente en ese, podemos decir, despiadado abandono de su madre por parte suya y en el hecho de que el Señor no atiende sus ruegos e impida el viaje o la permita a ella acompañarle, un pequeño castigo a su madre, demasiado apegada al hijo y dejándose llevar en exceso por el simple amor maternal. El Señor castigó, en palabras de su hijo, «con el justo azote del dolor su deseo carnal». Mónica se elevará a altas cotas de santidad, pero ésta no se consigue con facilidad y en poco tiempo. Es un lento proceso de ascensión, en el que se van sucediendo lo humano y lo divino, lo natural y lo sobrenatural.

Y en el hecho de querer a toda costa Santa Mónica acompañar a su hijo, pudo sin duda haber miras demasiado humanas, pero muy comprensibles y disculpables en una madre. Es San Agustín, a la vez que acusa, quien disculpa, «porque como las demás madres y aún mucho más que la mayoría de ellas» -¿excesiva benevolencia?-,

«deseaba tenerme junto a sí, sin saber los grandes gozos que le preparabas con mi ausencia».

«No lo sabía, y por eso se lamentaba y lloraba, acusando con tales lamentos el fondo de Eva que había en ella al buscar con gemidos lo que con gemidos había parido» 8. Nos sorprende tantas veces Agustín con expresiones tan cargadas y ricas, que casi da apuro insistir en resaltarlas. Pero qué hermoso eso de «al buscar con gemidos lo que con gemidos había parido». Y vemos cómo repasando lo acaecido, Agustín, después de muchos años, ve la mano del Señor detrás de todos esos acontecimientos, entonces inexplicables, y que los guía y dirige por caminos que no son los nuestros y que no podemos prever.

De ahí que nos dejemos llevar con frecuencia por nuestras pequeñas, miopes e interesadas miras, como le está ocurriendo en este momento a Santa Mónica, que pedía más lo que quería conseguir que lo que la convenía.

No parece concederle nada el Señor en estos momentos, pero al fin le fue dado lo que con tanta tenacidad y sacrificio ahora perseguía. Mas en los planes de lo alto la luz solamente asomaría después de los negros nubarrones que ahora obscurecían el cielo y le impedían ver el esperanzador y luminoso azul.

Y cierra Agustín el triste episodio con unas palabras indicadoras de que posteriormente lo comentaría con su madre, pues solamente a través de ella pudo saber ese final: «Por fin, después de haberme acusado de mentiroso y mal hijo, y haberte rogado de nuevo por mí se volvió a su vida ordinaria y yo a Roma» 9.

Normal en un primer momento el desahogo y queja de la madre al tachar a Agustín de mentiroso y mal hijo; la había engañado descaradamente y la había abandonado.

Y no pretendemos entrar en los sentimientos de Mónica en esa situación. Sólo un corazón de madre podría hacerlo con cierta

aproximación. Se tuvo que encontrar dolorida en sumo grado y desconcertada, tal vez, al no poder comprender la conducta de su hijo.

Y éste, que tan minuciosamente ha narrado el hecho, no se detiene luego en lo que todo esto pudo significar para su madre, y cierra el episodio con la sencilla frase anterior.

Y como remate de todo, un final propio de una madre, y en concreto de Santa Mónica: rezar de nuevo por el hijo. Ese es el corazón de una madre, y, en este caso, el corazón sangrante de una santa: olvidar al punto la mala faena que la ha jugado el hijo, olvidar sus quejas e improperios del primer momento, no atender a su dolorosa herida, para pensar en los nuevos peligros a que se halla expuesto el hijo, tanto en el mar como en la nueva ciudad y situación que le espera, y elevar fervorosa súplica por él: «Después de haberte rogado de nuevo por mí, se volvió a su vida ordinaria» 10. Ignoramos si volvió a Tagaste con sus hijos o si permaneció en Cartago -era su vida ordinaria-, con la mujer de su hijo y nieto, que la necesitarían, en espera de poder seguir a Agustín. Lo más probable es que quedara en Cartago, donde le sería más fácil recibir alguna noticia, y donde también sería más fácil hallar una oportunidad de reunirse con Agustín en Roma.

Hemos hablado de dramatismo en este hecho y no nos parece exagerado, habida cuenta de todas las circunstancias que aquí concurren. Con toda seguridad que después lo comentarían más de una vez madre e hijo y se extendería Mónica en detalles. El relato minucioso que Agustín hace, según acabamos de ver, avala esa suposición.

Cariñosamente le reprocharía la madre la mala jugada de que había sido objeto, y, no menos cariñosamente el hijo se disculparía y le daría una explicación que a nosotros nos negó.

Las páginas en que Agustín narra su viaje a Roma, dejando en la playa abandonada a su madre, son de lo más bello de las Confesiones. Parece como si Agustín se hubiera ido deleitando en el recuerdo, un recuerdo que todavía le duele, y lo plasma para la posteridad en unas

pinceladas escogidas. Llevan a uno esas páginas a recrearse y regocijarse en la descripción viva de los distintos momentos del suceso, y a querer sintonizar con los sentimientos de la madre, lo que hace se releen una y otra vez con deleite.

Resulta también, por lo que a nosotros afecta, enriquecida la figura de Santa Mónica, y se gustan matices que completan su retrato, al par que todo ello permite admirar la delicadeza con que Agustín trata a su madre, el entusiasmo y admiración con que el tiempo ha ido patinando su figura en el pensamiento de Agustín, y el gran amor del hijo que, aún haciéndola entonces sufrir, latía en el fondo de su alma y que pervive, sublimado por el paso de los años.

No puede extrañarnos que inicie este relato adelantando esa hermosa expresión, que podría servir también para cerrarle, y que compendia el sentimiento de un corazón herido y enamorado: «Así engañé a mi madre, y a tal madre, y me escapé» n.

11 v, 8, 15.

IX. PRESENCIA EN LA LEJANÍA

«No sabía esto -la grave enfermedad-

mi madre, pero oraba por mí, ausente, escuchándola Tú, presente en todas partes, allí donde ella estaba y ejerciendo tu misericordia conmigo donde yo estaba».

(Conf, V, 9, 16).

Llega Agustín a Roma, probablemente en el otoño del 383. Se hospeda con los maniqueos, a los que habría sido recomendado desde Cartago. Enferma gravemente

-casi con seguridad de malaria, muy frecuente y extendida en la campiña romana-, tanto que llegó a temerse por su vida, y él mismo se da cuenta del peligro: «Y así, agravándose las fiebres, ya casi estaba a punto de irme y perecer»¹. Lo curioso y triste del momento -observa el santo- es que, viendo cercana la muerte, no se le ocurre ahora pedir

el bautismo, lo que sí había hecho de niño. Y esto hace patente lo alejado que en este momento se encontraba de la religión de su madre.

Agustín, como veremos luego, da mucha importancia al hecho de no haber pedido el bautismo y, sobre todo, de haber muerto en ese estado, todavía le hace temblar el pensamiento de cómo lo hubiera encajado su madre. Y es que, cuando se refiere a su vida en esa época, extrema un tanto el juicio sobre la misma. Pensamos que, prescindiendo de otros aspectos, desde el punto de vista religioso Agustín está actuando conforme a lo que cree verdad, dentro de la inseguridad que le domina.

Cuando llega a Roma, alejado del cristianismo, y muy desilusionado del maniqueísmo, que había creído la verdadera religión, está, no obstante, todavía muy influenciado por éste y obrando en conformidad con su doctrina: «Todavía me parecía a mí que no éramos nosotros los que pecábamos, sino que era no sé qué naturaleza extraña la que pecaba en nosotros, por lo que se deleitaba mi soberbia en considerarme exento de culpa... y lo más incurable de mi pecado era que no me tenía por pecador» 2. Está muy claro el texto. Nada así le impulsaba a pedir el bautismo, porque, aunque no esperaba ya progresar en aquella «falsa doctrina», «había determinado conservar algunas cosas hasta no hallar algo mejor», si bien «las profesaba ya con pereza y negligencia» 3.

En una obra, nueve años anterior a las Confesiones, presenta mejor la confusión que le envolvía y su estado al llegar a Italia: «Voy a tratar de descubrirte (escribe a su amigo Honorato) cuál fue mi camino cuando andaba buscando la verdadera religión... Cuando me separé de vosotros y atravesé el mar, andaba ya irresoluto y dudando de cuáles eran las cosas que debía retener y cuáles las que debía abandonar» 4, irresolución que venía de atrás y que había aumentado tras el encuentro con Fausto. Nada extraño que en esta situación no pensara en el bautismo.

El caso es que ahora, al escribir las Confesiones, recuerda que estando en trance de muerte no pidió el bautismo, y le estremece lo

que pudo suceder de morir en el estado de abandono en que se encontraba y cuál hubiera sido su destino. Y su pensamiento vuela hacia su madre y también le asusta, conociéndola bien, el estado en que hubiera quedado ante la muerte de su hijo, no recuperado para su fe. Al mismo tiempo, atribuye a sus oraciones el haber superado el trance. Tanta fuerza concede a las oraciones de su madre.

Una vez más, al hablar de su madre y describir esto, parecen aflorar en Agustín los mejores resortes de su pluma «No sabía esto mi madre, pero oraba por mí, ausente, escuchándola Tú, presente en todas partes, allí donde ella estaba y ejerciendo tu misericordia conmigo donde yo estaba, a fin de que recuperara la salud del cuerpo, todavía enfermo y con un corazón sacrilego. Porque estando en tan gran peligro no deseaba el bautismo, siendo mejor de niño, cuando lo supliqué de la piedad de mi madre...».

«Con todo, no permitiste que en tal estado muriese yo doblemente, y con cuya herida, de haber sido traspasado el corazón de mi madre, nunca hubiera sanado. Porque no puedo decir bastante el gran amor que me tenía y con cuánto mayor cuidado me paría en el espíritu, que me había parido en la carne» 5.

Indudablemente, nos es imposible imaginar, aunque podamos conjeturar algo, cuál hubiera podido ser el su I Vi miento de Santa Mónica si su hijo, por el que tanto había suplicado, y dada la casi ciega confianza que tenía en que había de volver a su misma fe, hubiera muerto en un estado de total alejamiento de la luz. Lo comprende más tarde el santo, y por eso lo pondera ahora, y aprovecha el episodio, que sin duda le dejó honda huella, para detenerse en él y recordarnos algunas cosas más de su madre, en las que hasta este momento no se había detenido o, tal vez, no había reparado.

Por lo pronto, es la primera vez que San Agustín habla del «gran amor» que le tenía su madre y vale la pena seguirle al pie de la letra en las Confesiones, que nos llevan, con nuevos detalles, a un más completo retrato de ella «Así que no veo cómo hubiese podido sanar -

insiste en la idea ya expresada un poco antes-, si mi muerte en tal estado hubiese traspasado las entrañas de su amor.

¿Y qué hubiese sido de tantas y tan continuas oraciones como por mí te hacía sin cesar?».

«¿Acaso Tú, Dios de las misericordias, despreciarías el corazón contrito y humillado de aquella viuda casta y sobria, que hacía frecuentes limosnas y servía obsequios a los santos? ¿Que ningún día dejaba de llevar su ofrenda al altar? ¿Que iba dos veces al día - mañana y tarde-

a tu Iglesia, sin faltar jamás, y esto, no para entretenerse en vanas conversaciones y chismorreos de viejas, sino para oírte a Ti en los sermones y que Tú la oyese a ella en sus oraciones?».

«¿Habías Tú de despreciar las lágrimas con que ella te pedía, no oro ni plata, ni bien alguno frágil y mudable, sino la salud de su hijo? ¿Habrías Tú, digo, por cuyo favor era tal, de despreciarla y negarle tu auxilio? De ningún modo, Señor; antes estabas presente en ella, y la escuchabas, y hacías lo que te pedía, mas por el modo señalado por tu providencia».

«No era posible, no, que Tú la engañaras en aquellas visiones y respuestas que le habías dado, de algunas de las cuales hemos hablado ya y otras que paso en silencio, las cuales conservaba ella fielmente en su pecho y te las recordaba en sus oraciones como firmas de tu mano, que habías de cumplir. Porque, aunque tu misericordia es infinita, tienes a bien hacerte deudor con promesas a aquellos mismos a quienes Tú perdonas sus deudas» 6.

Larga la cita, pero necesaria, y a nuestro entender, puesto que es suficientemente clara y completa, más que comentario, lo que pide es una lectura reposada, desglosando el conjunto de afirmaciones que nos hace acerca de su madre. Vemos en la cita lo que hasta ahora no nos había ofrecido, aunque mucho de ello se suponía, a una Mónica practicante, consecuente con el cristianismo de su entorno y con una destacada religiosidad: viuda casta y sobria, asidua a la Iglesia y fiel a

sus prácticas, caritativa con los pobres, no chismosa. Lástima que omita Agustín alguna otra de aquellas visiones con que el Señor la iba consolando y, en cierta manera, garantizando la conversión del hijo. Eso le da fuerza para exigir a ese mismo Señor, a quien con insistencia acude, el cumplimiento de su garantía. No obstante, aunque omita algo, nos ha completado el cuadro de Mónica para llevarnos a una mayor comprensión de la misma y a un mayor acercamiento a su gran talla de madre y de santa.

Supera la enfermedad con que le recibió Roma. Abre Escuela, pues tiene que vivir, y muy pronto se da cuenta de que tampoco los alumnos romanos le satisfacen. Los de Cartago eran alborotadores; los de Roma son pacíficos y atentos, pero cuando llega la hora de pagar, se van con otro profesor. Pide la ciudad de Milán, que era sede de la corte imperial, a Roma un maestro de retórica. Animan los amigos a Agustín a solicitar el puesto y parece que los maniqueos le ayudaron con sus influencias.- Hace un discurso como prueba u oposición y le conceden la cátedra. Para él, sin duda, un gran triunfo y una sólida base para un brillante porvenir.

No ha estado mucho tiempo en Roma, pero ya permite ver que la inquietud por encontrar la verdad se va acentuando y describe su estado al abandonar Roma «Cuando ya me hallaba en Italia, reflexioné conmigo mismo y pensé, no en si continuaría en aquella secta, en la que estaba arrepentido de haber caído, sino en cuál sería el método para hallar la verdad, cuyo amor, Tú lo sabes mejor que nadie, cuánto me hacía suspirar» 7 ...

«con frecuencia me parecía imposible encontrarla y mis pensamientos vacilantes me llevaban a aprobar a los académicos...

a veces... me inclinaba a creer que lo que se nos ocultaba no era la verdad, sino el modo de dar con ella y que ese modo debía venirnos de algún poder divino » 8.

En esta disposición de ánimo viaja a Milán, probablemente en la primavera del 384 -habría permanecido poco más de seis meses en Roma-, y , al llegar, visita al obispo de la ciudad, Ambrosio, más que

nada como visita de cortesía -Agustín tenía ya un cargo público-. Le encanta cómo le recibe y se interesa por él y su viaje, de tal modo que afirma: «Yo comencé a amarle» 9. De ahí que comience a escuchar sus sermones, no tanto por lo que dice, cuanto por el modo como lo dice. Hablaba muy bien San Ambrosio, y al profesor de retórica le agradaba escucharle y le interesaba para su profesión.

Nos dijo, cuando abandonó a su madre para ir a Roma, que una cosa es lo que nosotros pretendemos y otra lo que el Señor quiere para nosotros. Era necesario, en los planes divinos, que él recorriera esos caminos, de momento incomprensibles. Y aquí tenemos de nuevo esa presencia divina, que guía sus pasos, en San Ambrosio, que será figura clave y decisiva en el itinerario espiritual de Agustín, que lo reconoce en esta expresión: «A él era yo conducido por Ti sin saberlo, para ser por él conducido a Ti sabiéndolo» 10.

Asiduo oyente del santo obispo, a la curiosidad profesional por comprobar su fama de orador y sabio va sustituyendo el interés por lo que dice, por el contenido doctrinal de sus sermones -no olvidemos su inquietud religiosa-. Y, en efecto, confiesa que los sermones de Ambrosio van calando en él, le van naciendo reflexionar, van respondiendo a mudos interrogantes que bullen en su interior, le van aclarando dudas y errores, y le van demostrando que es posible dar luz a muchos problemas que se le presentaban irresolubles. Por eso confiesa, refiriéndose a San Ambrosio: «a ella (a la salvación) me acercaba insensiblemente y sin saberlo» n , pues le lleva a ir viendo más posible que la verdad, que tanto busca, se encuentre en el cristianismo.

Pero la verdad no fue para Agustín un logro fácil.

Se cuida muy bien de decirnos que fue penetrando en él «por grados», es decir, escalonada y lentamente: «Así, al abrir mi corazón para recibir lo que decía (Ambrosio)

elocuentemente, entraba en él al mismo tiempo lo que decía de verdadero; mas esto por grados» 12. Y es que son aún muchas las

ataduras que tiene que romper y muchos los escollos que sortear para llegar a lo que busca.

Por de pronto, aunque comienzan ya a parecerle defendibles aspectos de la Escritura que antes no se lo parecían, no se atreve a decir sí. Escarmentado por su pasado, no quiere cantar victoria, ni decantarse inmediatamente en favor del cristianismo. Puede éste tener sus sabios inteligentes que le embauquen, como antes le sucedió con los maniqueos, «y así, si por una parte la católica no me parecía vencida, todavía aún no me aparecía vencedora» 13.

Está Agustín llevando a cabo un gran esfuerzo intelectual, pero hay problemas de fondo que le frenan.

Y uno de estos problemas es la sustancia espiritual. No logra concebirla y confiesa que de haberlo logrado, hubiera dado el salto. Sigue arrastrando el lastre maniqueo de concebir a Dios como corpóreo, considerando el mal como entidad, según confiesa: «pero lo que principalmente me tenía cogido y ahogado eran las corporeidades que yo imaginaba cuando pensaba en aquellas dos grandes moles (Dios y la sustancia del mal), que parecían oprimirme» 14.

No obstante, en medio de toda esta confusión, se va abriendo paso la idea de que es posible que la verdad se encuentre en el catolicismo, y al mismo tiempo se afianza ya con claridad también la idea de que la doctrina maniquea es insostenible, y da un paso muy importante renunciar al maniqueísmo. Paso decisivo, pues no podemos olvidar que el maniqueísmo le había tenido atrapado, y fuertemente, durante nueve años. Abandona el maniqueísmo, pero la situación de duda permanece; no obstante, se asienta la idea de orientarse hacia la religión de su madre.

Una vez más se deja sentir el peso de lo que vivió de pequeño al lado de su madre y el influjo inconsciente, pero real, de ese continuado contacto con ella durante tantos años. Porque si tiene ya claro que ha de abandonar el maniqueísmo, ve en cambio muy confuso el camino a seguir. Así, dirá: «Ante mí se abría una selva inextricable, y vacilaba, y me faltaba decisión para penetrar en ella; mi

alma se agitaba sin descanso en medio de todas estas cosas, con ansias de encontrar la verdad.

Sin embargo, cada día me encontraba más lejos de aquéllos (los maniqueos), que ya me había propuesto abandonar » 15.

Propósito que definitivamente se va a traducir en hecho «Así que, dudando de todas las cosas y fluctuando entre todas, determiné abandonar a los maniqueos, juzgando que durante el tiempo de mi duda no debía permanecer en aquella secta, a la que anteponía algunos filósofos » 16. Dejando de lado motivos religiosos, es, según vemos, la autoridad de unos filósofos la que le lleva a renunciar al maniqueísmo. Pero, al no encontrar en dichos filósofos el nombre de Cristo, tampoco quiere descansar en ellos, y, en consecuencia, y sin duda, después de haberlo pensado detenidamente, dice: «Determiné permanecer catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres, hasta tanto que brillase algo cierto a donde dirigir mis pasos» 17.

Resaltar la importancia que en el caminar de Agustín hacia la fe tuvo esta doble decisión, abandonar el maniqueísmo y permanecer catecúmeno en el catolicismo, parece superfluo. Porque permanecer catecúmeno no es una simple inclinación platónica, sino que supone un cierto compromiso. No se puede ignorar que el avance hacia la verdad es claro. La estancia en Roma y de manera especial el tiempo que lleva en Milán, con el contacto con el obispo Ambrosio, le han supuesto pasos de gigante. Aún dudando del catolicismo, nos dirá -y esto es muy importante- que llegó a pedir la ayuda de lo alto, y no dudamos que lo haría pensando en su madre e intentando imitarla.

Es a veces difícil enmarcar sus textos en el momento preciso de su evolución, y más si son de obras distintas de las Confesiones. Pero en su obra De la utilidad de creer completa algo que puede aclarar el momento que está viviendo «Entre tantas dificultades sólo me faltaba pedir con llanto penitente a la divina Providencia que me socorriera.

Y lo hacía atentamente de todo corazón, y ya las exposiciones del obispo de Milán me habían hecho tanta impresión que casi estaba

deseando, con cierta esperanza, estudiar algunos pasajes de ese Antiguo Testamento, hacia los cuales teníamos cierta aversión por lo que contra ellos nos habían dicho. Me había decidido ya a continuar como catecúmeno en la Iglesia en que fui inscrito por mis padres hasta tanto que diera con lo que andaba buscando. De haber habido alguien que me hubiera adoctrinado, en mí hubiera encontrado un discípulo muy a propósito y muy dócil» 18.

Choca un tanto la expresión referente a la Iglesia católica «que me había sido recomendada por mis padres». ¿Se le escapó al correr de la pluma o fue intencionada?

Hasta ahora ha aparecido la madre, y únicamente la madre, como preocupada e intentando constantemente su vuelta a la fe. Ahora habla en plural. Cabe pensar si Patricio, el padre, bautizado poco antes de morir, se acordaría en sus últimos momentos del hijo descarriado, y le transmitiera ese deseo por medio de Mónica. Una vez más, como en otras cosas, nos quedamos sin respuesta que lo aclare.

18 De utiitate cred., 8, 20.

X. JUNTOS EN MILÁN

«Ya había venido a mi lado la madre, fuerte por su piedad, siguiéndome por mar y tierra, segura de Ti en todos los peligros».

(Conf, VI, 1, 1).

Entre tanto, Mónica, cuya fortaleza y tenacidad hemos tenido ocasión de comprobar, decide unirse al hijo y va a Milán. Así de sencillo parece el hecho y el contarlo. Para ella no pudo ser tan sencillo. Una pobre provinciana, que abandona todo, cruza el mar para ir a un mundo tan desconocido, y para ella misterioso, en busca de un hijo. Nos faltan datos para poder extendernos en esto, pero no cabe duda que significó embarcarse en una aventura.

Se presenta también el interrogante de si fue sola o la acompañó la madre de Adeodato y éste. Parece que cuando Agustín marchó a

Roma lo hizo solo y luego los encontramos en Milán. Podría pensarse que hicieron el viaje juntas, pero él nada dice en las Confesiones. Es más, hablará de que llegó a su lado la madre y nada dice de la mujer y el hijo.

También deja en el aire la incógnita de si la llamó él a su lado o fue ella por propia iniciativa. Hablando de los que estaban con él después de la conversión tiene una frase cuyo alcance se nos escapa: «Mi madre, que se nos había unido» *. Y antes otra: «Ya había venido a mi lado la madre» 2. Ni una ni otra de las expresiones aclaran el interrogante. Casi nos inclinamos a que fue de ella de quien partió la idea de seguirle a Milán y que no necesitaría llamarla, dado el empeño que había mostrado por estar a su lado. Su amor de madre, junto al decidido propósito de ganarle para Dios no necesitarían el acicate de la llamada y la hubieran llevado a arrostrar dificultades y peligros aún mayores.

Tampoco sabemos cuándo -la fecha- fue a Milán, aunque esto carezca de importancia y sea algo puramente anecdótico. Ponen algunos el viaje en la primavera del año 384. No parece probable, porque por esas fechas o a principios del año fue Agustín a Milán. Veremos muy pronto que Mónica encuentra ya a su hijo fuera del maniqueísmo. Y ese cambio, a base -según se ha visto-

de escuchar a San Ambrosio y reflexionar, aceptando o rechazando ideas, tuvo que exigir bastante tiempo. Así, no se puede poner la llegada de Santa Mónica al lado del hijo antes del otoño del 384, y más probablemente en la primavera del 385.

Está Agustín avanzando hacia la meta y están cercanos de hacerse realidad los sueños de la madre, durante tan largo tiempo acariciados. El desenlace se aproxima, pero le faltan al santo pasos decisivos, y la madre le encuentra en lo más álgido de su crisis. Y cabe pensar que es providencial que en este crítico momento ella se encuentre a su lado.

Ha sido su ángel custodio durante tantos años que ahora, cuando llega Agustín a la etapa decisiva, no podía fallarle. Tendrá que seguir

animando, apoyando, dando ejemplo y dando luz. Dios actúa en ella y, sin arredrarse, emprende el largo viaje. Viaje en el que, según contará el hijo, confiando ciegamente en que el Señor la llevará a buen puerto, será ella quien, ante el peligro, anime a los que en el barco la acompañan y aún a los mismos marineros.

También, estamos seguros, gozaría Agustín, que se apresuró a comunicarle su estado y avances en el camino de la fe, pensando dar a su madre una gran alegría y sorprenderla con una casi segura esperanza. Comienza a recoger Mónica en su hijo algo de lo mucho que había sembrado.

Vamos, como venimos haciendo hasta ahora, a repasar todo esto a la luz de las Confesiones. Leemos en ellas «Ya había venido a mi lado la madre, fuerte por su piedad, siguiéndome por mar y tierra, segura de Ti en todos los peligros, tanto, que hasta en las tormentas que padecieron en el mar era ella quien animaba a los marineros

-siendo así que suelen ser éstos quienes animan a los navegantes desconocedores del mar, cuando se turban-, prometiéndoles que llegarían con felicidad al término de su viaje, porque así se lo habías prometido Tú en una visión» 3.

Se deleita Agustín en seguir coloreando el retrato de su madre. Se tiene la impresión de que va creciendo su admiración hacia ella. Así, «fuerte por su piedad» y «segura de Tí» son dos cualidades que hemos venido apreciando en ella desde mucho antes, pero que de nuevo destaca Agustín ahora. También señala esa decisión de seguirle, «siguiéndome por mar y tierra», que él cortó en Cartago y que recordará ahora y le dolerá siempre.

Y de nuevo aparece una visión de Mónica en la que el Señor le había asegurado llegar felizmente al término de su viaje. Ciertamente, contaría a su hijo en qué había consistido la visión, de lo que éste nos priva. Es de admirar la fe con que aceptaba estas visiones, fe que aquí la llevó a animar a los marineros ante el peligro de la travesía.

Seguro que reirían juntos, madre e hijo, recordando las peripecias y el miedo de los demás, que admirarían el valor y la tranquilidad de aquella mujer, ignorando de dónde le venía.

Sigue Agustín con los pormenores del encuentro «Me halló en grave peligro por mi desesperación de encontrar la verdad» 4. Había dejado el maniqueísmo, pero había caído en un sistema filosófico, el escepticismo, que duda pueda hallarse la verdad. Desde el punto de vista intelectual es muy peligroso, al afectar a toda creencia, incluso religiosa, y que reconoce le hizo mucho daño.

«Sin embargo, continúa, cuando le indiqué que ya no era maniqueo, aunque tampoco cristiano católico, no saltó de alegría como quien oye algo inesperado, por estar segura ya de aquella parte de mi miseria, en la que me lloraba delante de Ti como a muerto que había resucitado, y me presentaba continuamente en las andas de su pensamiento para que Tú dijese al hijo de la viuda "Joven, a ti te digo, levántate", y reviviese y comenzase a hablar y Tú le entregases a su madre» 5.

Indudablemente, Agustín creía dar a su madre una muy grata y sorpresiva noticia al comunicarle que ya no era maniqueo. Sabía cuánto ella había sufrido con su adhesión a aquella secta y su entusiasmo por la misma, y quería darle una alegría. Y parece cortarle la tranquilidad con que ella recibió la noticia, cuando él esperaba verla saltar alborozada y alegre. Puestos a explicarnos esta inesperada reacción de Mónica, podemos pensar que había sido tan probada y había recibido tantos golpes

-más malos que buenos- que no resulta extraña esta relativa indiferencia, aunque con seguridad la alegraría y tranquilizaría. Abría en su vida una gran puerta a la esperanza.

También es muy probable que este anuncio por parte del hijo fuera para ella algo ya esperado y con lo que contaba encontrarse. Le había seguido en Cartago en su búsqueda de la verdad. Sabía de sus dudas en torno al maniqueísmo, y había sido testigo del desencanto que le produjo su encuentro con el obispo maniqueo Fausto, de cuya

sabiduría todos se hacían lenguas, pero que no pudo resolver las dificultades planteadas por Agustín. Sin duda que ella sacó de aquel encuentro la conclusión de que el maniqueísmo era una etapa superada por su hijo. Por eso pudo no sorprenderle la noticia.

Le extrañará igualmente a Agustín la tranquilidad con que recibió lo que él le contaba acerca de lo adelantado y conseguido ya en el camino hacia la fe: «Ni se turbó -dice- su corazón con inmoderada alegría al oír cuánto se había cumplido de lo que con tantas lágrimas te suplicaba todos los días le concedieses, viéndome, si no en posesión de la verdad, sí alejado de la falsedad ».

«Antes bien, porque estaba cierta de que le habías de dar lo que restaba -pues le habías prometido concedérselo todo-, me respondió, con mucho sosiego y con el corazón lleno de confianza, que ella creía en Cristo que antes de salir de esta vida me había de ver católico fiel»

Admira la seguridad de Santa Mónica en que había de conseguir lo que se había propuesto, mientras que Agustín va de sorpresa en sorpresa. Y el motivo de dicha seguridad, la fe en que así el Señor se lo había prometido.

Ese paréntesis citado «pues le habías prometido concedérselo todo», tan tajante y categórico, nos deja, no obstante, con el sinsabor de que no nos explique Agustín cómo y en qué consistieron esas promesas que tanta seguridad dieron a su madre, y qué él no podía ignorar.

De todos modos, no podemos menos de considerar todo esto como fruto de una santidad que, por falta de datos, no podemos calibrar en su total alcance, pero que sí podemos suponer. Esa relativa o aparente indiferencia ante tan gran noticia sobre algo que ha sido la razón de su vida, no tienen otra explicación que la elevación de un alma que descansa ya en Dios y desde esa altura ve y juzga y recibe todo.

Al lado de esa tranquilidad de la santa, nos encontramos a su hijo ampliando ahora aspectos y detalles referentes a la vida de su madre.

Da la impresión de que llegan a su pluma espontáneamente y casi sin proponérselo, y como si se recreara en recordar ahora lo que junto a ella vivió en ese encuentro de Milán, sin duda delicioso para ambos, y que tal vez en su momento él no apreció debidamente.

Claro que todas estas esperanzas, que Agustín quería hacerla concebir, no cambiaban el ánimo de la madre, cada día más segura de que solamente de arriba puede esperar la solución, y que únicamente insistiendo y «haciéndose pesados» se puede conseguir lo que se pide.

Por lo mismo, ella no va a ceder en sus ruegos, lo que refleja Agustín de esta manera: «Esto en cuanto a mí, que en cuanto a Ti, oh fuente de las misericordias, redoblaba sus oraciones y lágrimas para que acelerases tu auxilio y esclarecieras mis tinieblas, y acudía con mayor solicitud a la Iglesia para quedar suspensa de los labios de Ambrosio, como «de la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna» 7 (Juan, 4, 12).

La persistencia de Santa Mónica en la oración, y siempre con la misma intención, ya no es novedad. Pero sí y mucho debió impresionar su recuerdo al hijo una vez convertido, y, sobre todo, cuando por su propia vivencia llegó a convencerse de la fuerza de la oración, cargada de fe. Una de las cosas que más impresiona en la santa es esa insistencia, sin desánimo y durante tan largos años. Se oye con frecuencia: he pedido tanto, y no consigo nada, que ya me canso. Nunca sabemos que saliera de sus labios semejante queja.

7 vi, 1, 1.

XI. ENCUENTRO DE DOS SANTOS

MÓNICA Y AMBROSIO

«Realmente le amaba -Mónica-

sobremanera por mi salvación, así como él a ella por la religiosidad y fervor con que frecuentaba la Iglesia con toda clase de obras buenas; de tal modo que cuando me encontraba con él solía

muchas veces prorrumpir en alabanzas de ella, felicitándome por tener tal madre».

(Conf, VI, 2, 2).

Ya hemos visto cómo Agustín señala que su madre iba a la Iglesia a escuchar al obispo de Milán, pendiente de su enseñanza. Con este motivo, pone en escena la estrecha relación entre Santa Mónica y San Ambrosio.

Ella se dio cuenta muy pronto de lo mucho que para Agustín significaba el santo, y manifestaría su entusiasmo y cariño hacia el obispo. Y así dirá Agustín: «Porque amaba ella a este santo varón como a un ángel de Dios, pues sabía que por él había venido yo en aquel intermedio a dar en aquella fluctuante indecisión, por la que presumía segura que había de pasar de la enfermedad a la salud, salvado que hubiese aquel peligro agudo que por mayor gravedad, llaman los médicos crítico» '.

Pronto San Ambrosio cautivó a Santa Mónica, y podemos asegurar que, a su vez, fue cautivado por ella.

Los santos se comprenden y compenetran pronto. Y por parte de ella es fácilmente comprensible, pues sabía lo que le debía su hijo y cómo gracias a él se estaba acercando a la verdad, además de que Agustín le habría alabado y transmitido su admiración por el santo obispo.

Aparte de eso, su predicación debía encerrar un gran atractivo, tanto por su buen decir como por la unción que, sin duda, le acompañaría. Si había captado a un Agustín, todavía pagado de su saber y elocuencia, ¿cómo no lo había de lograr con su madre, sencilla y creyente, que llegó a ver en él, en expresión de Agustín, «un ángel de Dios»?.

Más de admirar es que, a su vez, Mónica cautivase al santo obispo. Y a no dudarlo, quedó pronto prendado de la sencillez de ella, de su fe, fidelidad y asiduidad a la Iglesia, de su incesante orar y velar por el hijo y de su doloroso peregrinar tras él -que ciertamente le

habría contado-. Si, como sabemos ya, aprovechó siempre, y no una sola vez, las ocasiones que se le presentaban para contactar con quienes pensaba que podían influir en su hijo, no podía desperdiciar la oportunidad que ahora se le presentaba.

Se había dado cuenta, además, de la santidad y saber de San Ambrosio, y creía que el saber sobre todo era muy necesario para influir en Agustín, muy versado en todos los conocimientos. Buscaba éste en muchos puntos convicción intelectual, y solamente la sabiduría de Ambrosio podía ofrecerle bases un tanto seguras en ese terreno. Es lógico, por lo mismo, asegurar que ella se sinceraría con el obispo, le expondría toda la realidad vivida y la situación presente. Sólo así podía Ambrosio comprender a su hijo y conocer su estado, decidir su actitud ante él y darle el último empujón, muy necesario para llegar a la verdad.

Al insistir Agustín en la admiración de su madre por el santo obispo, ahora su obispo, completará su figura con más detalles. A esa admiración de su madre atribuye Agustín la facilidad y docilidad con que acató las costumbres de la Iglesia de Milán, impuestas por San Ambrosio, y bastante distintas de las que vivió y practicó en África, en las que se había criado y que juzgaría mejores.

Acatamiento que sorprende a Agustín, que manifiesta su pensamiento de que si se hubiera tratado de otro obispo no las hubiera aceptado con tanta facilidad y sin crítica alguna. Aun discrepando un tanto de esta interpretación del hijo, no podemos ignorar que él conocía mucho mejor a su madre y sus posibles reacciones ante hechos de tipo religioso como el que cita.

Describe esto Agustín, alargándose un tanto, pero merece la pena leerlo porque nos va acercando más al espíritu de su madre: «Así, pues, como llevase, según solía en África, puches, pan y vino a las Memorias de los mártires y se lo prohibiese el portero, cuando conoció que lo había vedado el obispo, se resignó tan piadosa y obedientemente que yo mismo me admiré de que tan fácilmente se

declarara condenadora de aquella costumbre, más bien que criticadora de aquella prohibición» 2.

Cierto que pudo influir en su pronto y dócil acatamiento su afecto al santo obispo. Pero nos parece que no se pueden descartar otros móviles en la santa, antes creemos conveniente resaltarlos. Está Mónica ya en la madurez de su vida, sobre todo espiritual; la gracia le ha ido enriqueciendo de tal manera que está muy por enci-

2 VI, 2, 2.

120 ULPIANO ALVAREZ, O.S.A.

ma de muchas bagatelas y pequeñas cosas, y todo o casi todo lo está viendo a la luz de Dios. A la santidad no se llega de un salto y ella ha ido ganándola a pulso y a través de un lento y trabajoso caminar. Y su santidad no la concebimos sin docilidad y sometimiento a las normas y orientaciones de quien gobernaba la Iglesia. Incluso nos ayuda a pensar así lo que poco antes hemos comentado acerca de la extrañeza de su hijo al encontrarse en Milán y contarle él sus progresos en el camino hacia la verdad, y que ella recibió con tranquilidad y sin grandes muestras de regocijo, como él esperaba. Y veremos lo mismo en ciertos aspectos al llegar su muerte, y allí recordaremos lo que ahora estamos afirmando, ante nuevas extrañezas de Agustín.

A modo de curiosidad, y quizá para acentuar el sentido piadoso de su madre, describe Agustín en qué consistía esa costumbre de las ofrendas y el modo como la llevaba a cabo, cumpliendo por una parte con una práctica piadosa y, por otra, haciéndolo de tal manera que no alimentara el abuso que podía suponer, y que de hecho se daba, y que sería la razón de que su obispo lo prohibiera. Años después Agustín, ya obispo en Hipona, suprimirá también en África esa costumbre muy arraigada, pero muy abusiva.

Va a detallar Agustín todo esto, y comienza con una frase que parece querer recordarnos respecto a su madre que de aquel defecto de niña del que nos habló no quedaba nada. Dice refiriéndose al modo

como ella practicaba esa citada costumbre: «Y es que no era la vinolencia la que dominaba su espíritu, ni el amor del vino la encendía en odio a la verdad, como sucedía a muchos hombres y mujeres (aprovechaban la costumbre para satisfacer su afición a la bebida), que sentían náuseas ante el cántico a la sobriedad, como los beodos ante la bebida aguada».

«Antes ella, trayendo el canastillo con las acostumbradas viandas, que habían de ser probadas y repartidas, no ponía más que un vasito de vino aguado, según su gusto harto sobrio, de donde tomara lo suficiente para hacer aquel honor».

«Y si eran muchos los sepulcros que debían ser honrados de este modo, traía el vasito por todos, no sólo muy aguado sino también muy templado, el cual repartía con los suyos presentes, dándoles pequeños sorbos, por que buscaba en ello la piedad y no el deleite» 3.

Una costumbre, como vemos, impuesta por la piedad, y que ella, como muy buena cristiana, juzgaba que debía cumplir. Pero, y lo recalca el santo, cuidando mucho, al ofrecer tal ofrenda, de no contribuir a que se emborrachasen los que estaban a la espera de hacerlo e iban de Memoria en Memoria para poder lograrlo.

Continúa ofreciéndonos pruebas de la religiosidad de su madre, insistiendo en su pronta y sumisa obediencia al obispo y en cómo supo sustituir tal costumbre por la oración ante el sepulcro de los mártires y la limosna a los pobres, dando «lo que podía, según sus posibilidades ».

Se alarga un tanto en esto -es posible que para Agustín revistiera una cierta importancia que a nosotros se nos oculta-, y sigue: «Así que tan pronto como supo que este esclarecido predicador y maestro de la verdad había prohibido se hiciera esto... se abstuvo muy conforme, y en lugar del canastillo lleno de frutos terrenos aprendió a llevar a los sepulcros de los mártires el pecho lleno de santos deseos y a dar lo que podía a los pobres, y de este modo celebrar la comunión con el cuerpo del Señor allí, a imitación de cuya pasión fueron inmolados y coronados los mártires»

Sabía San Agustín, cuando esto escribe, porque lo estaba experimentando en sus fieles, lo difícil que resulta desarraigar una costumbre vivida desde la niñez, entroncada a una fuerte tradición y ligada a la religión, por lo que es considerada como formando parte de algo sagrado. Por eso insiste en alabar la pronta obediencia de su madre, como si no la hubiera costado la aceptación.

Atribuye de nuevo la sumisión al afecto de su madre hacia San Ambrosio y aprovecha esto para volver sobre el mutuo afecto que se daba entre ambos.

Parece afirmar aquí San Agustín la sumisión un tanto tímidamente cual si temiera equivocarse y como pidiendo perdón por atribuir a su madre una sumisión más que nada de tipo meramente humano. Lo afirma como opinión suya, no como algo que pueda apoyar en su madre, aprovechando esto para completar el retrato que nos va dejando de ella y para añadir unos toques, quizás en parte ya dichos, pero que hermocean más su figura.

Son unas líneas que rezuman amor de hijo y que se leen con placer «Mas tengo para mí, Señor y Dios mío -y así lo cree en tu presencia mi corazón- que tal vez mi madre no hubiera cedido tan fácilmente de aquella costumbre

-que era, sin embargo, necesario cortar-, si la hubiera prohibido otro a quien no amase tanto como a Ambrosio, porque realmente le amaba sobre manera por mi salvación, así como él a ella por la religiosidad y fervor con que frecuentaba la iglesia con toda clase de obras buenas; de tal modo que cuando me encontraba con él solía muchas veces prorrumpir en alabanzas de ella, felicitándome por tener tal madre, ignorando él qué hijo tenía ella en mí, que dudaba de todas aquellas cosas y creía era imposible hallar la verdadera senda de la vida» .

Según indicábamos, va Agustín perfilando la figura de su madre. Nos ha hablado de su caridad para con los pobres y de su asistencia a la iglesia. Ahora tiene una expresión más llena: «frecuentaba la Iglesia con toda clase de obras buenas». Es verdad que no especifica

ninguna, pero corrobora una vez más su piedad. Sigue insistiendo en que era su afecto por el santo obispo el que le llevó a obedecerle con prontitud y sin crítica alguna, pero no lo afirma con la seguridad con que antes lo había hecho. Es más, las expresiones de ahora parecen como de duda y como pidiendo perdón por juzgar que el más fuerte móvil de su madre para obedecer a Ambrosio era su afecto hacia él: «Mas tengo para mí, Señor y Dios mío -y así lo cree en tu presencia mi corazón». No cabe duda de que aquí ya no afirma con seguridad, y, aun respetando su creencia, insistimos, según ya queda indicado, que esa su pronta y sumisa docilidad podía muy bien obedecer al alto nivel espiritual en que ya se desenvolvía su vida.

Podemos también ponderar con cuánta satisfacción recibiría Agustín las alabanzas hacia su madre en boca de una tal autoridad como San Ambrosio, y nos agrada sobre manera que una figura de tal talla intelectual y espiritual se deshaga en elogios de Mónica.

Como anécdota curiosa referente a esta relación con San Ambrosio, cuenta el santo en una de sus cartas que Santa Mónica, con un pequeño truco muy propio del corazón de una madre y para relacionarle más con el santo obispo y darle ocasión para hablar con él, le encargaba a veces que consultase por ella alguna duda de tipo religioso. Se daba cuenta Agustín de las intenciones de su madre y es posible que también las intuyera el obispo.

Se queja alguna vez Agustín de que no le era posible hablar y consultarle cuanto hubiera deseado. Pudo hablar de esto en casa y su madre buscar para él algún encuentro con la disculpa de sus dudas. De todos modos siempre había intentado relacionarle con quien, a su juicio, pudiera de algún modo ser capaz de acercarle a la verdad.

Los intentos de la madre por acercarle a Ambrosio no dieron el resultado que ella esperaba y que Agustín hubiera deseado. Admiraba Agustín a Ambrosio, le consideraba un hombre feliz, al verle respetado y con honores, y en cierto modo le envidiaba, si bien, dice «sólo su celibato me parecía trabajoso» 6. Se halla en una confusión a la que no ve salida porque orar no le va, su discurrir no le aporta luz y

cree que no conoce la maraña que le envuelve: «Ya ni siquiera recurría a la oración para que me socorrieras, sino que mi espíritu se hallaba ocupado en investigar e inquieto en discutir... y él (Ambrosio), a su vez no conocía mis inquietudes, ni la profundidad de mi peligro, por no poderle yo preguntar lo que quería y cómo quería» 7.

Impedían el acercamiento para consultar, unas veces, las ocupaciones de Ambrosio, y otras, la delicadeza de Agustín al ir decidido a consultar y encontrarle al fondo de la sala -siempre la tenía abierta para recibir- absorto en su lectura. No se atrevía Agustín a interrumpirle y, silencioso, se marchaba «conjeturando que aquel tiempo que le era concedido para reparar su espíritu, libre del tumulto de los negocios ajenos, no quería se lo ocupasen en otra cosa» 8. Y, en consecuencia, sigue: «Lo cierto es que a mí no se me daba tiempo para consultar a tan santo oráculo tuyo sobre las cosas que yo deseaba, sino cuando sólo podía dar una respuesta breve» 9, mientras que sus problemas, indica, pedían una persona que pudiera dedicarles tiempo.

No podemos dudar, conociendo a Mónica, su inquietud por el hijo y su actuación en tantas otras ocasiones menos propicias, de que ahora habrá puesto a San Ambrosio al corriente del estado de su hijo y de los progresos que va observando. Y no nos convence que el obispo no hubiera podido encontrar tiempo para citarle a un reposado diálogo. Más bien vemos en toda esta actitud del experimentado prelado una meditada táctica. Conquistar para la Iglesia a Agustín, al fin personaje destacado en el ambiente de Milán, así como en la corte, tenía que suponer para él un gran aliciente y una gran ilusión.

Pero no juzgaría oportuna una discusión personal, que a nada conduciría, y sí vería más prudente dejar correr el tiempo, e ir deslizándose doctrina a través de sus sermones, a los que le veía asiduo y atento. Y, en efecto, Agustín pondera el beneficioso influjo de los sermones en él.

XII. A LA ESPERA, EN EL LENTO CAMINAR DE AGUSTÍN

«Pero vayamos despacio, que también estas cosas mundanas tienen su dulzura, y no pequeña, y no se ha de cortar con ellas a las primeras, pues sería cosa fea tener que volver de nuevo a ellas».

(Conf., VI, 11, 19).

Agustín, que llegó a Milán dominado por una gran crisis religiosa, ha ido vislumbrando claridades a través de los sermones de Ambrosio, si bien le quedan grandes dudas y un largo camino por recorrer. Se alegra al descubrir que la Iglesia católica no piensa a Dios como cuerpo y ubicado en determinado lugar, aunque todavía no comprende cómo puede ser esto; e igualmente se alegra de que ya no le parezcan absurdas, como hasta ahora, las Antiguas Escrituras, salvándole la insistente recomendación de Ambrosio al poner como regla segura de interpretación aquello de «la letra mata y el espíritu vivifica»

Explica su postura por este tiempo: «Retenía a mi corazón de todo asentimiento, temiendo dar en un precipicio; mas con esta suspensión matábame yo mucho más» 2. Le ata el miedo a equivocarse, como antes le había sucedido, y también, confiesa, el querer ver aspectos de la fe con la claridad con que veía que «dos y tres son cinco» 3; es un intelectual y prendado de su inteligencia y saber. Sigue pensando las cosas espirituales en forma de cuerpo -tanto se lo habían clavado los maniqueos-, y, aunque ya convencido de que la salvación está en creer, le paraliza el miedo: «como suele acontecer al que cayó en manos de un mal médico, que después recela de entregarse en manos del bueno, así me sucedía a mí en lo tocante a la salud de mi alma; porque no pudiendo sanar sino creyendo, por temor de dar en una falsedad, rehusaba ser curado, resistiéndome a tu tratamiento, Tú que has confeccionado la medicinas de la fe» 4.

No es fácil imaginar esta trabajosa, lenta, al par que intensa trayectoria de Milán, en el fondo muy fructífera.

A una inteligencia tan extraordinaria como la suya le costará mucho avanzar, precisamente por buscar una claridad racional imposible. Se detiene bastante en este importante momento de su

trayectoria religiosa, lo que no podemos hacer nosotros, pues nos alargaríamos mucho.

Pero, con brevedad, le seguiremos, viendo cómo avanza.

Y así leemos en él: «Desde esta época empecé ya a dar preferencia a la doctrina católica... después, con mano blandísima y misericordiosísima, comenzaste, Señor, a tratar y componer poco a poco mi corazón y me persuadiste...

a creer en los Libros Santos» 5. Da importancia a esta aceptación de la Sagrada Escritura, que tanto se le había resistido, y supone efectivamente un gran avance.

Va viendo a Dios tras todos estos pasos que está dando, pero dudas y resistencias siguen obstaculizando el camino, aunque hayan ido cayendo absurdos que antes aceptaba sin discusión. Por eso las conquistas todavía no son sólidas y dirá: «Esto lo creía unas veces más fuertemente y otras más débilmente; pero que existías y tenías cuidado del género humano siempre lo creí, si bien ignoraba lo que debía sentir de tu sustancia y qué vía era la que nos conducía hacia Ti» 6. Y con el acierto que le caracteriza, resume su estado y la influyente acción divina «Pensaba yo estas cosas y Tú me asistías; suspiraba y Tú me oías; vacilaba y Tú me dirigías; marchaba por la senda del siglo, y Tú no me abandonabas» 7.

Hasta ahora ha tenido casi exclusivamente importancia en su problemática religiosa el aspecto intelectual.

En cierto modo es el enfrentamiento entre fe y razón, en el que Agustín sólo quiere apoyarse en esta última, aunque ya ha apuntado a la necesidad de la fe. A partir de este momento se abre a un nuevo problema, que antes no había apuntado: al problema moral, en un sentido amplio, a su estado interior, inquietudes materiales, deseos...

Y nos presenta así este nuevo aspecto: «Sentía vivísimos deseos de honores, riquezas y matrimonio, y Tú te reías de mí. Y en estos deseos padecía amarguísimos trabajos, siéndome Tú tanto más

propicio cuanto menos consentías que hallase dulzura en lo que no eras Tú» 8.

Agustín nos habló antes, contando sus años jóvenes, de su vida desordenada de aquel tiempo. Ahora da un sentido distinto a su narración al profundizar, por una parte, en sus sentimientos, e intentar, por otra, irlos enfocando desde una cierta perspectiva religiosa.

Así vemos que ya no le van llenando cosas que antes le satisfacían plenamente. El Señor, dirá, va poniendo un punto de acíbar donde antes sólo había dulzura, y todo le va llevando a una reflexión más profunda y a darse cuenta de la vanidad en que vive. Reconoce que el Señor le va empujando -«¡qué miserable era yo entonces y cómo obraste conmigo para que sintiese mi miseria!»-

cuando, inquieto y preocupado, se dirigía a pronunciar un discurso en alabanza del emperador. Iba con sus amigos y en la calle se encontró con un mendigo que "harto ya, a lo que creo, se chanceaba y divertía» 9. Encuentro que le da ocasión para reflexionar con quienes le acompañan sobre la felicidad de aquél, conquistada con unas pocas monedas, y la suya, tan costosa y no lograda: «Muchas cosas dije entonces a este propósito a mis amigos y muchas veces volvía sobre ellas para ver cómo me iba, y hallaba que me iba mal, hasta el punto que, si me acaecía algo próspero, tenía pesar de tomarlo, porque casi antes de tomarlo se me iba de las manos» 10.

Llevaría lejos resumir y comentar cuanto en este momento pasa por su mente y refleja en las Confesiones.

Copiaremos algunos textos y su simple lectura nos llevará a ver cómo su alma va siendo trabajada por la invisible acción del Espíritu, en orden a ir rompiendo ligaduras.

Así, seguirá: «lamentábamos estas cosas los que vivíamos juntos amigablemente, pero de modo especial y familiarísimo trataba de ellas con Alipio y Nebridio» 11, sus amigos más íntimos, y no dudamos que con su madre, que intentaría aportar su experiencia a los interrogantes que les agitaban.

Los dos amigos compartían con Agustín más de cerca la inquietud de buscar y encontrar algo sólido a qué agarrarse. Un afán común de buscar la verdad les une, por eso, dirá «Eran tres bocas hambrientas que mutuamente se comunicaban el hambre y esperaban de Ti que les diese comida en el tiempo oportuno» (Salmo 144, 15). Y en toda amargura, que por tu misericordia se seguía a todas nuestras acciones mundanas, queriendo nosotros averiguar la causa por la que padecíamos tales cosas, nos salían al paso tinieblas, apartándonos, gimiendo y clamando «¿Hasta cuándo estas cosas? Y esto lo decíamos muy a menudo, pero diciéndolo no dejábamos aquellas cosas, porque no veíamos nada cierto a lo que, abandonadas éstas, pudiéramos abrazarnos» 12.

En resumen, anhelo de algo distinto en su vida, pero en el fondo todavía insatisfacción y oscuridad. Y nos estamos encontrando ya con intentos o, al menos, claros deseos de cambio, de abandono de viejos modos de conducta, mas sin precisar en concreto en qué podrían consistir.

Pero son indicios muy a tener en cuenta para seguir el itinerario de la conversión.

En verdad, es apasionante seguir a Agustín en esta trayectoria hacia la fe. Ha dado pasos, pero el camino sigue muy tortuoso, y se impacienta por su lento avanzar, recordando el tiempo pasado desde que se prometió buscar la verdad: «Sobre todo, maravillábame de mí mismo recordando con todo cuidado cuan largo espacio de tiempo había pasado desde mis diecinueve años, en que empecé a arder en deseos de la sabiduría, proponiendo, hallada ésta, abandonar todas las vanas esperanzas y engañosas locuras de las pasiones» 13. La lectura de Cicerón, según vimos, le llevó en plena juventud a fijarse una meta y formular unos propósitos, que no terminan de cuajar en realidades, y se lamentará: «Ya tenía treinta años y todavía me hallaba en el mismo lodazal, ávido de gozar de los bienes presentes que huían y me disipaban, en tanto que decía: "Mañana lo averiguaré; la verdad aparecerá clara y la abrazaré"» 14. Interesa señalar que en este momento le preocupa menos el aspecto intelectual de su fe, cuanto su

modo de vida: apetencias, aspiraciones mundanas, gloria, honores... ese es el lodazal del que habla y que le duele.

Y han pasado otros dos años, los treinta y dos de Agustín, y la verdad no quiere todavía mostrarle su rostro, aunque va asomando algo. Y esto le anima a seguir, por lo que se dirá: «Pero busquemos con más diligencia y no desesperemos. He aquí que ya no me parecen absurdas en las Escrituras las cosas que antes me lo parecían, pudiendo entenderse de otro modo y razonablemente.

Fijaré, pues, los pies en aquella grada en que me colocaron mis padres, hasta tanto que aparezca clara la verdad » i5.

No podemos ponernos en la mente y situación de Agustín, ni precisar con exactitud su avance hacia la verdad, pero haber conseguido, según indica, reconciliarse con la Sagrada Escritura y ya no encontrarla contradictoria, supuso para él un paso de gigante. Por eso es básico lo que ya dijo antes y repite ahora: a falta de seguridad más cierta, lo que juzga mejor por el momento es asirse a ser catecúmeno en el catolicismo, que es lo que le inculcaron sus padres.

Imaginamos con qué ilusión y esperanza seguiría estos progresos Mónica, su madre, a la que por fuerza tendría al tanto de su lucha y en la que se refugiaría en medio de tanta oscuridad, envidiando la seguridad y claridad que de ella emanaba. Y alegra ver el empeño con que se propone continuar su búsqueda, a pesar de las dificultades que le salen al paso y que luego enumera.

Sus mismas palabras reflejan con claridad esta situación «Mas, ¿dónde y cuándo buscarla? (la verdad). Ambrosio no tiene tiempo libre y yo tampoco lo tengo para leer.

Y aunque lo tuviera, ¿dónde hallar los códices? ¿Y dónde y cuándo podré comprarlos? ¿Quién podrá prestármelos?

».

«Con todo, es preciso destinar tiempo a esto y dedicar algunas horas a la salud del alma. Aparece una gran esperanza. La fe católica

no enseña lo que pensábamos y, necios, le achacábamos. Sus doctores tienen por crimen atribuir a Dios figura humana (una de sus grandes dificultades), ¿y dudamos llamar para que se nos esclarezcan las demás cosas? Las horas de la mañana las empleamos con los discípulos, pero, ¿qué hacemos de las otras? ¿Por qué no emplearlas en esto?».

«Pero, ¿cuándo saludar a los amigos poderosos, de cuyo favor necesitamos? ¿Cuándo preparar las lecciones que compren los estudiantes? ¿Cuándo reparar las fuerzas del espíritu con el abandono de los cuidados?» 16.

Es extraordinario cómo va haciendo ver su proceso y los obstáculos que encuentra. Es preciso tener presente que Agustín, aun buscando la verdad católica, todavía se lo plantea todo desde la óptica de quien quiere triunfar en su profesión y en el ambiente que le rodea, y desde ahí ir escalando peldaños. De ahí ese fluctuar y encontrarse como perdido en esa selva de contradicciones y que nos sorprenda con decisiones a las que al punto opondrá reparos. Y así exclamará de pronto: «Piérdase todo y dejemos todas estas cosas vanas y vacías y démonos por entero a la sola investigación de la verdad. La vida es miserahie y la muerte incierta. Si ésta nos sorprende de repente, ¿en qué estado saldríamos de aquí?» 17.

Y lo que parece un propósito, se ve al punto frenado y dirá: «Pero vayamos despacio, que también estas cosas mundanas tienen su dulzura, y no pequeña, y no se ha de cortar con ellas a las primeras, pues sería cosa fea tener que volver de nuevo a ellas. He aquí que falta poco para que puedas obtener algún honorcillo» 18 Le siguen dando vueltas en la mente las posibles mejoras en su situación; dice que cuenta con amigos para lograrlo y no desdeña el posible matrimonio «ventajoso» que le facilite vivir, según sus deseos, entregado a la sabiduría. Todo le viene a la mente, todo se le presenta apetecible y todo hace se retrase la anhelada conversión.

Estamos ante unas páginas de las Confesiones que retratan con matices de maestría este momento frente a duda y verdad, deseo y

rechazo, decisión e indecisión, viviendo insatisfecho e incapaz de asirse a algo definitivo.

Y así, enlazando con lo anterior, confesará: «Mientras yo decía esto, y alternaban estos vientos y zarandeaban de aquí para allá mi corazón, se pasaba el tiempo, y tardaba en convertirme al Señor, y difería de día en día vivir en Ti, aunque no difería morir todos los días en mí.

Amando la vida feliz la temía donde se hallaba y la buscaba huyendo de ella» 19.

17 VI, 11, 19.

18 VI, 11, 19.

19 VI, 11, 20.

\ XIII. UNIDOS EN BUSCA

DE SOLUCIONES

«Se me instaba con empeño a que tomase esposa. Ya la había pedido y ya había sido concedida, siendo sobre todo mi madre quien se movió en esto para que, casado, me lavase el bautismo salvador, al que se alegraba de verme cada día mejor dispuesto».

(Conf., VI, 13, 23).

Nos encontramos entre los años 384-385, o dentro ya, casi con toda seguridad, de este último. Agustín apenas da fechas, y no resulta fácil encuadrar en un tiempo determinado algunos acontecimientos de su vida. El hecho es que en Milán avanzó hacia el catolicismo a marchas forzadas, y se encuentra ya, adentrado el año

385, en el catolicismo y aceptando sus verdades.

Para dar el último paso, esto es, recibir el bautismo y vivir como católico, le falta ordenar su situación personal.

Esto le preocupará e igualmente a su madre, que se ve implicada en ello. Y, como hasta ahora, surgen los problemas. Agustín está

rodeado de amigos, algunos muy íntimos y de muchos años, y le ilusionaría, una vez convertido, vivir juntos en una cierta comunidad de vida y dedicados al estudio. De momento piensa en una comunidad con inquietudes intelectuales, no de tipo religioso, y en torno a esto está haciendo sus planes, en conversación con los amigos.

Y al punto surge una dificultad insuperable: es imposible tal comunidad si alguno de ellos está casado, y algunos lo están, y Agustín quiere casarse y así legalizar su situación. Pero Alipio, su mejor amigo, insiste en disuadirle, como obstáculo insalvable para vivir en común un grupo de amigos: «Prohibíame Alipio tomar mujer, diciéndome repetidas veces que, si venía en ello, de ningún modo podríamos dedicarnos juntos, quieta y desahogadamente, al amor de la sabiduría, como hacía mucho tiempo lo deseábamos» .

No puede Agustín atender al consejo de Alipio, porque todavía en este momento no concibe su vida privado de mujer. Lo ha confesado poco antes con sinceridad «Pensaba que había de ser muy desgraciado si me veía privado de las caricias de la mujer» 2. Tuvo que ser bonito el diálogo entre los dos sobre las ventajas e inconvenientes del matrimonio, por lo que refleja Agustín, pero al fin se deshace la ilusión de vivir en comunidad, acariciada mucho tiempo, y, con cierta pena, se lamenta Agustín: «De aquí vuelta otra vez a nuestros suspiros y gemidos y a caminar por las anchas y trilladas sendas del siglo» 3.

Nada nos dice del pensamiento de su madre en torno a este punto, ni de cómo pudo aconsejarle. Pero al verla luego tomar parte en el posible arreglo matrimonial, podemos pensar que estuvo al tanto de la inquietud que suponía para su hijo, así como de las discusiones con Alipio sobre el mismo tema. Todo nos lleva a pensar que por esta época la relación entre ambos, madre e hijo, se ha ido estrechando, así como aumentando las mutuas confianzas. Posiblemente ahora ya no haya secretos entre ellos. Tenemos que pensar que nos ha hablado mucho de ella últimamente, y de cosas que solamente ella le pudo haber contado. Nada extraño que le comunicase sus planes para cuando estuviese ya plenamente dentro del catolicismo, y entre ellos, el matrimonio.

Y, de hecho, encontramos muy pronto a la santa arreglando el matrimonio de Agustín y buscándole esposa, y, no cabe duda, contando con él. Casi con seguridad que acudiría a ella en este asunto en busca de su opinión y consejo, y, con toda probabilidad, ella, que le conocía mejor que nadie, le alentaría en esa línea, convencida de que necesitaba el matrimonio. Y no parece que fuese sola su madre quien le animaba al matrimonio.

Así puede desprenderse del relato de Agustín: «Se me instaba solícitamente a que tomase esposa. Ya había hecho la petición, ya se me había concedido la demanda, sobre todo siendo mi madre la que principalmente se movía en todo esto» .

Sin detenernos en ello, porque es normal en toda madre, sí cabe señalar cómo ella está cumpliendo su papel de madre y ayudando al hijo. Un papel que desempeña, al igual que las demás madres, y que nos la presenta mezclada e interesada en esas cosas que tienen que vivir la mayoría de ellas.

Y confirma Agustín lo indicado acerca de que tal vez su madre le empujara al matrimonio porque, según leemos, esperaba «que, una vez casado, sería regenerado por las aguas saludables del bautismo, alegrándose de verme cada día más apto para éste y que se cumplieran con mi fe sus votos y tus promesas» .

Indudablemente que tuvo Mónica que vivir todos estos momentos ilusionada y gozosa, así como ir siguiendo los progresos de su hijo camino de la fe con una felicidad tan plena que no podemos alcanzar. Ver acercarse el fin por el que ha suspirado durante tan largos años, y conocerle ya preparado y apto para el bautismo, tuvo que suponer una satisfacción tan grande que se nos escapa.

Es impensable para ella en este momento la renuncia total a que llegará después, ni se le pasa por la imaginación.

Ahora su máxima aspiración es lograr que su hijo sea un buen cristiano, y todo su esfuerzo ayudarle a conseguirlo.

Y ya lo está tocando.

A pesar de los pasos ya dados, y que acabamos de ver, da la impresión, por lo que luego leeremos, de que hay algo que, tanto para la madre como para el hijo, no aparece claro, y que no terminan de ver el matrimonio como solución ideal. No aclara en concreto Agustín qué es lo que le preocupa e inquieta en su proyecto de matrimonio e igualmente a su madre. Lo cierto es que los argumentos de razón les están fallando, que no confían en sí mismos y en su propio criterio para solucionarlo, y que ambos llegan a que el único recurso es el Señor y, en consecuencia, la oración. Mónica, sabemos, siempre ha estado acudiendo a ella. Ahora es ya Agustín, y esto ha de ser muy consolador para ella, quien confía, como única solución, en el Señor y en las oraciones de su madre.

Tanto esa duda acerca del matrimonio como el recurso a la oración las manifiesta así Agustín: «Sin embargo, como ella, así por ruego mío como por deseo suyo, te rogase con fuerte clamor de su corazón todos los días que le dices a conocer por alguna visión algo sobre el futuro matrimonio, nunca se lo concediste» .

Agustín es consciente de que su madre ha sido enriquecida por el Señor con singulares carismas: don de lágrimas, de oración, de visiones, consejo... y por eso confía en sus oraciones. Y Mónica no le falla: su espíritu de oración está tan arraigado en ella como para no ponerle en juego en un caso que su hijo y ella juzgaban necesario aclarar.

Pero «el fuerte clamor del corazón de la madre», pidiendo, no mueve al Señor a darle respuesta, al menos la respuesta que ellos esperaban. Secretos designios de Dios, que tanto la había consolado con más de una visión cuando lloraba por la fe del hijo. ¿Podemos pensar que se debatían ante un problema muy material y con mezcla de miras demasiado humanas? El caso es que la madre no logra ver la voluntad del Señor en esto, ni despejar la incógnita. El Señor sacará adelante sus planes sobre Agustín y quebrará su voluntad de matrimonio de la manera más impensada para ellos en este momento, y un golpe de su gracia hará más tarde posible lo que ahora aparece como imposible. De momento, incertidumbre en ambos.

Creía la madre, viene a decirnos Agustín, ver algo, pero estaba convencida de que no era visión, y de que el Señor no respondía, al menos en la línea en que se le pedía y a la que ella estaba acostumbrada: «Veía, sí, algunas cosas vanas y fantásticas que formaba su espíritu, preocupada grandemente con este asunto, y me lo contaba a mí no con la seguridad con que solía cuando Tú realmente la revelabas algo, sino despreciándolas. Porque decía que no se por qué sabor, que no podía explicar con, palabras, discernía la diferencia que hay entre una revelación tuya y un sueño del alma»

Vamos viendo en todo esto cómo madre e hijo van uniendo sus esfuerzos para un mismo fin. Han llegado ya a un grado de intimidad y confidencialidad tal que están viviendo los problemas -que son problemas de Agustín- en total compenetración y unidad. Y en esto, muy gratificante tuvo que ser para Santa Mónica ver cómo Agustín confiaba en ella, y a ella acudía y con ella compartía dudas, ansiedades y también logros.

Y ante la oscuridad y duda, y no obstante no ver claro, optan, según leemos, por seguir adelante con el matrimonio: «Con todo insistíase en el matrimonio y se había pedido ya la mano de una niña a la que aún faltaban dos años para ser nubil; pero como era del gusto, había que esperar» 8.

Los pasos necesarios sin duda que los habría dado Mónica. Nada extraño encontrarla aquí casamentera; es normal en cualquier madre, sobre todo si cree ver en ello el bienestar y la felicidad de un hijo. Lo que no se nos dice es la razón de inclinarse por una niña de diez años

-piénsese que la edad nubil entre los romanos era a los doce-. Sin duda Agustín y la madre se habrían planteado las cualidades que habrían de buscar en la futura esposa. La frase de «como era del gusto había que esperar » nos lleva a que han encontrado lo que buscaban y que la familia de la niña está de acuerdo, pero nada revela acerca de las cualidades que debía tener.

Agustín tiene una buena posición social en Milán, y es normal que madre e hijo se hayan inclinado por alguien que responda a esa

posición y que además pueda aportar algo a la economía doméstica. La economía de Agustín, aunque buena o al menos suficiente, no parecía demasiado holgada en su cargo de maestro de retórica.

Eso se desprende de alusiones del santo a su trabajo, a no poder hacerse con los códices que le gustaría leer, ni tener el ocio suficiente para dedicarse más al saber.

De hecho, Agustín, un tiempo antes, y no tan decidido por el catolicismo, haciendo planes sobre su vida, confiesa, según hemos visto ya, que ambicionaba honores, riquezas, incluso un cargo un poco más elevado, y añade que, de lograr ese cargo, «podré entonces casarme con una mujer que tenga algunos dineros, para que no sea tan gravoso el gasto para mí, con lo que pondría fin a mis deseos (dedicarse al estudio)» 9.

Podemos pensar, casi sin temor a equivocarnos, que haría partícipe a su madre de este modo práctico de enfocar el posible matrimonio y que ella estaría de acuerdo, y más si le veía agobiado por el trabajo. Nada hay que nos lleve a pensar lo contrario, ni nada que se le pueda reprochar. Por eso, al par que estar muy preocupada con el asunto y no ver claro, participa en todo lo necesario para organizar el matrimonio. Y tampoco podemos criticar a Agustín al querer un matrimonio que aportase algo a la economía doméstica, al buscar tener más facilidad para dedicarse al estudio. No sabemos si en este momento persisten del todo esas ideas, aunque al menos las de mejorar su posición social y económica están presentes en su ánimo.

Se ha hecho la petición para un futuro matrimonio, pero hemos dejado pasar por alto un problema que afecta más a Agustín, pero al que no pudo ser ajena su madre. Y un problema al que, por falta de datos, no han sabido responder con seguridad los estudiosos de la vida de ambos. Hablar de que se pidió la mano de una niña fuerza a pensar en la concubina de Agustín, la madre de Adeodato, y aparentemente, y dadas todas las circunstancias, llamada con todo derecho a convertirse en su mujer. Y ese rechazo es el que resulta a primera vista del todo incomprensible.

Agustín vivía con ella desde los diecisiete años; le había dado un hijo, que también vivía con ellos; tenía que quererla porque, por una parte confiesa, en sus principios, cuando ya tenía un hijo, que le era fiel y nunca se ha acusado de haberla faltado, y, por otra, y sobre todo, por lo mucho que le costó la separación, según a continuación veremos. Además, conociendo a Agustín, debería estar dotada de altas cualidades físicas y morales.

También podemos pensar que Santa Mónica, que había convivido con ella muchos años, y que era consciente de deberle la estabilidad sentimental de su hijo, le tendría un cierto cariño. No obstante, para el matrimonio se prescinde de ella y se elige a otra.

El hecho parece duro por parte de ambos, hoy incomprendible para nosotros, poco o nada humano, y, desde una óptica cristiana, nada caritativo. Habla poco del hecho Agustín, y no entra en los motivos que le(les)

llevaron a dar este paso. Sólo tiene una expresión: que era «un impedimento para el matrimonio» 10. Y esto y el estudio de la vida social en la época parecen inclinar a los estudiosos a que la posición social y clase inferior de ella no permitían o, al menos, no aconsejaban este matrimonio.

Hubiera sido un obstáculo insalvable para el futuro de Agustín.

Insistiendo en esto, hoy, y supuesta la mentalidad actual, resulta incomprendible la conducta de Agustín y Mónica, que a una mirada superficial pudiera parecer un borrón en sus vidas. Y creemos preciso observar que es totalmente antihistórico y erróneo juzgar el pasado apoyados en las ideas de un presente tan completamente distinto. Para nosotros debe ser significativo el hecho de que Agustín, que tanto sufrió con esto y que, según vamos viendo, tan delicado y a veces exagerado se muestra al enjuiciar su vida pasada, aun deteniéndose con fuerte censura en hechos de menor importancia, pase por alto y sin acusarse este despido. Es más, también para nosotros debe ser muy significativa la postura de su madre, al parecer plenamente de acuerdo con él en todo. Hemos destacado ya con cierta insistencia,

porque estamos convencidos de ello, la religiosidad de Mónica, sus virtudes humanas, su altura espiritual e incluso su santidad. Desde esta perspectiva, nos resulta imposible pensar que de haber visto Mónica en este hecho una injusticia o algo que su sentido cristiano hubiera rechazado, se hubiera plegado a los deseos de su hijo y se constituyera colaboradora en el mal. Imposible.

Apenas se extiende Agustín en este episodio, pero sí con la sinceridad que le caracteriza como paña que captemos el hecho y su repercusión en él: «Arrancada de mi lado, como un impedimento para el matrimonio, aquella con quien yo solía compartir mi lecho, mi corazón, sajado por aquella parte que le estaba pegado, me había quedado llagado y manaba sangre. Ella, en cambio, vuelta al África, te hizo voto, Señor, de no conocer otro varón, dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido con ella» n.

Son expresiones breves, pero fuertes y duras, que retratan admirablemente su estado y sentimientos y lo amargo del trance. Las palabras «arrancada de mi lado» parecen llevar a algo exterior ajeno a su voluntad, que no aceptaba lo que la presión social le imponía, porque estaba muy unido a la madre de su hijo. De ahí que su «corazón, sajado por aquella parte que le estaba pegado... había quedado llagado y manaba sangre». No se puede decir más y mejor para reflejar su estado y el drama que le envolvió. Nada, en cambio, dice de los sentimientos de su madre, mas podemos estar seguros de que, aun compartiendo con él una esperanza de futuro, estaría muy a su lado en este doloroso presente. Y también por fuerza hemos de pensar que el corazón de Mónica, gran corazón de madre, tuvo que sintonizar con ese otro corazón que pierde a un hombre querido y que pierde a un hijo. Porque ella, buena y resignada, parte para África e ingresa en un convento, dejando a su hijo con Agustín. Posiblemente ninguna ley le hubiera amparado para llevarle, pero también, como buena madre, se resignaría a dejarle al lado de su padre, convencida de que así le esperaba un porvenir que ella no podría ofrecerle.

Frente a esta edificante actitud de la mujer confiesa Agustín la suya «incapaz de imitarla» y que revela una vez más su apego a la

mujer, que por el momento sigue dominando en él. Le parecen mucho tiempo los dos años de espera hasta su matrimonio y se «procura otra mujer». Confiesa el hecho, pero nada más aclara.

Nos inclinamos a que no debió satisfacerle y durar mucho esta situación, a juzgar por lo que añade de que seguía en él vivo y punzante el recuerdo de la primera «Mas yo, desgraciado, incapaz de imitar a esta mujer, y no pudiendo sufrir la dilación de dos años que habían de pasar hasta recibir por esposa a la que había pedido

-porque no era yo amante del matrimonio, sino esclavo de la sensualidad-, me procuré otra mujer, no ciertamente en calidad de esposa... Pero no por eso sanaba aquella herida mía que se había hecho al arrancarme de la primera mujer, sino que después de un ardor y dolor agudísimos comenzaba a corromperse, doliendo tanto más desesperadamente cuanto más se iba enfriando»

Y todo esto lleva a que muchas veces nos empeñamos en forzar en una dirección los planes del Señor sobre nosotros, dirección que no encaja con lo que Él quiere y que nosotros ignoramos. Tal les estaba aconteciendo a Mónica y Agustín. Ellos iban a lo que a su juicio era la mejor solución. Otra era la que el Señor iba a imponer.

Es para considerar providencial el hecho de que, por las circunstancias que fuesen y que a nosotros se nos ocultan, no se pudiera casar con la mujer con la que había convivido tantos años. Igualmente que faltaran dos años para hacerlo con la otra elegida. De ser posible en ese momento cualquiera de los dos matrimonios, con seguridad hubiéramos perdido al Agustín, Padre y Doctor de la Iglesia y fundador de una Orden religiosa.

Preciso es confesar que el Señor tiene para cada uno sus caminos y los saca adelante aun a pesar nuestro. Ve clara el Agustín obispo esa acción de Dios en su vida siempre, pero ahora concretamente en este momento dificultoso y crucial, así como apunta al peso que el temor a la muerte tuvo también en él actuando de freno «Yo me hacía cada vez más miserable y tú te acercabas más a mí. Ya estaba presente tu diestra para arrancarme del cieno de mis vicios y lavarme,

y yo no lo sabía. Mas nada había que me apartase del profundo abismo de los deleites carnales como el miedo de la muerte y tu juicio futuro, que jamás se apartó de mi pecho a través de las varias opiniones que seguí» 13.

13 VI, 16, 26.

XIV. SOLEDAD EN EL EMPEÑO

«Tú sabes lo que yo padecía, no ninguno de los hombres. Porque, ¿cuánto era lo que mi lengua comunicaba a los oídos de mis íntimos familiares?

¿Acaso percibían ellos todo el tumulto de mi alma, para declarar el cual no bastaban ni el tiempo ni la palabra? -».

(Conf., VII, 7, 11).

Vamos a seguir el esfuerzo intelectual de Agustín para llegar a la verdad católica, de la que ya se considera cerca. Sería, repetimos, incompleta e insatisfactoria la vida de Santa Mónica que pasara por alto el caminar de su hijo hacia la conversión, que es lo único que da sentido a la vida de la madre.

Le vamos viendo acercarse a la verdad, pero en el orden teórico le quedan algunos problemas. Ya no concibe a Dios en figura de cuerpo humano, pero todavía no comprende lo que es un ser espiritual y piensa en Dios como algo corpóreo. Se esfuerza en concebirle como sumo, único y verdadero Dios; también, incorruptible, inviolable e inmutable. Pero tan pronto cree aferrar esto con firmeza, como ve que los conceptos se le escapan y confunden y le llevan a decir: «Clamaba violentamente mi corazón contra todas estas imaginaciones mías y me esforzaba por ahuyentar como con un golpe de mano aquel enjambre de inmundicia que revoloteaba en torno a mi mente, y que apenas disperso, en un abrir y cerrar de ojos, volvía a formarse de nuevo, para caer en tropel sobre mi vista y nublarla»¹.

Nos lleva casi sin esfuerzo, con estas plásticas descripciones, a seguir el caos que le envuelve, la lucha en que está empeñado y el esfuerzo que está realizando.

Y nos da con brevedad la razón de no terminar de alcanzar la luz porque, dice, «mi corazón está embotado y ni aun siquiera a mí mismo es transparente» 2.

Sigue a continuación anotando creencias: «Afirmaba y creía firmemente que Tú eres nuestro Señor y Dios verdadero, creador de nuestra alma y de nuestros cuerpos, y no sólo de nuestras almas y nuestros cuerpos, sino también de todos los seres y cosas» 3. Pero, en cambio, no logra ver con claridad que la voluntad libre es «causa del mal que hacemos, y tu recto juicio, del mal que padecemos » 4. Y discurriendo, dice, sobre estas cosas y no logrando aclararlas «me volvía a deprimir y ahogar, si bien no era ya conducido hasta aquel infierno del error donde nadie te confiesa» 5.

No es fácil llegar a darse cuenta del extraordinario esfuerzo intelectual que está poniendo en juego, así como del montón de ideas que está barajando. Podríamos calificar de gigantesco ese esfuerzo, que a veces comparte con los grandes amigos, Alipio y Nebridio, que le acompañan.

Y ciertamente muchas veces dialogarían en presencia de Mónica, que siempre aportaría su estímulo, algún prudente consejo, más de una luz, reflejo de su intensa piedad, si bien más de una cuestión de las que se planteaba su hijo quedaría fuera de su alcance.

Reconoce que no termina de encontrar solución al problema del mal, que en este momento le preocupa mucho: «Buscaba yo el origen del mal, pero buscábale mal y ni aún veía el mal que había en el mismo modo de buscarle» 6, y se extiende en detallar los caminos por los que le buscaba, para terminar: «Tales cosas revolvía yo en mi pecho, apesadumbrado con los devoradores cuidados de la muerte y de no haber hallado la verdad» 7.

Siempre le había preocupado la muerte, pero ahora, al verla ya un poco desde la luz católica, le asusta que pudiera pillarle en el estado en que se encuentra. Y esta incertidumbre le desazona, y le lleva -reconoce- a momentos bajos que supera admitiendo avances: «Sin embargo, de modo estable se afincaba en mi corazón, en orden a la Iglesia católica, la fe de tu Cristo, Señor y Salvador nuestro; informe ciertamente en muchos puntos y como fluctuando fuera de la norma de doctrina; mas, con todo, no abandonaba ya mi alma, antes cada día se empapaba más y más en ella» 8.

Aunque sin detallar, es muy importante lo que acabamos de leer para calibrar su acercamiento a la fe.

Y no podemos menos de reconocer en esto la mano de Ambrosio, a quien sigue oyendo, sin dejar a un lado el influjo de Mónica que, descartada en cuestiones puramente especulativas, en otras su desarrollado sentido de la fe le sería de gran ayuda y le aportaría luz.

Confiesa otro error que deja atrás: «Asimismo había rechazado ya las engañosas adivinaciones e impíos delirios de los matemáticos» 9, los cuales aseguraban predecir el futuro consultando a los astros, en lo que Agustín estuvo bastante atrapado. Algo de lo que sólo el Señor le liberó, por lo que da gracias: «¡Te confieso por ello, Dios mío, tus misericordias desde lo más íntimo de mis entrañas! Porque Tú y solamente Tú... sí, sólo Tú procuraste remedio a aquella terquedad mía» 10.

Emociona seguir a Agustín en esta aventura de la búsqueda, acompañarle gozando con sus conquistas, verle subir peldaños, sentirle fluctuar muchas veces y palpar su desaliento, para gozarse luego, con sensible descanso, ante aquello que va teniendo como seguro. Eso sí, cada vez con más claridad, viendo al Señor guiar sus pasos inseguros y empujando en su pesada carga.

Y continúa mostrando el camino que va desbrozando con la ayuda del Señor. Sigue resistiéndosele el problema del mal, pero ya no entorpece su marcha, porque «no permitías (Señor) ya que las olas de mi razonamiento me apartasen de aquella fe por la cual creía que

existes » n , y cita una serie de verdades que conoce y acepta, y que le ponen ya cercano a la fe católica. Y va a pasar a reflejar de modo admirable su estado interior y lo que todo este esfuerzo le está costando.

Nos dirá, pues, en orden a esto «Puestas a salvo estas verdades y fortificadas de modo inconcuso en mi alma, buscaba lleno de ardor de dónde venía el mal. Y ¡qué tormentos de parto eran aquellos de mi corazón!, ¡qué gemidos, Dios mío! Allí estaban tus oídos y no lo sabía. Y como en silencio te buscara yo fuertemente, grandes eran las voces que elevaban hacia tu misericordia las tácitas contricciones de mi alma».

«Tú sabes lo que yo padecía, no ninguno de los hombres.

Porque, ¿cuánto era lo que mi lengua comunicaba a los oídos de mis íntimos familiares? ¿Acaso percibían ellos todo el tumulto de mi alma, para declarar el cual no bastaban ni el tiempo ni la palabra?» u.

Dos cosas merecen destacarse en este momento: Primero, un cúmulo de verdades que ya acepta con seguridad, lo que contribuye a calmar un tanto su inquietud; luego, cómo recalca el sufrimiento que esa búsqueda le propociona. Y sufrimiento en el fondo en soledad, que quizá es el que más pesa, porque el dolor del alma, aunque se intente comunicar, no llega a participarse del todo: siempre habrá zonas del yo inaccesibles al otro.

Todo esto, viene a decir, lo comunica a sus «más íntimos familiares», pero convencido de que no alcanzan la profundidad de su angustia, y que es un trozo de cruz que tendrá que llevar a solas, sin cirineo que le alivie.

Y entre estos que no podían percibir el «tumulto de su alma» estaba, sin duda, su madre. Esta, no obstante, intentaría animarle y sostenerle y, casi con seguridad, sería la que más se acercaría a su angustia, porque, a su modo, ella la viviría y, porque si algo puede sintonizar con el corazón de un hijo es el de la madre. Pero ella había

tenido siempre muy claro y resuelto el problema de la fe y no podía comprender el torbellino interior que revolvía a su hijo.

No ve otro camino que acudir al Señor, pero no está preparado para recibir su luz «Hacia tus oídos se encaminaban todos los rugidos de los gemidos de mi corazón y ante Ti estaba mi deseo (Sal. 37, 9-11); pero no estaba contigo la lumbre de mis ojos, porque ella estaba dentro y yo fuera; ella no ocupaba lugar alguno y yo fijaba mi atención en las cosas que ocupan lugar, por lo que no hallaba en ellas lugar de descanso, ni me acogían de modo que pudiera decir: "¡Basta!

¡Está bien!"» 13.

Busca Agustín el porqué de no avanzar y termina encontrándolo en su soberbia. Ya a los diecinueve años, en su primer intento de buscar la verdad, al hinchado estudiante de Cartago se-le habían caído de las manos las Sagradas Escrituras por su sencillo y humilde lenguaje.

Después de tantos años aún no ha doblegado la cerviz, y aun palpando ya claridades y vislumbrando nuevos horizontes, la confusión le rodea y domina porque «habiéndome yo levantado soberbiamente contra Ti y corrido contra el Señor, con la dura cerviz como escudo, estas cosas débiles se pusieron sobre mí, y me oprimían, y no me dejaban un momento de descanso, ni de respiro... mas estas cosas habían crecido en mí a causa de mi llaga, porque "me humillaste como a un soberbio herido" (Sal. 88, 11), y me hallaba separado de Ti por mi hinchazón, y mi rostro, hinchado en extremo, no dejaba a mis ojos ver» 14.

Con sinceridad confiesa que en la raíz de sus dificultades para caminar está su soberbia; ella es un freno, y no será de su voluntad, sino de la mano del Señor de donde vendrá el remedio: «Tú me aguijoneabas con estímulos interiores para que estuviese impaciente hasta que estuviese cierto de Ti por la mirada interior. Y bajaba mi hinchazón gracias a la mano secreta de tu medicina; y la visión de mi mente, turbada y obscurecida, iba sanando de día en día con el fuerte colirio de saludables dolores » 15.

Estamos viendo la situación intelectual y anímica que le envuelve, así como la última causa de todo ello.

Una cosa aparece clara: va avanzando en todos los terrenos que le pueden acercar a la verdad y le vamos a ver ganando etapas a marchas forzadas. Y es que en esta situación un hombre, «hinchado con monstruosísima soberbia» le proporciona unos libros de los neoplatónicos, para él algo nuevo. Y de lo que pudo ser un lazo, pues sin duda la idea sería conquistarle para una nueva doctrina, el Señor se vale para que se afiance más en la fe católica.

Encuentra en esos libros verdades que le abren nuevos horizontes, y sabe ya discernir fallos y deficiencias, así como esquivar errores, de los «que no comí» 16; al contrario, «guiado por Ti», se abre a una luz, cuya claridad admira y le entusiasma, pero sin detallar qué horizontes le pudo ahora iluminar, pero que fue, sin duda, reveladora «Y amonestado por Ti a volver a mí mismo entré en mi interior guiado por Ti; y lo pude hacer porque Tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi... una luz inmutable, no ésta, vulgar y visible a toda carne, ni otra cuasi del mismo género, sino otra cosa distinta, muy distinta de todas éstas... está sobre mí, por haberme hecho... y quien conoce la verdad conoce esta luz... Tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver, y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de Ti en la región de la semejanza» 17.

Sigue desarrollando y extendiéndose sobre ese texto anterior, sin que podamos entenderle con claridad y dando base para pensar qué iluminación pudo recibir. El hecho es que, aparte de otras verdades, logra solucionar el problema del mal y del pecado, que tanto le había preocupado.

Esto para él fue bastante decisivo.

El efecto de esos libros de los neoplatónicos, así como todo el proceso de búsquedas que empujaron, los va dejando caer a lo largo de bastantes páginas, saboreando su rica adquisición. Resume su

deuda con esos libros dirigiéndose a su amigo Romaniano, a quien tanto debía: «Y he aquí que unos libros, bien henchidos -como dice Celsino-, esparcieron sobre nosotros los perfumes de la Arabia y, destilando unas poquísimas gotas de su esencia sobre aquella llamita, me abrasaron con un incendio increíble, ¡oh Romaniano!, pero verdaderamente increíble, y más de lo que tú piensas, y aún añadiré que más de lo que podía pensar yo mismo» '8.

18 Contra Acad., II, 2, 5.

XV. EL PESO DE LA COSTUMBRE

«Y me admiraba de que te amara ya a Ti, no a un fantasma en tu lugar; pero no me sostenía en el goce de mi Dios, sino que, arrebatado hacia Ti por tu hermosura, era luego apartado de Ti por mi peso, y me desplomaba sobre *estas cosas con gemidos, siendo mi peso la costumbre carnal*».

(Conf., VII, 17, 23).

Ha quedado atrás la lectura de los neoplatónicos.

Supuso -reconoce Agustín- mucho para él, no ya sólo en cuanto a superar errores y adquirir verdades, sino también por la profunda e intensa reflexión a que le sometió y la maduración que le aportó. Tanto que, cuando se intenta adentrarse en su mente y sentimientos, le encontramos ya en el límite de la fe y a las puertas de la conversión.

Continuando con el último texto citado, le confesará a Romaniano: «No me atraían ya los honores, la pompa vana, el deseo de la vana gloria, los incentivos y halagos de la vida mortal. Vivía todo entero concentrado en mí mismo».

«Y miré como de paso -así lo confieso- aquella religión que, siendo niño, me había sido profundamente impresa en mi ánimo, y, si bien inconscientemente, me sentía arrebatado hacia ella» '.

Acabamos de indicar que Agustín parece ya estar a las puertas de la conversión y este texto parece confirmarlo.

El Agustín, tan apegado a los atractivos del siglo, los ha superado y encima se «siente arrebatado» hacia el catolicismo. ¿Qué le falta? Parece la conversión ya una fruta madura, a punto de desprenderse del árbol, y, sin embargo, la caída se demorará. Siempre hay un pero que impide el salto decisivo.

Nos va a dar la clave, con el acierto de siempre, el mismo Agustín: «Y me admiraba de que te amara ya a Ti, no a un fantasma en tu lugar; pero no me sostenía en el goce de mi Dios, sino que, arrebatado hacia Ti por tu hermosura, era luego apartado de Ti por mi peso, y me desplomaba sobre estas cosas con gemidos, siendo mi peso la costumbre carnal. Mas conmigo era tu memoria, ni en modo alguno dudaba ya de que existía un ser a quien yo debía adherirme, pero a quien no estaba yo en condición de adherirme» 2.

Basta leer con detención este texto para captar al punto lo muy cercano que se encuentra ya de la fe. Habla ya de que ama a Dios, pero sin permanecer en Él por el peso de la costumbre, que le retiene en su vida de siempre, sin permitirle romper ligaduras.

Supuesto lo ya conseguido, vamos a seguirle en el último tramo de su conversión. Y para comprender la lucha que se avecina es preciso distinguir en la conversión un doble aspecto: la conversión de la mente y la conversión del corazón. Por parte de la mente, aunque le falten algunas conquistas y clarificaciones, parece ya no haber obstáculo: la fe católica está ya a su alcance.

Otra cosa muy distinta es la conversión del corazón, en lo que Agustín ve la mayor dificultad, que resume en la frase: «siendo mi peso la costumbre carnal».

Agustín se da perfecta cuenta de que aceptar la fe supone, en cuanto a la práctica, vivirla. Y en esto consiste la conversión del corazón que, como señala, encuentra su resistencia en la fuerza de la «costumbre». Agustín va a vivir con una intensidad y con un cierto dramatismo que impresionan, hasta desembocar en la conversión definitiva, esta lucha contra lo que él muy bien ha calificado como «la fuerza de la costumbre».

Este segundo aspecto, la conversión del corazón, que apenas si había aparecido hasta ahora, a partir de aquí va a ir subiendo a primer plano, todavía ahora mezclado con esfuerzos de la mente, a la que aún le faltan conquistas.

Y -digno de notarse- en este esfuerzo se palpa, cada vez con más claridad e intensidad, el influjo de la gracia divina, que le ayuda y fuerza a ir, sin retroceso, hacia adelante.

Sigue, en consecuencia, su mente en la búsqueda, y, discurriendo sobre las criaturas, dice, fue «subiendo gradualmente de los cuerpos al alma» y de ésta al pensamiento y la luz que lo ilumina y, finalmente, llegué a «lo que es» en un golpe de vista trepidante. Entonces fue cuando «vi tus cosas invisibles por la inteligencia de las cosas creadas»; pero no pude fijar en ellas mi vista, antes, herida de nuevo mi flaqueza, volví a las cosas ordinarias, no llevando conmigo sino un recuerdo amoroso y como apetito de viandas sabrosas que aún no podía comer» 3.

Adonde llegó, qué experimentó, y qué es lo que en el texto anterior quiere San Agustín comunicar no lo podemos percibir. Sí que fue algo enriquecedor y nuevo para él, pero que el ropaje platónico en que lo presenta, nos oculta. Mas ello le anima y espolea a seguir hacia adelante: «Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte» 4, y se da cuenta de que sólo puede hallarla en Jesús, «Camino, Verdad y Vida», de quien todavía no tiene una idea clara, juzgándole «tan sólo lo que se puede sentir de un varón de extraordinaria sabiduría, a quien nadie puede igualar» 5.

Un poco más tarde conoció la diferencia que hay entre la verdad católica y la falsedad de los herejes al interpretar las palabras «el Verbo se hizo carne» 6.

Vuelve a recordar que los libros de los neopletónicos le ayudaron a afianzarse en algunas verdades y le abrieron a otras. Así, entre éstas, está ya seguro de que Dios existe, de que es infinito, inmutable y de que todo procede de él, y añade: «Cierto estaba de todas estas verdades, pero también de que me hallaba débilísimo para gozar de Ti.

Charlaba mucho sobre ellas» 7. No sólo pensaba y reflexionaba para sí, sino que su impaciencia le lleva a volcarse, suponemos que especialmente con los más íntimos, según antes ha indicado. Nada nos dice de cómo éstos, de modo especial su madre, pudieron ayudarle.

Estamos seguros, reiteramos, de que la sencilla sabiduría cristiana de Mónica, reflejo de su profunda fe, pudo serle muy iluminadora.

Y continuando con su búsqueda, se da cuenta de que algo falta en aquellos libros de los neoplatónicos, pero sin poder concretar en qué consiste. Pero esto le empuja, sin respiro, a acudir a la Sagrada Escritura, y «así, titubeando, con prisa y ansiedad, cogí el libro del apóstol San Pablo... y lo leí todo entero con mucha atención y piedad» 8. Le descubre, dice, el semblante de la sabiduría, y se siente impulsado a mostrarla a todos. En las Confesiones va a concretar más el modo de ir a Pablo y lo que en él encuentra: «Así, pues, cogí avidísimamente las venerables Escrituras de Tu Espíritu, y con preferencia a todos, al apóstol Pablo» 9. Y resume Agustín el beneficioso producto de esa lectura «Y perecieron todas aquellas cuestiones en las cuales me pareció algún tiempo que se contradecía a sí mismo, y que el texto de sus discursos no concordaba con los testimonios de la ley y de los profetas, y aparecía a mis ojos el rostro de los castos oráculos, y aprendí a alegrarme con temblor».

«Y comprendí y hallé que todo cuanto de verdadero había yo leído allí se decía aquí realzado por tu gracia » 10. Y se da cuenta de que su acercamiento a la fe se afianza, lo que le lleva a extenderse en consideraciones de tal altura que le obligan a terminar: «Todas estas cosas se me entraban por las entrañas por modo maravilloso cuando leía al menor de tus apóstoles, y consideraba tus obras y me sentía espantado, fuera de mí (Habacuc, 3, 2)» u.

Insistimos una y otra vez en que resulta muy difícil, aun a través de esos textos tan ricos, precisar qué es lo que está pasando en el alma de Agustín, pero sí se desprende de ellos que algo muy hondo está

calando en él y forzándole a no descansar en su marcha hacia la verdad.

Desvelar frases como: «titubeando, con prisa y ansiedad, cogí el libro del apóstol», «aprendí a alegrarme con temblor », «consideraba tus obras y me sentía espantado, fuera de mí», nos resulta imposible, pero nos acercan a que una profunda transformación se está operando en él.

Esa transformación nos habla de que se acerca el fin, pero aún quedan largas jornadas. Está en juego, según ya indicamos, la conversión del corazón y lograrla será difícil, como difícil y duro será siempre un cambio radical de vida. Y empieza por reconocer que es a la misericordia del Señor a la que debe todo: «Rompiste mis ataduras... contaré cómo las rompiste» 12.

El punto de partida para ello va a ser mostrarnos con brevedad, pero de un modo muy gráfico, el estado en que se encuentra: «Tus palabras, Señor, se habían pegado a mis entrañas y por todas partes me veía cercado por Ti» 13. En cuanto a Dios, tiene ya las certezas suficientes; por eso continúa: «ni lo que deseaba era estar más cierto de Ti, sino más estable en Ti».

«En cuanto a mi vida temporal, todo eran vacilaciones, y debía purificar mi corazón de la vieja levadura, y hasta me agradaba el camino -el Salvador- mismo-; pero tenía pereza de caminar por sus estrecheces» 14.

Suficientemente claro en cuanto a lo que tiene y a lo que le falta. En cuanto a esto último, componer el corazón, ajustar su vida a la verdad descubierta, porque en la vida que lleva cada vez se encuentra más insatisfecho.

Insatisfacción que describe así «En cuanto a mí, me disgustaba lo que hacía en el siglo y me era carga pesadísima, no encendiéndome ya, como solían, los apetitos carnales, con la esperanza de honores y riquezas, a soportar servidumbre tan pesada; porque ninguna de estas cosas me deleitaba ya en comparación de tu dulzura y "de la

hermosura de tu casa que yo amaba" (Sal. 25, 8), mas sentíame todavía fuertemente ligado a la mujer; y como el apóstol no me prohibía casarme... yo, como más flaco, escogía el partido más fácil, y por esta causa me volvía tardo en las demás cosas... Ya había hallado yo, finalmente, la margarita preciosa, que debía comprar con la venta de todo lo que tenía. Pero vacilaba» 15.

Van desapareciendo apetencias, va sintiéndose desligado de vanidades que antes le ataban; está convencido de que merece la pena entregarse a aquello nuevo que ha encontrado, pero vacila. En parte, le detiene de ocuparse de todo esto la mujer, aunque ve la solución, y permitida, en casarse.

Atribuye al Señor la inspiración de dirigirse a Simpliciano, presbítero docto, bueno y muy considerado, maestro de Ambrosio, al que, dice, «conté los asendreados pasos de mi error» 16. Le orientó, según esperaba, y, sobre todo, le impresionó narrándole el ejemplo de un tal Victorino, muy conocido, apreciado e influyente en Roma, donde incluso había merecido una estatua en el Foro, que se confesaba cristiano, sin decidirse por un tiempo a hacerlo en público, hasta que al fin admiró a todos con su pública profesión de fe.

Se ve Agustín a sí mismo en una situación parecida, y el ejemplo de Victorino le enciende en deseos de imitarle.

Pero se entera de que Victorino tuvo que renunciar a enseñar literatura y oratoria, porque estaba prohibido a los cristianos, y su entusiasmo se apaga. Agustín dependía en su vida material de la enseñanza y, además, no termina de decidirse a romper otros lazos. Ha descubierto el nuevo camino y le atrae; le ilusionaría adherirse al Señor, pero no se decide.

Se analiza Agustín y describe la dura lucha que se está librando entre dos voluntades: la vieja, aposentada en él, dueña del terreno, avalada por la fuerza de la costumbre y muy difícil de doblegar; la nueva, que se apoya en nuevas claridades que le atraen, retoño aún tierno que pugna por afianzarse, pero incapaz todavía de imponerse y suplantar a la vieja. Imposible entrar en el interior de Agustín, ahora

impaciente e insatisfecho, debatiéndose en una angustia que no le da reposo.

Es apasionante seguirle, con sus mismas palabras, en ese hondo análisis que nos adentra un tanto en su interioridad y permite apreciar algo de la lucha que allí se libra: «Poseía, dice, mi querer el enemigo, y de él había hecho una cadena con la que me tenía aprisionado» 17.

Buen planteamiento. Su voluntad no es suya, y, ¿por qué?: «Porque de la voluntad perversa nace el apetito, y del apetito obedecido procede la costumbre, y de la costumbre no contradecida proviene la necesidad; y con estos a modo de anillos enlazados entre sí -por lo que antes llamé cadena- me tenía aherrojado en dura esclavitud» 18.

Breve y certero análisis aplicable a cualquier alma dominada por la pasión: voluntad, apetito, costumbre, necesidad, que abocan en esclavitud. En resumen, Agustín se siente esclavo de la costumbre y se encuentra en su interior con dos voluntades pugnando por dominar en exclusiva su corazón. Pero de momento no hay paridad de fuerzas, por lo que aclara: «Porque la nueva voluntad que había empezado a nacer en mí de servirte gratuitamente y gozar de Ti, ¡oh Dios mío!, único gozo cierto, todavía no era capaz de vencer la primera, que con los años se había hecho fuerte» 19.

El tiempo durante el cual una pasión ha sido alimentada es un nuevo factor que Agustín señala como determinante a la hora de intentar dominarla, y en él se trata de muchos años. De ahí que el encuentro de esas dos voluntades le deje un poso amargo: «De este modo las dos voluntades mías, la vieja y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y, discordando, destrozaban mi alma» 20.

Este «destrozaban mi alma» revela con claridad su estado. En el fondo, Agustín es en este momento presa de dos querer opuestos que pugnan por prevalecer, por una hegemonía que elimine al contrario. Porque ya no es el Agustín de antes. Le domina todavía la voluntad carnal, pero ya no en exclusiva; es más, desaprueba y le desagrada ese dominio. Y de ahí ese «yo» dividido, que todavía ha de

compartir con ese «no-yo», que no le agrada, pero que vive en él. Mas la voluntad espiritual se va abriendo camino y las posibilidades a su favor van aumentando.

Va a continuar profundizando en lo mismo: «Así vine a entender por propia experiencia lo que había leído de "cómo la carne apetece contra el espíritu y el espíritu contra la carne" (Gálat., 5, 17), estando yo realmente en ambos, aunque más "yo" en aquello que aprobaba en mí que no en aquello que en mí desaprobaba; porque en aquello más había ya de "no-yo", puesto que en su mayor parte más padecía contra mi voluntad, que obraba queriendo ».

Es grato seguirle en ese intento de hacer aflorar lo que en sí está experimentando, y que puede reflejar la lucha de tantas almas, donde bien y mal se enfrentan.

¿Quién no se ha sentido dividido, y ha palpado en sí la lucha de dos voluntades, si bien, creemos, muy lejos del drama de Agustín? Parece terminar el párrafo en un sutil juego de palabras. Lo es y de ello gustaba Agustín; pero nada de quedarse en la superficialidad del juego, cuando le sirve y subyace en ese juego la profundidad de un análisis que va iluminando su lento y difícil caminar hacia la conversión.

Por lo mismo, y queriendo apurar su análisis, volverá a insistir con un nuevo matiz en la fuerza de la costumbre, que no le vino de afuera, sino que él fomentó, por lo que no puede quejarse, y también en el temor de lo hasta ahora vivido: «Con todo de mí mismo provenía la costumbre que prevalecía contra mí, porque, queriendo, había llegado a donde no quería. Y, ¿quién hubiera podido replicar con derecho, siendo justa la pena que se sigue al que peca?» 22.

Ni tenía ya la disculpa de la duda que un tiempo le había servido, pues estaba seguro de la verdad, por lo que únicamente le detiene el miedo a abandonar aquello que, aun reprobando, está viviendo con cierto agrado «Ya no existía tampoco aquella excusa con que solía persuadirme de que si aún no te servía, despreciado el mundo, era porque no tenía una percepción clara de la verdad; porque ya la tenía y

cierta; con todo, pegado todavía a la tierra, rehusaba entrar en tu milicia y temía tanto el verme libre de todos aquellos impedimentos cuanto se debe temer estar impedido de ellos» 23.

Así iba dejando resbalar el tiempo, queriendo y no queriendo, entre el amargor y la dulzura, sin fuerza para decidirse. Con una preciosa imagen del sueño va a continuar insistiendo en la descripción de su estado, cada vez más cercano al cambio radical que una fuerza interior le pide, pero que conlleva un salto que todavía le produce vértigo, y que rehuye y difiere «De este modo me sentía dulcemente oprimido por la carga del siglo, como acontece con el sueño, siendo semejantes los pensamientos con que pretendía elevarme a Ti a los esfuerzos de los que quieren despertar, mas, vencidos por la pesadez del sueño, caen rendidos de nuevo. Porque así como no hay nadie que quiera estar siempre durmiendo -y a juicio de todos es mejor velar que dormir-, y, no obstante, difiere a veces el hombre sacudir el sueño cuando tiene sus miembros muy cargados de él, y aun desagradándole éste, lo toma con más gusto aunque sea venida la hora de levantarse, así tenía yo por cierto ser mejor entregarme a tu amor que ceder a mi apetito. No obstante, aquéllo me agradaba y vencía; esto me deleitaba y encadenaba» 24.

¡Qué bien cuadra aquí aquello de San Pablo de que me doy cuenta de lo que es mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor! Es lo que está confesando Agustín acerca de sí mismo. Porque ya no encuentra argumentos en los que apoyar este ir difiriendo día a día la conversión. Todas las puertas de escape se le van cerrando. La fuerza de la gracia, sin él darse cuenta, le va cercando de tal manera que, con timidez y vergüenza, parece querer decir al Señor, por el que todavía no se decide: Ten paciencia, espera, no me agobies, déjame un poco más en mi placer.

Como siempre, es extraordinaria la sinceridad con que lo describe: «Ya no tenía yo qué responderte cuando me decías: "Levántate, tú que duermes, y sal de entre los muertos, y te iluminará Cristo" (Efes., 5, 14); y mostrándome por todas partes ser verdad lo que decías, no tenía ya absolutamente nada que responder, convicto

por la verdad, sino unas palabras lentas y soñolientas: "Ahora... en seguida... un poquito más...". Pero este "ahora" no tenía término y este "poquito más" se iba prolongando» 25.

No resistimos ponderar con cierta insistencia el realismo gráfico de ese ahora... en seguida... un poquito más.

Es la resistencia débil, pero resistencia de un alma ya herida, y que, tambaleante, lucha por no ceder aún. Podíamos hablar de la agonía de la conversión, la agonía de morir al pasado en que Agustín se debate, con todo lo trágico que una agonía lleva consigo.

San Pablo, al que «avidísimamente» había acudido, le va a servir para verse retratado en sus palabras y darse cuenta de que está pagando un precio por su desordenada vida anterior: «En vano me deleitaba en tu ley, según el hombre interior, luchando en mis miembros otra ley contra la ley de mi espíritu, y teniéndome cautivo bajo la ley del pecado existente en mis miembros » (Rom., 7, 22). Porque la ley del pecado es la fuerza de la costumbre, por la que es arrastrado y retenido el ánimo, aun contra su voluntad, en justo castigo de haberse dejado caer en ella voluntariamente. ¡Miserable de mí!, «quién habría podido librarme del cuerpo de esta muerte sino tu gracia, por Cristo nuestro Señor?» (Rom., 7, 23)26.

A pesar de los profundos análisis que va ofreciendo, sigue siendo difícil entrar en toda esa confusión que le envuelve. Si siempre es difícil captar las vivencias interiores, la intensidad con la que Agustín está viviendo este momento hace casi imposible acercarse a él. No obstante, se le va palpando cada vez más cercano a su objetivo, aunque siga la costumbre dueña de él, porque nos ofrece un dato muy significativo acerca de cómo está cediendo al pecado: «Hacía las cosas de "costumbre, con angustia creciente"» 27. Muy clara la expresión: ya la «costumbre» le está resultando pesada y el ceder a ella no placentero.

Es más, en su empeño hacia adelante nos va a decir que está poniendo en práctica medios de los que no había hablado hasta ahora: «Y todos los días suspiraba por Ti, y frecuentaba tu Iglesia cuanto me

dejaban libre mis ocupaciones, bajo cuyo peso gemía» 28. Se le hace pesada ya la ocupación ordinaria porque le impide dedicarse con exclusividad a lo que de verdad le interesa, y frecuenta la Iglesia, sin duda, para escuchar a Ambrosio y pedir por aquello que le urge y angustia.

Una vez más sentimos que, encerrado en sí mismo, no haga en este momento alusión alguna a su madre que, según ya nos dijo, asidua mañana y tarde a la iglesia, sin duda le acompañaría, viviría angustiada su misma inquietud, rezaría con él y por él, a la vez que le animaría y sostendría en la enconada lucha en que le sabía empeñado. No podía Agustín tenerla al margen de su preocupación -ya ha indicado que contaba con los suyos-, y el Espíritu, que moraba en ella, le ayudaría a encontrar la palabra orientadora, así como el gesto adecuado y la caricia delicada que suavizaría la aspereza y acritud de la crisis por la que su hijo atravesaba.

27 VIII, 6, 13.

28 VIII, 6, 13.

XVI. POR FIN, EN UNA MISMA FE

«No en comilonas y embriagueces, no en lechos y liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestidos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos».

(Conf., VIII, 12, 29).

Entramos en el momento culminante del proceso de Agustín hacia la conversión. Le vamos percibiendo tan cercano que podría parecer algo que ya cae por su propio peso. Nada más engañoso; no olvidar que sigue aprisionado por la costumbre del deseo carnal, y él parece no haberse propuesto desligarse de ella, pues sabe que el matrimonio es compatible con una vida cristiana. Será, pues, cuestión de esperar.

Pero otros son los designios de lo Alto. Agustín está siendo empujado por la gracia a una vida de total entrega y abandono de lo

terreno, sin él tener todavía conciencia de ello. Mas los dos aspectos ya citados ceder a la costumbre con creciente angustia y gemir bajo el peso de las ocupaciones de su cargo, son una doble indicación, aparte de otras, de que está siendo preparado para el abandono definitivo de toda aspiración terrena.

Y pronto se da cuenta, sin haberse él propuesto nada, de que la liberación le viene de arriba: «También narraré y confesaré a tu nombre, Señor, mi ayuda y redentor, cómo me libraste de las ataduras del deseo carnal, que me tenía estrechamente cautivo y de la servidumbre de las ocupaciones mundanas»¹.

Doble libertad la que le va a llegar a Agustín: verse libre del deseo de mujer, lo que nunca pudo imaginar, y verse libre también de la preocupación un tanto angustiada por mantener su posición social y, a ser posible, elevar su nivel de vida. Y el modo del que el Señor se vale para ello, el más impensado para Agustín. Está con Alipio en casa y viene a verles un tal Ponticiano, africano y alto cargo en palacio. Les sorprende tal visita y dirá Agustín: «Yo no sé qué era lo que quería de nosotros»².

Se sientan en torno a una mesa y sobre ella ve Ponticiano un códice; lo abre, pensando que sería un libro de retórica, y se sorprende agradablemente al encontrarse con el apóstol San Pablo. Esto le lleva a confesarles que es cristiano, y Agustín, a su vez, le manifiesta que San Pablo ocupa su «máxima atención». Cobra así la conversación un rumbo inesperado y Ponticiano les cuenta la vida de Antonio, monje en Egipto, que renuncia a todo y se retira al desierto. Quedan «estupefactos», pues nada sabían de eso. Y sigue habiéndoles de los desiertos, con su multitud de monjes, de los monasterios y sus costumbres

-la vida común siempre atrajo a Agustín-, y de que aún en Milán había un monasterio dirigido por Ambrosio.

Termina Ponticiano, al darse cuenta del interés y sorpresa de ellos, contándoles una experiencia personal, que conmueve profundamente a Agustín: «Salió -les dice- un día de paseo con tres

compañeros. El se fue por un lado con uno y los otros dos por otro. Estos encontraron en una cabana "ciertos siervos" del Señor; entraron en conversación con ellos y vieron allí un códice con la vida de San Antonio. La leyeron y, entrando en sí, se dieron cuenta de que la vida que llevaban no merecía la pena, y al punto decidieron renunciar a todo y quedarse allí. Cuando Ponticiano y el otro amigo les encontraron, les contaron lo sucedido y su decidido propósito de cambiar de vida, rogándoles que, si no querían acompañarles, les dejaran en paz. Termina con que se quedaron en la cabana, y sus prometidas, oído esto, "consagraron también su virginidad"» 3.

Aunque anecdótica, es imprescindible esta narración para poder seguir a Agustín. Este encuentro con Ponticiano es providencial y decisivo en su caminar hacia la conversión. Reflexiona con Alipio sobre lo que ellos buscan en la vida que llevan, a qué pueden aspirar, qué esperanzas pueden alimentar y los trabajos que todo ello supone, para llegar a la conclusión de que nada merece la pena frente a lo que entregarse al «servicio de Dios» promete.

Por ello, Agustín entra en sí mismo y se compara en su estado y aspiraciones con lo que acaba de oír para encontrarse, una vez más, deforme, incapaz y odiable «Narraba estas cosas Ponticiano, y mientras él hablaba, Tú, Señor, me trastocabas a mí mismo, quitándome de mi espalda, a donde yo me había puesto para no verme, y poniéndome delante de mi rostro para que viese cuan feo era, cuan deforme y sucio, manchado y ulceroso».

«Veíame y me llenaba de horror, pero no tenía a dónde huir de mí mismo y si intentaba apartar la vista de mí, con la narración que hacía Ponticiano, de nuevo me ponías frente a mí y me arrojabas contra mis ojos, para que descubriese mi iniquidad y la odiase. Bien la conocía, pero la disimulaba, y reprimía, y olvidaba» 4.

La narración de Ponticiano actúa en Agustín como un verdadero revulsivo, y ya sus reflexiones, aun tendiendo al mismo fin que hasta ahora, dan un giro y toman un nuevo rumbo. El ejemplo de otros que han logrado lo que él pretende y no consigue y que también han tenido

que renunciar a mucho con lo que soñaban, le trastorna y hiere su orgullo, que queda por los suelos cuando se les compara: «Pero entonces, cuanto más ardientemente amaba a aquellos de quienes oía relatar tan saludables afectos por haberse dado totalmente a Ti para que les sanases, tanto más execrablemente me odiaba a mí mismo al compararme con ellos» 5.

Vuelve Agustín con esto su pensamiento al pasado y recuerda que ya son catorce los años desde que, leído el Hortensio, se propuso buscar la sabiduría, despreciado lo terreno, pero lo había ido difiriendo, valiéndose de la excusa de no encontrar algo cierto. Excusa, reconoce, que ya no le vale: «Pero había llegado el día en que debía aparecer desnudo ante mí, y mi conciencia increparme así: "¿Dónde está lo que decías? ¡Ah! Tú decías que por la incertidumbre de la verdad no te decidías a arrojar la carga de la vanidad. He aquí que ya te es cierta y, no obstante, te oprime aún aquélla, en tanto que otros, que ni se han consumido tanto en su investigación ni han meditado sobre ella diez años y más, reciben en hombros más libres alas para volar"» 6.

Indudablemente, la inesperada visita de Ponticiano es del todo providencial, así como el rumbo ejemplarizador que imprimió a su conversación. La gracia está actuando con eficacia, con fuerza y, podría decirse, con prisa. Y decimos con prisa, porque ya se está precipitando el desenlace. Todo está revolviendo de tal modo a Agustín, que le sumerge en una crisis de la que sólo saldrá definitivamente sanado.

No será necesario subrayar la fuertes expresiones con las que va describiendo su estado de ánimo, y será suficiente leerlas con atención: «Con esto me carcomía interiormente y me confundía vehementemente con un pudor horrible mientras Ponticiano refería tales cosas, el cual, terminada su conversación y la causa por la que había ido, se fue» 7.

Quedan solos Agustín y Alipio. Este, seguro, pendiente de aquél. Juntos llevan tiempo compartiendo la misma inquietud, aunque en

distinto tono. Y así, tenemos a Agustín acentuando su reflexión e increpándose con subida vehemencia: «Mas yo, vuelto a mí, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué azotes de razonamientos no flagelé a mi alma para que me siguiese a mí, que me esforzaba por ir tras Ti?»

8.

Es breve aquí Agustín, pero podemos pensar en una larga y detenida reflexión y autorrecriminación. Quiere, pero sabe que la resistencia interior continúa y el temor al cambio y a la renuncia que supone están ahí, por lo que dirá: «Ella (el alma) se resistía. Rehusaba aquello, pero no alegaba excusa alguna, estando ya agotados y rebatidos todo los argumentos. Sólo quedaba en ella un mudo temblor, y temía, a par de muerte, ser apartada de la corriente de la costumbre, con lo que se consumía mortalmente» 9.

Ya no hay excusas posibles; sólo la insistente resistencia, y casi pánico, a renunciar al pasado. De ahí ese «mudo temblor» y ese temer «a par de muerte». ¡Cuánto encierran esas breves palabras! Y da vueltas a todo y se revuelve contra todo y contra sí ante esa impotencia. Tal es la turbación que ya, dice, afecta no solamente al alma sino también al cuerpo «Entonces, estando en aquella gran contienda de mi casa interior, que yo mismo había excitado fuertemente en mi alma, en lo más secreto de ella, en mi corazón, turbado, así en el espíritu como en el rostro, dirigiéndome a Alipio, exclamé: "¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué esto que has oído? Se levantan los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, he aquí que nos revolcamos en la carne y en la sangre ¿Acaso nos da vergüenza seguirles por habernos precedido y no nos la da siquiera el no seguirles?"» 10.

Las palabras se quedan frías ante lo que debió ser aquel momento. El dirigirse a Alipio es normal, ya que le acompaña y vibra con él; lo que no podemos imaginar es el modo en que Agustín lo hace, aun pensándole convulso y fuera de sí. En la casa estaba también Mónica, la madre, y no andaría lejos, tal vez también temblando y redoblando oraciones y lágrimas.

El hecho es que Agustín, desazonado, se increpa con dureza por su cobardía, porque otros, con mucha menor base que él, han dado el paso y «arrebatan el cielo», mientras que él, incapaz, se revuelca en el fango. Nada extraño que Alipio le mire atónito y desconcertado y que Agustín -y es una pena- no recuerde cuanto en aquel momento dijo: «Dije no sé qué otras cosas y arrebatóme de su lado mi congoja, mirándome él, atónito, en silencio.

Porque no hablaba yo como de ordinario, y mucho más que las palabras que profería declaraban el estado de mi alma la frente, las mejillas, los ojos y el color, y el tono de mi voz» u.

Si todo en él reflejaba la desazón en que se veía inmerso, no pueden extrañar la estupefacción y silencio de Alipio, así como que Agustín buscase la soledad. Por eso se retira a un huertecillo que tenía la casa: «Allí me había llevado la tormenta de mi corazón, para que nadie estorbase el acalorado combate que había entablado yo conmigo mismo, hasta que se resolviese la cosa del modo que Tú sabías y que yo ignoraba; mas yo no hacía más que ensañarme saludablemente, y morir vitalmente, conocedor de lo malo que yo estaba, pero desconocedor de lo bueno que de allí a poco iba a estar» 12.

Sigue analizando el «acalorado combate» en que está empeñado, duro y fuerte, a juzgar por los textos, por lo que Alipio, el amigo fiel, no se atreve a dejarle solo «Me retiré, pues, al huerto, y Alipio, paso sobre paso, tras mí; pues, aunque él estuviese presente, no me encontraba yo menos solo. Y, ¿cuándo estando así afectado me hubiera él abandonado?» 13.

Aunque acompañado por Alipio, Agustín se encuentra solo. La intensidad de su lucha no puede ser compartida y únicamente en soledad ha de vivirse. Está empeñado en un pulso decisivo entre carne y espíritu, entre querer y gracia que sólo él y en él se ha de librar «Nos sentamos, dice, lo más alejados que pudimos de los edificios. Yo bramaba en espíritu, indignándome con una turbulentísima indignación porque no iba a un acuerdo contigo, ¡oh Dios mío!, a lo que me gritaban todos mis huesos que debía ir... porque no sólo el ir,

pero el mismo llegar allí no consistía en otra cosa que en querer ir, pero fuerte y plenamente, no a medias, inclinándose ya aquí, ya allí, siempre agitado, luchando la parte que se levantaba contra la otra que caía» 14.

Por muchas vueltas que dé y muchos razonamientos que haga, viene siempre a desembocar en lo mismo: un querer no pleno, que es un querer y no querer y que se resuelve en un querer y no poder. Es la voluntad la que está en el centro de la decisión y es la que falla. Y es esta incapacidad de decidirse la que le desazona, inquieta y, en cierto modo, le desespera. Y es por esto por lo que vemos convertida en dramática esta lucha final. La descripción que sigue nos hace ver a qué extremos le llevó su aflicción «Por último, durante las angustias de mi indecisión, hice muchísimas cosas con el cuerpo, cuales a veces quieren hacer los hombres y no pueden, bien por no tener miembros para hacerlas, bien por tenerlos atados, bien por tenerlos lánguidos por la debilidad o bien impedidos de cualquier otro modo. Si mesé los cabellos, si golpeé la frente, si, entrelazados los dedos, oprimí las rodillas, lo hice porque quise; mas pude quererlo y no hacerlo si la movilidad de los miembros no me hubiera obedecido.

Luego hice muchas cosas en las que no era lo mismo querer que poder» 15.

No describe con exactitud lo que hizo en el huerto, si bien las líneas anteriores hacen suponer bastante. El va al análisis de aquello que está sufriendo y al porqué de no poder dar el paso que vehementemente desea.

Y se detiene en una profunda reflexión que, en síntesis, se reduce a que si el alma manda al cuerpo, éste obedece, y si se manda a sí misma, no, aunque quiera aquello que manda. Porque el alma de Agustín quería, y a toda costa y ya sin duda alguna, ir a Dios, romper con las ataduras de la carne, y se mandaba a sí misma y no se obedecía.

La razón es que está dividida «no quiere totalmente, luego tampoco manda toda ella; porque en tanto manda en cuanto quiere, y

en tanto no hace lo que manda en cuanto no quiere... no hay, por tanto, monstruosidad en querer en parte y en parte no querer, sino cierta enfermedad del alma; porque elevada por la verdad, no se levanta toda ella, oprimida por el peso de la costumbre. Hay, pues, en ella dos voluntades, porque, no siendo una de ellas total, tiene la otra lo que falta a ésta» 16.

Aun saltando muchas cosas, vamos siguiendo el análisis sincero y exhaustivo de su estado y de por qué no logra decidirse a aquello por lo que su alma suspira.

Y para aclararlo, nos va a adentrar un paso más en su problema, que es el problema de la castidad. Si solamente se tratara de decidirse por una vida cristiana, la solución estaba en el matrimonio. Pero -y ya lo vimos cuando hablamos de ello- algo había en el matrimonio que no veía claro, y cómo le pedía a su madre que orase para que el Señor les diera luz sobre esto; pero el Señor calló.

Ha pasado un tiempo, y ahora Agustín parece decidido a renunciar al matrimonio, y aquí está la clave de esa enconada lucha que viene viviendo y describiendo.

No sabemos exactamente cuándo pudo tomar esa decisión; sí, en cambio, el precio que está pagando por intentar vencer a lo que se le opone: el peso de la costumbre, el castigo por el pecado y la débil voluntad.

Una vez más se leen con fruición sus líneas, ahondando en lo mismo: «Cuando yo deliberaba sobre consagrarme al servicio del Señor, Dios mío, conforme hacía ya mucho tiempo que lo había dispuesto, yo era el que quería, yo el que no quería; yo era. Mas porque ni quería plenamente ni plenamente no quería, por eso contendía conmigo y me destrozaba a mí mismo; y aunque este destrozamiento se hacía en verdad contra mi deseo, no mostraba, sin embargo, la naturaleza de una voluntad extraña, sino la pena de la mía. Y por eso "no era yo ya el que lo obraba, sino el pecado que habitaba en mí" (Rom., 7,17), como castigo de otro pecado más libre, por ser hijo de Adán» 17.

El hecho es que sigue en la indecisión, entre un querer que anhela imponerse y un freno que le retiene, en una enconada lucha entre una parte superior que tiende hacia arriba y otra inferior que no renuncia a lo temporal, una misma «alma queriendo aquello o esto no con toda la voluntad, y por eso desgárrase a sí con gran dolor al preferir aquello por la verdad y no dejar esto por la familiaridad» 18.

La consecuencia de todo es irse agudizando, hasta un extremo límite, la crisis que le atormenta, con una mayor acumulación de reproches ante un horizonte que sigue viendo cerrado y casi sin esperanza: «Así enfermaba yo y me atormentaba, acusándome a mí mismo más duramente que de costumbre, mucho y queriéndolo, y revolviéndome sobre mis ligaduras, para ver si rompía aquello poco que me retenía prisionero, pero al fin me retenía» 19.

Empeñado en esa lucha, ahora se da cuenta de que no está solo, de que el Señor está con él y tras él, ayudándole a no desanimarse: «Y Tú, Señor, me instabas a ello en mis entresijos, y con severa misericordia redoblabas los azotes del temor y de la vergüenza, a fin de que no cejara de nuevo y no se rompiese aquello poco y débil que había quedado, y se rehiciese otra vez y me atase más fuertemente» 20. El temor a que las ligaduras pudieran rehacerse con más fuerza le empuja a querer romperlas pronto, y se impacienta intentando apurar el poco tiempo que pudiera faltar: «Y me decía a mí mismo interiormente "¡Ea! Sea ahora, sea ahora"; y ya casi pasaba de la palabra a la obra, ya casi lo hacía; pero no lo llegaba a hacer» 21.

Extraordinario este animarse sin decidirse, este casi tocar y no llegar; parece consciente de que el fin está cercano, pero sin poder aventurar el momento, como también es consciente de que por su parte los obstáculos cada vez son menores y de que se va dominando más y más «Sin embargo, ya no recaía en las cosas de antes, sino que me detenía al pie de ellas y tomaba aliento y lo intentaba de nuevo; y era ya un poco menos lo que distaba, y otro poco menos, y ya casi tocaba al término y lo tenía; pero ni llegaba a él, ni lo tocaba, ni lo tenía, dudando en morir a la muerte y vivir a la vida, pudiendo más en mí lo malo inveterado que lo bueno desacostumbrado, y llenándome

de mayor horror a medida que me iba acercando al momento en que debía mudarme.

Y aunque no me hacía volver atrás ni apartarme del fin, me retenía suspenso» 22.

¡Qué viveza y qué profundidad en el análisis! Parece estar uno viendo a un sediento, exhausto, arrastrarse para llegar al agua sin lograrlo, a pesar de la cercanía.

Pero ya tiene una nueva esperanza: ya no retrocede, está asentado en suelo firme. Y este convencimiento tuvo que significar mucho para Agustín e infundirle un nuevo y esperanzador ánimo.

También, reconoce, es ya mucho menos lo que le retiene, pero bastante todavía. Son ahora los recuerdos de lo vivido los que vienen a un primer plano. Porque se presenta a su mente el pasado, aquello que le ha tenido atrapado, aquello que le ha proporcionado satisfacción y placer y que le angustia abandonar. Y ¡qué bien describe la fuerza con que le remueve!: «Me retenían unas bagatelas de bagatelas y vanidades de vanidades, antiguas amigas mías; y me tiraban del vestido de la carne y me decían por lo bajo: "¿Nos dejas?", y "¿desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás?", y "¿desde este momento nunca más te será lícito esto y aquello?"» 23.

¡Cuántas almas, de vida un tiempo desordenada y

deseosas de cambio no se verán reflejadas en este Agustín, y habrán oído en su interior el doloroso susurro de «¿y nos dejas?»! Porque, nos dirá Agustín, no se trataba simplemente del susurro como un eco de algo lejano, vago e impreciso. Es que las vivencias de todo su pasado afloraban a su memoria en toda su viveza hasta asustarle "¡Y qué cosas, Dios mío, qué cosas me sugerían con las palabras esto y aquello! Por tu misericordia, aléjalas del alma de tu siervo. ¡Oh qué suciedades me sugerían, qué indecencias!» 24.

Se asusta -repito- Agustín de todo cuanto le viene a la memoria de ese pasado que se empeña en permanecer.

¡Qué lenta agonía para llegar al fin! Pero va viendo compensaciones que le fortalecen. Porque -nos dice-

constata ya que todo esto choca con una actitud totalmente nueva en él y como si enfrente tuviera un enemigo que no se atreviera a dar la cara: «Pero las oía (esas cosas) ya de lejos, menos de la mitad de antes, no como contradiciéndome a cara descubierta, saliendo a mi encuentro, sino como musitando a la espalda y como pellizcándome a hurtadillas al alejarme, para que volviese la vista».

Pero, a pesar de todo lo que va logrando, esas «bagatelas, antiguas amigas», que se hacen presentes en el recuerdo, siguen impidiendo el paso definitivo y le mantienen en suspenso: «Hacían, sin embargo, que yo, vacilante, tardase en romper y desentenderme de ellas y saltar adonde era llamado, en tanto que la costumbre violenta me decía: "¿Qué?, ¿piensas tú que podrás vivir sin estas cosas"» 26.

La pregunta, dolosa, es la misma, pero -nos dirá-

ya sin fuerza, por lo que su impacto en Agustín va variando en intensidad al hilo de su reflexión. Se va serenando y en su espíritu va ocupando la primacía la superioridad de aquello a lo que aspira. Y ya en la continencia no ve tanto la dureza de la renuncia cuanto la ventura y riqueza que le promete: «Porque por aquella parte hacia donde yo tenía dirigido el rostro, y adonde temía pasar, se me dejaba ver la casta dignidad de la continencia, serena y alegre, no disolutamente, acariciándome honestamente para que me acercase y no vacilase, y extendiendo hacia mí, para recibirme y abrazarme, sus piadosas manos, llenas de multitud de buenos ejemplos» .

Está centrándose Agustín en cuanto a su problema fundamental, la continencia, que es el que le detiene, y, dejando a un lado divagaciones vanas, la va viendo no imposible como la veía hasta ahora, sino con una cara más atractiva. Está empezando a descubrir en ella valores ocultos que hasta ahora se le habían negado. Y evoca, por lo que ya conoce del cristianismo, la multitud de niños, niñas, jóvenes, viudas, vírgenes, hombres y mujeres que han vivido la

continencia como algo "no estéril, sino fecunda madre de hijos nacidos de los gozos de su esposo, Tú, ¡oh Señor!"» 28.

Y ya desde esta perspectiva, la continencia se le presenta sonriente y como entrando en juego con él y ofreciéndole otra serie de preguntas, no ya desmoralizantes, sino alentadoras y como pretendiendo herir su vanidad «Y reíase ella de mí con risa alentadora, como diciendo "¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿O es que éstos y éstas lo pueden por sí mismos y no en el Señor su Dios?"

El Señor su Dios me ha entregado a ellos. ¿Por qué te apoyas en tí, que no puedes tenerte en pie? Arrójate en Él, no temas, que Él no se retirará para que caigas; arrójate seguro, que Él te recibirá y sanará"» 29.

Ha dado con el secreto que le llevará a la victoria.

La gracia actúa y Agustín se da cuenta de que ha equivocado el camino. Hasta ahora ha puesto en juego toda su inteligencia y voluntad, cual si en su mano estuviera alcanzar la meta. Ahora se da cuenta de que cuanto aquellos pudieron no lo lograron por sí mismos sino en el Señor, y que a él no le queda otro recurso que apoyarse en Él.

Está Agustín en lo más álgido de la lucha; y los vaivenes de aliento y desaliento, de ánimo y desánimo, de esperanza y desesperanza se van sucediendo, pero siempre los negativos con menos fuerza e intensidad, mas siempre hiriendo su orgullo: «Y me llenaba de muchísima vergüenza, porque aún oía el murmullo de aquellas bagatelas y, vacilante, permanecía suspenso» 30.

Frente a la débil indecisión y tímido desaliento que acusan las anteriores palabras, vuelve a entrar en escena la continencia, que pugna por imponerse y le susurra: «Hazte sordo "contra aquellos tus miembros inmundos sobre la tierra, a fin de que sean mortificados" (Colos., 3, 5). "Ellos te hablan de deleites, pero no conforme a la ley del Señor, tu Dios" (Salm., 118, 85). Tal era la contienda que había en mi corazón, de mí mismo contra mí mismo.

Mas Alipio, fijo a mi lado, aguardaba en silencio el desenlace de mi inusitada emoción» 31.

Unas últimas palabras, según vemos, en las que recuerda a Alipio. Es el único testigo directo -Mónica, inquieta, asomaría más de una vez a las ventanas-, y le recuerda silencioso y expectante, tal vez sin comprender del todo los extraños cambios, movimientos y emociones del amigo. Por otra parte, vive el mismo problema religioso que Agustín, pero menos agudo.

Mas todo tiene su fin y la conversión de Agustín va a ser inminente. Descubrimiento de su miseria, llanto, increpar al Señor para que deponga su ira y le ayude, increparse a sí mismo para no seguir difiriendo el sí, contrición... van componiendo ese emocionante final que sólo a través de las Confesiones puede ser vivido.

Leemos «Mas apenas una alta consideración sacó del profundo de su secreto y amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, estalló en mi alma una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus truenos correspondientes, me levanté de junto a Alipio -pues me pareció que para llorar era más a propósito la soledad-, y me retiré lo más remotamente que pude, para que su presencia no me fuese estorbo. Tal era el estado en que me hallaba, del cual se dio cuenta, pues no sé qué fue lo que dije al levantarme que ya el tono de mi voz parecía cargado de lágrimas» Parece Agustín recrearse, después del tiempo pasado, reviviendo los momentos finales de ese largo peregrinar de tantos años. Sigue describiendo la escena y vuelve a mencionar a Alipio, pendiente de él y del todo confuso «Quedóse él, en el lugar en que estábamos sentados, sumamente estupefacto; mas yo, tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable»

Lágrimas y llanto. El desahogo de un corazón sensible y angustiado ante una situación que le supera y ante un drama íntimo de su alma del que grita por salir y cuyo desenlace todavía no puede

prever. No obstante, ya se reafirma en que sólo en el Señor está la salida y a él se dirige: «Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como éstas "Y Tú, Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo has de estar irritado? No quieras más acordarte de nuestras iniquidades antiguas" (Salm., 6, 4 y 78, 5). Sentíame aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana!? ¿Por qué no hoy?»

¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?» 34.

Podemos imaginar algo, pero imposible entrar en ese Agustín desgarrado e impaciente que le grita al Señor «¿Hasta cuándo?». Pero llegó el momento elegido por el Señor y ese grito va tener respuesta. Y una respuesta de donde al fin tenía que venir. Todo el peregrinar de Agustín en busca de la verdad ha venido jalonado por la Providencia, en forma de gracia y misericordia. Y esa gracia y misericordia van a ser decisivas en este punto: "Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón» 35. Ya no encuentra otra cosa que presentar, sino su corazón contrito, y el Señor no desdeña un corazón contrito y humillado, y aquí está su respuesta: «Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces "Toma y lee, toma y lee"» 36.

Le sorprende la canción con ese insistente «toma y lee» en boca de niños, porque no recuerda haberlo oído antes, ni reconoce juego alguno de niños con semejante tonadilla: «De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante» 37.

Y así, intrigado, rompe, sin casi advertirlo, con el estado de agitación que le envolvía y la confusión de pensamientos que en su mente se agolpaban. Y, de pronto, una idea clarificadora se abre paso en él y le estremece el «toma y lee» es mucho más que un posible juego de niños, y acierta a ver en la cantilena un imperativo de lo alto: «Y así -dirá-, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté,

interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo que hallase» 38.

Lo que Agustín juzga orden del Señor le fuerza, sin la más mínima duda, a obedecer y más al recordar haber oído que San Antonio se había convertido por una lectura del Evangelio, oída casualmente. Agustín, sin dilación, se lo aplica a sí mismo y -sorpresa inesperada y regalo divino- se abre a la luz que tanto se había hecho esperar «Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, pues; lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos y decía "No en comilonas y embriagueces, no en lechos y liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestios de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos" (Rom., 13, 13)» 39.

Suficiente, dirá Agustín. Un texto, que tantas y tantas veces habrá sido leído con indiferencia y superficialidad le derribó, como cayó Pablo camino de Damasco, y echó por tierra tantos ídolos que un tiempo había erigido y que, en desigual lucha, tuvo que derribar. Por eso sigue: «No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas».

Después de tales angustias, al fin llegó la luz, no más tinieblas. Le hemos seguido recorriendo un largo itinerario, tanto de la mente como del corazón, y nos hemos detenido un poco más en el fatigoso tramo de la carrera final. Y triunfó la gracia, porque sólo la gracia pudo escoger el texto y el momento de la definitiva conversión.

Esa misma gracia actuó en Alipio, que también se vio libre de sus dudas y recibió la luz. Alipio, en efecto, que había estado al lado de Agustín en su lento caminar, no había tenido el problema de la castidad, que tanto retuvo a Agustín. El problema para él habría sido casi meramente doctrinal y éste le habían ido superando juntos. El salto para Alipio se presentaba más fácil, pero tenía que darle, y así lo narra Agustín: «Entonces, puesto el dedo o no sé qué cosa de registro,

y con rostro ya tranquilo, se lo indiqué a Alipio, quien a su vez me indicó lo que pasaba por él, y que yo ignoraba. Pidió ver lo que había leído; se lo mostré, y puso atención en lo que seguía a aquello que yo había leído y yo no conocía.

Seguía así: "Recibid al débil en la fe", lo cual se adjudicó a sí mismo y me lo comunicó. Y fortificado con tal admonición y sin ninguna turbulenta vacilación, se abrazó con aquella determinación y santo propósito, tan conforme con sus costumbres, en las que ya de antiguo distaba ventajosamente tanto de mí» 41. Así de sencilla nos manifiesta la conversión de Alipio y admirable la humildad de Agustín que siempre ve en el amigo una sencillez de carácter y moderación en el obrar en que le superaba.

Mónica está dentro de la casa, y sería imposible para ellos disfrutar del momento sin hacerle partícipe inmediatamente de lo acontecido. Entran presurosos a darle cuenta de todo -no sabemos con qué palabras y gestos-, de que definitivamente se ha abierto el camino, de que sus dudas, inquietudes y temores han pasado, de que ya, sin género de duda, se sienten liberados y dispuestos a darse del todo al Señor.

Para nosotros, imposible ponernos en la situación de Santa Mónica e imaginar la alegría y emoción de aquel momento. Mujer, según hemos visto, de certidumbres seguras, apoyadas en lo divino, estaba convencida de que aquello, por lo que tanto había gemido, suplicado y llorado, había de llegar, pero ignoraba el cuándo, y el retraso la angustiaba. Es más, prácticamente ya tenía la alegría de saberle convencido del catolicismo, pero permanecía la inquietud de no verle satisfecho ni encajado, antes al contrario, dominado por la incertidumbre ante el definitivo camino a seguir.

Dios ha premiado a la madre con estar a su lado en este decisivo y triunfante momento. Podía haber estado en la Iglesia o en cualquier otro lugar y se hubiera visto privada de gozar de ese rostro tan resplandeciente del hijo que ha recibido el gran baño de la luz. Verles a los dos radiantes, atrepellándose por comunicarle que se acabaron

las indecisiones y obscuridades, que ya no hay tinieblas y que el futuro rebosa de claridad, tuvo que ser para ella un momento de disfrute indecible. No extraña que, según inmediatamente veremos, pierda Mónica un tanto su compostura. Es el triunfo definitivo, es el descanso de su largo y sufrido caminar tras el hijo, es el premio a tantas horas de oración y es poder guardar para siempre el pañuelo que tantas lágrimas ha secado.

Es sobrio Agustín en la descripción de este gozoso momento, pero merece leerse «Después entramos a ver a la madre; se lo indicamos y se llenó de gozo; le contamos el modo como había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a Ti, que "eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos" (Efes., 3, 20), porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con gemidos lastimeros y llorosos».

«Porque de tal modo me convertiste a Ti que ya no apetecía esposa, ni abrigaba esperanza alguna de este mundo, estando ya en aquella regla de fe "sobre la que hacía tantos años me habías mostrado a ella". Y así, "convertido su llanto en gozo" (Sal., 29, 12), mucho más fecundo de lo que ella había apetecido y mucho más querido y casto que el que podía esperar de los nietos que le diera mi carne» 42. Idea esta última que recoge San Posidio, autor de la primera vida que sobre San Agustín se escribió: «Contaba a la sazón más de treinta años, y le acompañaba sola su madre, gozosa de seguirle y encantada de sus propósitos religiosos, más que de los nietos según la carne» 43.

Los dos, Agustín y Posidio, destacan el gozo de Mónica.

Y no era para menos: le pedía simplemente católico, y desde el momento de su conversión se le manifiesta con unos propósitos que van mucho más allá. Por lo mismo, no puede extrañar que saltara de alegría, cantase victoria y se volviese loca de contento. Una mirada al pasado lo explica todo. Un pasado que nos habla de su heroísmo para llegar a esta meta. Que nos hace recordar su fortaleza, tenacidad y constancia. Que nos pone ante el poder de la oración y ante una tal fe

religiosa que siempre la sostuvo. Un pasado que nos habla de una Mónica de tan profundas intuiciones religiosas que estaba segura de que algún día la gracia y misericordia triunfarían sobre el inquieto y desordenado corazón de su hijo. ¡Qué modelo para tantas madres ante el desánimo, desilusión o cansancio en la lucha con sus hijos!

No podemos cerrar el tema sin unas reflexiones que se desprenden de lo narrado. Porque la conversión de San Agustín es una invitación a reflexionar sobre los planes de Dios en torno a las personas y los acontecimientos.

Y aunque todos podemos vernos envueltos en esta reflexión y ser objeto de la misma, aquí tenemos como figuras centrales a Santa Mónica y San Agustín.

Si nos detenemos en la santa, ya su matrimonio, desde una óptica meramente humana, no sólo no era aconsejable, sino que estaba ciertamente abocado a un desastre. Y de él nace Agustín.

Tanto Patricio como Mónica, convencidos pronto de las excelentes dotes intelectuales de su hijo, buscan a toda costa y con grandes sacrificios darle unos estudios en los que asiente un brillante provenir, y lo consiguen, porque Agustín triunfó. Y esa carrera, que quedará arrinconada cuando se convierte a la fe, ya que el brillante porvenir material no le interesa, ha servido, no obstante

-planes de Dios en los que nadie había pensado-, para poder enfrentarse a los maniqueos y superar otros errores que encontró en su camino, y, sobre todo, ha servido para darnos el paladín de la fe en las iglesias de África y pasar a la posteridad como el Águila de Hipona, gran doctor de la Iglesia.

La misma Mónica, en su trabajoso buscar la conversión del hijo, más de una vez pudo hacerlo por modos no acertados. Y así, entre otros casos, la vimos llorando, desconsolada, en las playas de Cartago, al no haber podido impedir la marcha de su hijo a Roma. No vio o imaginó que en ese viaje estaba su salvación. Y el mismo Agustín, al emprender el viaje, solamente era guiado por miras terrenas: buscar un

campo mejor para triunfar en lo suyo. Los planes del Señor eran otros: llevarle a la meta, poniendo en su camino tantas mediaciones, entre ellas y muy tangible la de Ambrosio, que le abrirían al encuentro de la verdad. Es la gracia, admirable en su actuación, que va empedrando todo el itinerario de Agustín.

Gracia que actuó siempre en Mónica. Y Mónica, una madre tal que fuerza a pensar y admitir que sin ella no tendríamos al Agustín del que nos gloriamos. Dios pudo lograrlo sin ella, pero no quiso hacerlo. Vemos con total claridad que quiso valerse de ella, y esto engrandece su figura y le da una talla que pocas mujeres han podido alcanzar.

XVII. EN COMUNIÓN

DE SENTIMIENTOS Y ORACIÓN

«¡Qué voces te di, Dios mío, cuando todavía novicio en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansado en la quinta los salmos de David -cánticos de fe, sonidos de piedad, que excluyen todo espíritu hinchado-, en compañía de Alipio, también catecúmeno, y de mi madre, que se nos había juntado con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre y piedad cristiana».

(Conf, IX, 4, 8).

Pocos días después de la conversión -la escena del huerto podemos ponerla con bastante probabilidad entre el 5 y el 10 de agosto del año 386-, se retiran a una finca cercana a Milán, Casiciaco, que un amigo, Verecundo, había puesto a su disposición. Le acompañan en un primer momento su hijo, Adeodato, Alipio y su madre.

Pensamos que esta primera época, después de la conversión, tuvo que ser para los dos, madre e hijo, algo extraordinario, como llena de intercambios, enseñanzas, recuerdos y emociones. Vivir compenetrados el mismo ideal, tanto tiempo anhelado, en comunión de sentimientos y oración, por fuerza se ha de pensar como algo inenarrable, pero lleno para ambos. Sentimos que el silencio del santo

nos haya privado en esto de detalles que hubieran completado y enriquecido el cuadro de su madre.

Agustín, ya convertido, tiene claro el nuevo rumbo que va a imprimir a su vida: renunciar a la cátedra y vivir con sus amigos en común, sueño ya acariciado desde mucho antes. Le había frenado, aparte de otras cosas, el problema económico: tenía que atender a los suyos y, todavía apegado a riquezas y honores, había de mantener una posición social digna: «Me veía atado por la urgencia de atender con mi trabajo a los míos y por otras muchas necesidades... y el temor de arrastrar a mis parientes a una miseria bochornosa»¹. Y ese mismo problema le inquieta este verano de la conversión cuando, sintiéndose enfermo, cree que, al menos temporalmente, tendrá que dejar la enseñanza. Pero ahora, dejadas atrás muchas vanidades y con menos necesidades ya, se alegra de que la enfermedad le proporcione una «excusa no falsa» para retirarse, y más habiéndole solucionado su amigo Romaniano el problema económico, según escribe en noviembre de ese mismo año 386². Su madre, que mejor que nadie estaría al tanto de la frágil salud del hijo y acostumbrada a vivir sobriamente, le animaría en estos nuevos propósitos.

Ya en el retiro de Casiciaco recuerda Agustín el consuelo que en esa primera época de convertido le proporcionaban los salmos de David, que recitaba en compañía de Alipio y su madre. Creería Mónica vivir un ensueño y le acompañaría con un fervor y alegría indescriptibles.

Sabemos que Agustín entró pronto en la oración y le dedicaba gran tiempo. ¡Qué hermosa escuela encontró para ello en y al lado de su madre!

Leemos a propósito de esto: «¡Qué voces te di, Dios mío, cuando todavía novicio en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansado en la quinta los salmos de David -cánticos de fe, sonidos de piedad, que excluyen todo espíritu hinchado-, en compañía de Alipio, también catecúmeno, y de mi madre, que se nos había juntado

con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre y piedad cristiana» 3.

El texto habla solamente de los tres: Agustín, Alipio, «el hermano de mi corazón» 4, y su madre, y destaca el emocionante rezo de los salmos, juntos los tres. Agustín fue un «enamorado de los salmos». Ya obispo, los recitaba con su pueblo y los comentó todos para su enseñanza.

Ahora nos parece un poco pronto para sentir su grandeza y vibrar con su lectura de no haber tenido a su lado a Santa Mónica. Ella les habría rezado con San Ambrosio, que introdujo su rezo en Milán, y habría gustado las explicaciones del santo obispo. Sin duda, habría recibido una fuerte impronta que ahora transmitiría a los suyos.

Incluso cabe pensar que Agustín, a quien tanto agradaba escuchar a San Ambrosio, habría asistido más de una vez al rezo de los salmos.

Volviendo al último texto citado, hermosa la imagen de su madre que en él refleja. ¡Y qué bello retoque, cargado de colorido, para el precioso retrato que de ella viene pintando! Son palabras que, indudablemente, rezuman ternura y cariño y, a su vez, iluminan esos primeros pasos que siguieron a la conversión. Si fue providencial y premio a su tesón y sacrificio para Mónica el poder acompañar a su hijo en el momento de la conversión, lo es también ahora por el beneficioso y enriquecedor influjo que su compañía puede ejercer en esos incipientes cristianos.

El texto, al que venimos refiriéndonos, da la impresión de que Agustín quiere recalcar que tanto él como Alipio son novicios en lo religioso, pero que no están solos, ya que tienen a su lado a la madre, como apoyo por su fe, ancianidad y amor. Y esta contraposición lleva, sin duda, a pensar que fue un firme apoyo de los dos, y pronto de otros más, en esa inicial andadura por los caminos de la fe. Andadura que suponemos, y con razón, cargada de dudas, inquietudes e inseguridad, y a la que pondría luz la madurez, el saber cristiano y la piedad de la madre.

Es ahora cuando el nuevo Agustín, el convertido, llegará a valorar en plenitud la altura espiritual de su madre y el tesoro enriquecedor que su profunda vida cristiana puede verter sobre ellos. De hecho, a unos tres meses de la conversión, nos deja Agustín un precioso testimonio de la confianza en la oración de su madre, que ya antes alguna vez había manifestado. Está terminando un libro, en diálogo con los jóvenes que le acompañaban y le cierra con una exhortación a la vida virtuosa y honesta. Esto -dice- hay que conseguirlo del Señor y, por tanto, pedirlo. Y aquí es cuando se dirige a la madre, que tanto ha alcanzado para él, para que ella lo pida para todos, seguro de que lo conseguirá: «Para que se cumplan nuestras aspiraciones, a ti sobre todo, ¡oh madre!, te encomendamos este negocio, pues creo y afirmo sin vacilación que por tus ruegos me ha dado Dios el deseo de consagrarme a la investigación de la verdad... Y mantengo la confianza de que esta gracia tan grande, cuyo deseo arde en nosotros por tus méritos, la hemos de conseguir igualmente por tus ruegos» 5. Magnífico testimonio acerca de la confianza que tenía en las oraciones de su madre.

En Casiciaco, Agustín atiende en primer lugar a las faenas de la finca, al parecer una importante finca rural.

Se la han dejado, pero ha de preocuparse de su marcha.

Esto le obliga a que su primera tarea de la mañana sea la distribución del trabajo y supervisión de las faenas agrícolas. El resto del tiempo lee y medita para formarse en el cristianismo, enseña a los jóvenes que le acompañan, también novicios en la fe -Agustín nunca estará solo cuando una idea le apasiona-, y comienza a escribir, en diálogo con todo el grupo.

A Mónica le toca el gobierno de la casa, tarea no insignificante. Dada la organización de la época, los trabajos son llevados por siervos, cuya manutención y otros menesteres le incumbían a ella. Además, ya más de cerca, tiene que atender al grupo de unos ocho o diez congregados en torno a Agustín. Y no dudamos que lo haría con ilusión, mimo y cariño, al considerarse un poco madre de todos.

Bonito, sobre esto, el testimonio que encontramos en las Confesiones: «De tal manera cuidó de todos nosotros, los que antes de morir ella vivíamos juntos, recibida ya la gracia del bautismo, como si fuera madre de todos; y de tal manera nos sirvió como si fuera hija de todos» 6. No es posible decir más en menos palabras.

Con sencillez, ahí tenemos la tarea de Mónica, tarea de madre. Y aunque por el momento en que Agustín escribió esto, a raíz de la muerte de su madre, hable de los que vivían juntos después del bautismo, éstos son los mismos que estaban en Casiciaco.

En uno de sus primeros libros nos ofrece Agustín, acerca de su madre, en su faceta de ama de casa, una estampa muy humana y del todo casera. Cuenta el santo que han estado dialogando al aire libre, mientras su madre se preocupa de la comida. Al llegar la hora de ir a la mesa se acentúa la discusión y se dirigen a la casa en animada charla. Les espera Mónica y, al ver que se retrasan, tal vez un tanto impaciente, les empuja de tal modo que les obliga a cortar la discusión. Es su papel de ama de casa y su confianza de madre lo que le permite tomarse esa libertad de empujarles. Dice San Agustín «Y como pretendiesen seguir hablando, "nuestra madre", pues estábamos ya en casa, de tal manera comenzó a empujarnos hacia la mesa, que no hubo lugar para hablar más» 7.

Con esa sencillez nos presenta Agustín a su madre en su quehacer doméstico. Y nótese que hemos entrecomillado la expresión nuestra madre. Es que nosotros, los agustinos, al referirnos a ella, lo hacemos con la expresión «nuestra madre»; y agrada que la expresión venga de San Agustín, «nuestro padre», y referida a ese grupo, pequeña comunidad, que en torno a él se ha formado.

Es bonito imaginarla en su papel de madre, consejera, mentora del grupo y más de los jovencitos que seguían a su hijo, le admiraban e intentaban aprender de él. Por fuerza tenía que sentirse un tanto responsable, así en lo profano como en lo religioso.

Y en esa misma faceta la suponemos atenta a las pequeñas cosas de aquellos jóvenes, a quienes ella intentaría moderar. Y en efecto,

pone Agustín una anécdota que nos muestra, por una parte, la delicadeza de la santa, y por otra, que estaba atenta a todo y corregía lo que nola parecía conforme con su manera de pensar. Va narrando Agustín en uno de sus diálogos su desarrollo, y dice «Mientras tanto, poco a poco fue amaneciendo; se levantaron ellos, y yo, llorando con muchas lágrimas, elevé mis plegarias a Dios; y he aquí que oigo a Licencio, muy parlero y festivo, canturrear el verso del salmo: "Oh Dios todopoderoso: conviértenos, muéstranos tu rostro y seremos salvos". Lo mismo había hecho la noche anterior cuando, después de la cena, salió fuera ad requisita naturae (al servicio), cantando a voz en cuello, cosa que no agradó a nuestra madre, porque tales lugares no eran para repetir tales cánticos».

Ahí tenemos el hecho. Agustín le había oído cantar, lo mismo que su madre, y no le había dado importancia.

A la delicadeza de Mónica le parece un salmo impropio de tal lugar y, con la autoridad de que goza en el grupo, no duda en corregirlo: «Le reprendió la religiosísima mujer, porque el lugar era impropio para tal cántico.

Y él, bromeando, respondió: "¡Pues qué!, si un enemigo me recluye en aquel lugar, ¿no escucharía Dios mi voz?"» 8. A pesar de la respuesta, un tanto ligera y festiva, se ve que Mónica gozaba entre ellos de una cierta autoridad, pues, intranquilo por la corrección, fue a consultar con Agustín si había obrado bien o no.

Aunque vamos sometiéndonos a los textos de las Confesiones, sin apenas concesiones a la imaginación, como era nuestro propósito, no parece salirse fuera de la realidad imaginar a Mónica, en esos meses de Casiciaco, en la época más feliz de su vida, pues sus aspiraciones están «más que colmadas», como nos dirá pronto.

Una verdadera «luna de miel» para su espíritu, frente a tanta amargura que hasta ahora ha saboreado. Le parecerá un sueño, pero es una auténtica realidad, pues ha alcanzado lo que tanto buscó y con tanta tenacidad y esfuerzo persiguió. Sabe que se lo debe al Señor y,

sin duda, creará excesiva e innecesaria la dicha que ahora disfruta al gozar con su hijo, totalmente transformado.

Pasan en Casiciaco el otoño del año 386 y hasta primeros de marzo del 387. Comienza la cuaresma y han de inscribirse en Milán para el bautismo, que se recibía en la Pascua; deben prepararse a él en la catequesis de Ambrosio. Recibe el bautismo el 24 de abril, y con él, su hijo Adeodato, y Alipio.

Prácticamente pasa Agustín casi en silencio el acontecimiento tan esperado y deseado, y se limita a dar el hecho sin comentario alguno. Incluso nos deja ayunos en cuanto a su madre, pues nos hubiera gustado saber por boca del hijo cómo vivió el reencuentro con Ambrosio y el bautismo. Es muy posible que las lágrimas de alegría de Mónica se mezclaran con las aguas de la piscina bautismal.

Con motivo del bautismo recuerda Agustín un episodio acaecido en Milán, aproximadamente un año antes, todavía no convertido. Le recuerda por el protagonismo con que lo vivió su madre y por la admiración que en él y en Alipio causó su gesto.

Justina, madre del emperador Valentiniano, niño aún, y, por tanto, detentando ella el poder, inducida a la herejía por los arríanos, persiguió por esta causa al obispo Ambrosio.

Quería quitarle su iglesia y dársela a los arríanos.

No se prestó el obispo a los deseos de la emperatriz y corrió el riesgo que suponía enfrentarse a ella. El pueblo hizo causa común con su obispo y se encerró en la iglesia con él, asumiendo, consciente, el peligro que ello suponía.

Así lo cuenta Agustín: «Velaba la piadosa plebe en la iglesia, dispuesta a morir con su obispo, tu siervo. Allí se hallaba la madre, tu sierva, la primera en solicitud y en las vigilias, que no vivía sino para la oración. Nosotros, todavía fríos, sin el calor de tu Espíritu, nos sentíamos conmovidos, sin embargo, por la ciudad, atónita y turbada».

Un suceso que impresionó a la ciudad, pendiente de lo peor. Y Mónica toma parte en defensa de su obispo y de su iglesia, asumiendo un riesgo real y peligroso. La frase de Agustín: «Velaba la plebe, y ahí está la madre, dispuesta a morir con su obispo», no es simplemente una expresión de halago o exagerada. Todos temieron que la orgullosa Justina ordenara una represalia cruel. Le asustó la reacción del pueblo, así como el ambiente hostil de la ciudad y el gran prestigio y autoridad de San Ambrosio, y se limitó a quedarse con otra iglesia que había extra muros.

Para nosotros ahí queda el gesto de Mónica, fiel y leal a su Iglesia, consecuente con su fe y dispuesta a todo. No sorprende, conociéndola, esa fortaleza. Una fortaleza, la de su madre, que Agustín y Alipio admiraron y sin fuerza para seguirla: era una fortaleza que no se apoyaba en nada humano. El mismo Agustín nos da su secreto al dejar caer, como sin darle importancia, que su madre «no vivía sino para la oración», y que tenía lo que a ellos les faltaba: «el calor del Espíritu».

9 IX, 7, 15.

XVIII. MÓNICA Y LA SABIDURÍA

«Te excluiría, pues, a Ti de estas charlas si no amases la sabiduría; te admitiría en ellas, aun cuando sólo tibiamente la amases; mucho más al ver que la amas tanto como yo. Ahora bien, como la amas mucho más que a mí mismo, y yo sé cuánto me amas... por esta causa yo mismo tengo motivo para ser discípulo de tu escuela».

(De Ordine, I, 11, 32).

Volvemos al retiro de Casiciaco, donde vamos a admirar a Mónica en una nueva faceta: su intervención en las discusiones ético-religiosas que Agustín mantenía con el grupo. Intentaremos únicamente espigar y resumir algo entre lo mucho que hay, más que nada para conocerla en este singular aspecto.

Hemos indicado que San Agustín escribe en Casiciaco sus primeras obras, en diálogo con sus amigos y sirviéndose de un amanuense que recoge la conversación.

Y destaca el santo, como digno de notarse, la intervención de su madre en estos diálogos. Al parecer, como ama de casa que tiene otros quehaceres, al no poder asistir con asiduidad, entra y sale con frecuencia al lugar donde se encuentran reunidos. Se interesa por lo que están tratando y, a veces, toma parte en las discusiones, con gran admiración de Agustín por su ponderado criterio y atinadas intervenciones.

Lorenzo Riber, en su introducción a la traducción de las Confesiones, describe hermosamente a Mónica en esta nueva faceta: «Solícita de los mil cuidados menudos que trae consigo el gobierno de una gran casa rural y de una agrupación de filósofos, por frugales que sean, entraba y salía en las disputas suave como una sombra, las manos de lana, de fieltro los pies, para no turbar el diálogo sabio».

Esta original faceta de Mónica, con su intervención activa en discusiones filosófico-religiosas, aparte de iluminar con un nuevo detalle su figura, resulta interesante porque en ese momento era inusitada la intervención de la mujer en tales discusiones, consideradas exclusivamente de hombres. El mismo Agustín hace una clara alusión a lo extraño de esta participación de su madre al decir «... olvidados enteramente de su sexo, creíamos hallarnos todos junto a un grande varón» '.

Incluso Santa Mónica participa de la opinión de que no es propio de mujeres intervenir en tales discusiones, y la extraña que un estenógrafo, del que se servían para recoger los diálogos, anote sus palabras con la idea de que figuren en un libro al lado de las de Agustín y de quienes le acompañan.

En efecto, en un libro que comenzó en Casiciaco, De Ordine, leemos: «Entre tanto llegó la madre allí y preguntó de qué estábamos tratando... Mandé al estenógrafo que hiciera constar la intervención

de la madre y su pregunta: "Pero, ¿qué hacéis? -dijo ella-. ¿Dónde habéis visto o leído que las mujeres tomen parte en estas discusiones?"

Está claro el pensamiento de Mónica, que responde a la mentalidad de la época. Pero vemos también cómo Agustín justifica el hecho de admitir a su madre en el diálogo, lo que posiblemente no hubiera hecho de tratarse de otra mujer. La admiración por su madre, admiración que si cabe ha ido creciendo después de la conversión, hace que admita satisfecho su intervención.

Recogemos la defensa que Agustín hace de su madre en cuanto a estas intervenciones porque nos adentra un poco más en el conocimiento de Mónica, que es nuestro propósito: «Me importan poco, le dije, los juicios de los soberbios e imperitos». Y se extiende señalando cómo toda clase de hombres, «hasta zapateros y otras profesiones menos estimadas», se han dedicado a la filosofía.

Sigue Agustín: «Y no faltará, créeme, clase de hombres a quienes seguramente agrada más que yo discuta contigo... porque las mujeres filosofaron entre los antiguos y tu filosofía me agrada muchísimo» 3. ¿Cariño de hijo? ¿Admiración por la intervención de la madre y la sensatez y acierto de sus respuestas? Es preciso tener presente que en el primer diálogo que escribe, el De la vida feliz, le dice: «Has alcanzado la cima de la sabiduría » 4.

Continuando con la misma idea, hace un elogio de la sabiduría, y sigue, dirigiéndose a su madre: «Te excluiría, pues, a ti de estas charlas si no amases la sabiduría; te admitiría en ellas, aun cuando sólo tibiamente la amases; mucho más al ver que la amas tanto como yo. Ahora bien, como la amas mucho más que a mí mismo, y yo sé cuánto me amas, y has progresado tanto en su amor que ya ni te conmueve ninguna desgracia, ni el terror de la muerte, lo cual es, por confesión de todos, la más alta ciudadela de la filosofía, por esta causa yo mismo tengo motivo para ser discípulo de tu escuela» 5.

Hermosas y enternecedoras estas palabras de Agustín refiriéndose a su madre. Por un lado, nos acercan más a la santidad de Mónica, que el hijo va descubriendo con más claridad ahora, convertido.

Habla de filosofía y sabiduría, pero tal vez por no servirse de la palabra santidad en presencia de los demás. Lo que ahí afirma acerca de su madre demuestra que ésta le había hecho muchas confidencias en cuanto a los sentimientos y vivencias de su vida interior. Esa indiferencia de la santa ante la desgracia y la misma muerte sólo podían tener una explicación: su santidad.

Igualmente, este modo de hablar de Agustín nos convence de que el cariño de siempre, más el vivir ahora una misma fe, les ha acercado totalmente, y nos habla de que han llegado a un grado de relación y penetración cada día más estrecho. «Yo sé cuánto me amas», le dice, y a lo largo de estas páginas lo hemos ido todos palpando. Pero ahora Agustín ha descubierto algo más que su madre, mucho más que a él, ama a la sabiduría, y aquí, no lo dudemos, sabiduría es decir Dios, las cosas de Dios y los caminos de Dios. Esto nos lleva a lo mucho que ha progresado Mónica en su vida espiritual. Y de ello da testimonio Agustín, el hijo, que participa de su intimidad y la va conociendo cada día más a fondo.

Cierra bellamente el episodio Mónica, con su sencillez acostumbrada, quizás un tanto turbada por las palabras del hijo: «Aquí, ella, acariciante y religiosa, dijo que yo nunca había mentado tanto»

El primer librito que salió de la pluma de Agustín fue un diálogo titulado De la vida feliz. Comenzado el 13 de noviembre, día en que él había nacido, al encuadrar el momento, nos da un precioso testimonio acerca de su madre: «El 13 de noviembre era el día de mi natalicio y, después de una frugal comida, que no era para cortar las alas de ningún ingenio, a cuantos... vivíamos juntos los reuní en la sala de baños, lugar secreto y adecuado para este tiempo».

«Estaban allí en, primer lugar, mi madre, a cuyos méritos debo todo lo que estoy viviendo» 7. Eran ya unos ocho o nueve. Y nótese la expresión, referida a su madre «... a cuyos méritos debo todo lo que estoy viviendo, que es mucho». Pues está viviendo la alegría de una conversión que le llena plenamente, la quietud de un corazón que

corrió incansable tras los más variados placeres, el entusiasmo de un propósito y unos horizontes alejados ya de las apetencias y vanidades materiales, y en una decisión, que le ilusiona, de entregarse por completo al Señor y a su servicio. Y está convencido, y le satisface reconocerlo, de que todo lo debe a su madre.

Van a dialogar sobre la felicidad y parten de que el hombre está compuesto de alma y cuerpo y de que ambos elementos necesitan alimento. En cuanto al cuerpo, lo ven todos claro; pero en cuanto al alma, pregunta Agustín «¿Qué me decís? ¿No tendrá sus alimentos? ¿La ciencia, será su manjar?» 8. Se adelanta Mónica y dice «Ciertamente, pues de ninguna otra cosa creo que se alimente el alma sino del conocimiento y ciencia de las cosas».

Ante esta afirmación, uno del grupo duda, y ella, al punto, sin entrar en profundidades, pero con una agudeza y un tanto de ironía que admiran, replica: «¿Pues no has indicado tú mismo hoy cómo y de dónde se nutre el alma? Porque al rato de estar comiendo dijiste que no has reparado en el vaso que usábamos por estar pensando y distraído en no sé qué cosas, y, sin embargo, no dabas paz a la mano y a la boca. ¿Dónde estaba entonces tu ánimo, que comía sin atender? Créeme que aún entonces el alma se apacienta de sus manjares propios, es decir, de sus imaginaciones y pensamientos, siempre afanosa de percibir algo» .

Choca, efectivamente, la sensatez con que Mónica interviene y la sencillez con que supo salir al paso de la duda planteada. Y tal vez choque, en general, ver a la madre implicada en estas cuestiones, quizá porque sólo la pensamos como una pueblerina sin cultura y sólo conocedora de las tareas domésticas. No pensamos que toda su conducta, desde joven, avala a una mujer inteligente

-no se explican de otra manera las dificultades que se vio obligada a sortear y sorteó con holgura-. Estuvo, además, en contacto casi ininterrumpido con su hijo, inteligente y culto, y no se ha de olvidar que la postura religiosa de él la obligaría, sin duda, a ejercitar

su ingenio, pensar, ahondar en cuestiones religiosas, intentando a veces convencerle o, al menos, dialogando con él sobre estos temas.

Tocan la cuestión de los bienes y nos encontramos con un hermoso diálogo entre madre e hijo. Han llegado a la conclusión -que resume Agustín- de que «quien tiene bienes de fortuna no puede ser feliz, porque puede perderlos». Y sigue Agustín «Y aquí observó mi madre: "Aun teniendo seguridad de no perder aquellos bienes, con todo, no puede saciarse con ellos. Luego tanto más miserable es cuanto siempre es indigente". Yo le respondí: "¿Y qué te parece de

De vita beata, 2, 8. uno que abunda y nada en esas cosas, pero ha puesto un límite y raya a sus deseos y vive contento con lo que posee? ¿Será dichoso?". "No lo será -respondió ella- por aquellas cosas, sino por la moderación del ánimo con que disfruta de las mismas". "Muy bien -dije yo-; ni mi interrogación admite otra respuesta, ni tú debiste contestar de otro modo"» 10.

Satisface al hijo la intervención de la madre y la aprueba, y a nosotros nos recrea ese instinto moral que parece desprenderse de ella sin esfuerzo y con acierto.

Nos encontramos a continuación con una de las intervenciones que más destaca Agustín y que más debió emocionarle. Siguen con el mismo tema de la felicidad, y hay unanimidad en que todos quieren ser felices.

Y entonces pregunta Agustín: «¿Os parece feliz el que no tiene todo lo que desea?». «No -dijeron todos-». «¿Y será feliz el que posee todo cuanto quiere?». Entonces la madre dijo: «Si desea bienes y los alcanzare, sí; pero si quisiera males, aunque los alcance, es un "desgraciado"

» ».

Cierra Agustín el diálogo entre los dos «Sonriendo y satisfecho, le dije "Madre, has conquistado el castillo mismo de la sabiduría", e indica, a propósito de la respuesta de la madre, que eso mismo había

dicho Cicerón en el Hortensio "Todos dicen que son felices los que viven como quieren.

¡Profundo error! Porque desear lo que no conviene es el colmo de la desventura. No lo es tanto no conseguir lo que deseas como conseguir lo que no te conviene. Porque mayores males acarrea la perversidad de la voluntad que bienes la fortuna"» 12.

Termina Agustín: «Estas palabras aprobó ella con tales exclamaciones que, olvidados enteramente de su sexo, creíamos hallarnos todos junto a un grande varón» '3.

La alabanza de Agustín ya habría satisfecho a su madre, pero colmó su alborozo el saber que había coincidido con Cicerón, al que tanto admiraba su hijo. Todo hace suponer que ella se expresó más largamente -«tales exclamaciones»- comentando su coincidencia con Cicerón.

Una vez más sentimos no nos trasmite Agustín lo dicho por ella y que tanto entusiasmó y llenó de admiración al grupo.

Reflexiona con brevedad Agustín: «Mientras yo pensaba, en cuanto me era posible, en qué divina fuente bebía ella aquellas verdades» 14. El barullo formado por la intervención de la madre no le permite a Agustín pensar con tranquilidad. No obstante se pregunta, admirado, aunque sabe la respuesta, por la «divina fuente» donde podía abreviar. No es difícil responder, pensamos, dada la profunda vida espiritual en que, a nuestro juicio, transcurre la vida de Mónica. Dios da a la pureza una luz muy clara acerca de sus verdades. Esa pureza del corazón que caracteriza a almas como la de Mónica es la santidad, que se patentiza en una luz segura para acercarse al misterio de Dios, presente en el corazón del hombre, y que se manifiesta en una sabiduría iluminadora.

Por eso hay aspectos doctrinales que se alcanzan, no tanto por el estudio, cuanto por esa Sabiduría, con mayúscula, fruto del Espíritu. Es la que Mónica poseía.

Sabiduría que encontramos en el pequeño Adeodato en ese mismo diálogo. Han llegado a que es feliz el que posee a Dios, y les falta averiguar quién posee a Dios. Opinan unos que el que vive bien; otros están de acuerdo en que el que cumple su voluntad en todo.

Y aquí interviene Adeodato y les deja admirados: «A Dios posee el que tiene el alma limpia del espíritu impuro» 15.

Aplaudió la madre a todos, pero principalmente al niño

-dice Agustín-, que la acompañaría en el aplauso.

Y era para hacerlo por la sencilla y profunda respuesta.

Es aquí la única vez en que Mónica aparece actuando como abuela. Más detalles en torno a su nieto se los reservó Agustín.

Y esa «divina fuente» en la que Mónica bebe su sabiduría vuelve pronto al pensamiento de Agustín, pero aquí no ya como interrogante, sino señalando al grupo cuál es esa divina fuente y la razón de serlo para su madre.

Se han enredado en distinguir si ser desgraciado equivale a ser necesitado. «Si fuera lo mismo, un hombre riquísimo en bienes de fortuna, lleno de cualidades personales y amigos, y que no deseara más de lo que tiene, no debería ser desgraciado». «Claro -opina alguno-, que si es sabio, se dará cuenta de que todo eso lo puede perder, al estar sometido a los vaivenes de la suerte, por lo que se puede concluir a la diferencia entre desgracia e indigencia». «El hombre del que se viene hablando sería desgraciado, pero no indigente. Luego -concluye Agustín-, no todo desgraciado es indigente».

Aprobaron todos la conclusión de Agustín, pero Mónica, un poco indecisa, dijo: «Con todo, no entiendo cómo puede separarse de la indigencia la miseria, o viceversa.

Porque aun ese que era rico y, como decís, no deseaba más, no obstante, por ser esclavo del temor de perderlo todo, estaba necesitado

de la sabiduría. Le llamaríamos, pues, indigente si le faltase plata o dinero; y careciendo de la sabiduría, ¿no le tendremos por tal?» .

Esta observación de la madre, que a nosotros -tal vez por no vivir el momento, ni la viveza e interés que para ellos tenía el diálogo- nos deja un tanto indiferentes, a ellos debió sorprenderles por lo inesperada y aguda. Se ve esto por lo que seguidamente se lee: «Todos prorrumpieron aquí en exclamaciones y admiraciones; yo también daba rienda a mi gozo y satisfacción, por recoger de los labios de mi madre una gran verdad que, espigada en los libros de los filósofos, la reservaba yo como una sorpresa para postre y agasajo final» 17.

La sorpresa la da Mónica, que le pisa el terreno a su hijo, que la traía preparada como oportuno broche, y que sorprende a todos. Se une Agustín, contento, a los aplausos, pero recalcando su emotiva adhesión al decir "Yo también daba rienda a mi gozo y satisfacción».

Incluso confiesa, admirado, que se haya adelantado a lo que él pensaba decir.

Mónica, iletrada, va al fondo de la cuestión y les sorprende.

Y da pie a Agustín para reflexionar de nuevo sobre de dónde venía a su madre el saber que, indudablemente, no había estudiado en los libros. Y aquí ya concreta, para enseñanza de todos, dónde encuentra ese saber: «¿Veis -les dije yo- la diferencia que hay entre esos sabios que se nutren de muchos y diversos conocimientos y un alma enteramente consagrada a Dios? Pues, ¿de dónde proceden estas respuestas que admiramos, sino de una divina fuente?» 18. Sabe muy bien Agustín que no es la lectura la que ha proporcionado a su madre tal sabiduría: la fuente está arriba.

Pone fin a la cuestión, con un hermoso broche, Licencio: «Ciertamente, nada pudo decirse ni más verdadero ni más divino. Porque la máxima y más deplorable indigencia es carecer de la sabiduría, y el que la posee, lo tiene todo».

El tema este de la vida feliz se va abriendo en una serie de ramificaciones y se multiplica en cantidad de interrogantes que alargan el diálogo. Es curioso observar cómo la sutil dialéctica de Agustín les hace afinar el ingenio para poder seguirle y no verse envueltos por él en contradicciones. No siempre lo logran y nos admira cómo Mónica sigue a su hijo, afina ante sus sutilezas y hasta le replica.

También es posible que no siempre pueda seguir el bombardeo y juego de ideas a que les somete el hijo y se distraiga. De hecho, y como anécdota, encontramos que Agustín, apoyado en concesiones que le han hecho, concluye a algo inesperado para todos. Conclusión -el tema es lo de menos- que no capta Mónica. Dice el santo «Aquí, ante la sorpresa de una consecuencia deducida de sus mismas concesiones, riéronse todos menos la madre, la cual, por estar desatenta, me rogó le explicara y desarrollara lo que se hallaba envuelto en la conclusión» 19.

Hace sonreír la anécdota, por lo demás del todo humana, de la madre «desatenta». ¿Distraída simplemente, o distraída por intentar seguir ese fluir de ideas del hijo? Lo confiesa con sencillez y pide se lo repitan. Con seguridad que esto, tratándose de un grupo de jóvenes, se daría con cierta frecuencia, y más de uno se vería obligado a rogar le repitiesen lo tratado. Agustín sólo lo cuenta cuando le sucedió a su madre, como detalle simpático y de cariñosa complacencia por haberla «pescado » distraída.

A punto ya de terminar el diálogo, interviene Mónica con una breve y subida lección religiosa, quizás convencida de que sus palabras harían bien a aquellos principiantes en la fe y, también es posible, sintiéndose obligada por su honda experiencia religiosa.

Interrumpe, pues, la madre al hijo, que, según él mismo cuenta, estaba haciendo una exhortación: «Aquí a la madre le vinieron a la memoria las palabras que tenía grabadas, y, como despertando a su fe, llena de gozo recitó los versos de nuestro sacerdote: "Escucha, divina Trinidad, nuestras plegarias". Y añadió: "Esta es, sin duda, la vida

feliz, porque es la vida perfecta, y a ella, según presumimos, podemos ser guiados pronto en alas de una fe firme, una gozosa esperanza y una ardiente caridad"» 20.

El sacerdote es Ambrosio y suyo el himno que brota espontáneo, y en un ambiente de fervor, de los labios de Mónica, que lo habría recitado muchas veces en la iglesia de Milán. Y magnífico e inspirado cierre del diálogo, y que nos hace patente, una vez más, la vida de fe en que se movía Mónica.

Podríamos abundar en otras intervenciones de la santa, ya que no se limitaron solamente a este libro. Si bien hemos creído conveniente no dejar de lado esta faceta de su vida, juzgamos, no obstante, que lo ofrecido es suficiente para completar su retrato con este nuevo y peculiar aspecto de, por así decirlo, «pensadora».

20 De vita beata, 4, 35.

XIX. MUERTE DE MÓNICA

«Así, pues, a los nueve días de su enfermedad, a los cincuenta y seis años de su edad y treinta y tres de la mía, fue libertada del cuerpo aquella alma religiosa y pía».

(Conf., IX, 11, 28).

Estamos de nuevo en Milán. Bautizados, deciden volver a África, y ya en el otoño del mismo año, que es cuando pensaban partir, los encontramos en el puerto de Roma, Ostia Tiberina. Tiene lugar aquí el último episodio clarificador de la vida de la santa, antes de su muerte. Lo conocemos por el «Éxtasis de Ostia», y en el que Agustín se detiene, recrea y describe minuciosamente.

Comienza Agustín la narración del hecho: «Estando ya inminente el día en que había de salir de esta vida

-que Tú, Señor, conocías, y nosotros ignorábamos-

sucedió -a lo que yo creo disponiéndolo Tú por tus modos ocultos- que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una

ventana, desde donde se contemplaba un huerto o jardín que había dentro de la casa, allí, en Ostia Tiberina, donde, apartados de las turbas, después de las fatigas de un largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación»¹.

Nos ha puesto el escenario. Están todavía, sobre todo Agustín, embriagados por las secuelas del bautismo y en una atmósfera de fervor religioso que les envuelve.

De ello, con una intensidad que no se nos alcanza, participa Mónica. Entran en conversación y, dejando a un lado lo terreno, que a ninguno de los dos interesa ya, se preguntan por lo de arriba: «Allí solos conversábamos dulcísimoamente... e inquiríamos... cuál sería la vida eterna de los santos»².

En este intento hablan del goce de los sentidos y del placer que pueden proporcionar y llegan «a la conclusión de que cualquier deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande... ante el gozo de aquella vida no solamente no es digno de comparación, pero ni aún de ser mentado»³. ¡Qué conversación tan sublime y gratificante, sobre todo para Santa Mónica, que parecía presentir el cercano final de su larga peregrinación! Pudo imaginar a su hijo católico, pero nunca casi a su mismo nivel espiritual.

Pasan revista a los seres corpóreos y siguen subiendo, por encima, «hasta nuestras almas». Sobrepesan también las almas «a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente », donde «es vida la Sabiduría, por quien todas las cosas existen». Y, mientras hablan de la Sabiduría, Dios mismo, se enciende en ellos el deseo de aquello que entrevén, y dirá Agustín: «Llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca»⁴, a la conversación.

Se acaban las palabras y se queda corta la imaginación ante ese «llegamos a tocarla». Está hablando de la Sabiduría, Dios. ¿Hasta dónde subieron y que experiencia común tuvieron? ¿Qué premio recibieron? No es Agustín más explícito, si bien, un poco más

adelante habla de «ese momento de intuición», como si les hubiese acercado a gustar algo de lo que significará el «entra en el gozo de tu Señor» (Mat. 21, 25).

Si bien ignoramos a dónde llegaron, sí aparece cierto que subieron tanto que las cosas de este mundo les parecieron viles y sin interés. De ahí la admirable reacción de Mónica, después de haber gustado algo las dulzuras de lo alto. Como siempre, va a darnos Agustín con fidelidad este momento, que sin duda le quedó muy grabado «Tú sabes, Señor, que aquel día, mientras hablábamos de estas cosas -y a medida que hablábamos nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites-, me dijo ella: "Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé ya qué hago en ella, ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?"» 5.

Sobran palabras ante esta admirable confianza de la santa que manifiesta su espíritu, ante ese desprendimiento

-«muerta a toda esperanza del siglo»-, que nos abre a su santidad. Lloró tantos años al hijo, suspiró y oró tanto por verle a su lado, y ahora que podía desear gozar de su compañía, en completa armonía de corazón y de fe, esto, muy humano, ya no le interesa. Ha recibido, confiesa, más de lo que pedía y podía anhelar, ve con claridad que su hijo ya no la necesita en el nuevo camino emprendido y nada la atrae en la vida. Esto suponiendo que no hubiera pasado por su pensamiento si ella pudiera ser un estorbo e impedimento en los planes del hijo, que sin duda conocía, de vivir en comunidad con los amigos.

Termina Agustín: «No recuerdo qué respondí a esto» 6.

Parecería normal que le hubiera insistido en que todavía podía hacer mucho bien a su lado y que aún la necesitaba.

Tal vez, demasiado impresionado por la sincera confesión de la madre, apenas si supo reaccionar y quedase en unas palabras de ánimo y aliento. No recuerda.

Acaba de decir Agustín que no recuerda lo que respondió a su madre, y, enlazando con esto, continúa «Pero sí que apenas pasados cinco días, o no muchos más, cayó en cama con fiebres» 7. Tuvo un día un desmayo; se asustaron todos y acudieron a su lado. Vuelve en sí, les ve tristes y les dice, segura de su fin: «Enterráis aquí a vuestra madre» 8. Así de breve, sin explicaciones ni concesiones al sentimentalismo. Les sorprende este deseo o mandato. Agustín, angustiado y luchando por no llorar, calla, pero Navigio, su hermano, interviene «con no sé qué palabras, con las que parecía desearle como cosa más feliz morir en la patria y no en tierras lejanas» 9.

Ignoraba Navigio la confesión de total desprendimiento que su madre había hecho al salir del éxtasis pocos días antes. Su intervención no le gusta a Mónica.

Está segura de lo que quiere y desligada de esas pequeñas cosas. Por eso se lo reprocha con la mirada -la primera vez que se nos habla de un gesto algo duro en ella- y se entristece. Cree, tal vez, que Agustín, al callar, la ha comprendido y se dirige a él, refiriéndose a Navigio «¡Mira lo que dice!», como no comprendiendo ella la manera de pensar de Navigio.

Insiste Mónica en su deseo, que prácticamente se convierte en mandato. Es su testamento y son sus últimas palabras: «Al oírlo ella -lo que había dicho Navigio-, reprendióle con la mirada, con rostro afligido por pensar tales cosas; y mirándome después a mí, dijo "¡Mira lo que dice!". Y luego, dirigiéndose a los dos, añadió "Enterrad este cuerpo en cualquier parte, nada os preocupe su cuidado; solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor dondequiera que os hallareis". Y habiéndome explicado esta determinación con las palabras que pudo, calló y, agravándose la enfermedad, entró en la agonía» 10.

No nos transmite Agustín qué razones pudo dar su madre para apoyar esta determinación, aunque sí indica que, si bien con dificultad, se explicó acerca de ello y quiso dejar clara su voluntad. Posiblemente pudo pensar que Agustín, ya por piedad filial e incluso por posibles miras humanas, haría todo lo posible por llevarla consigo.

Tenía además Agustín otra razón muy fuerte para llevarla a África, de no haberse ella manifestado con claridad sobre el destino final de su cuerpo: anteriores manifestaciones suyas.

Por lo que a continuación escribe el santo, anteriormente les había hablado su madre del sepulcro familiar que tenía en Tagaste y del esmero con que lo había cuidado, así como de su deseo de descansar junto a su marido, Patricio. Por eso sorprende a Agustín esta decisión y despego finales, aunque lo comprende en ella, al haber ido descubriendo su rica interioridad. Y así se goza de este último deseo que le revela más una madre espiritualmente ya del todo madura, y da gracias a Dios por ese don postrero con que la ha agraciado.

Expresa esto Agustín con el acierto que le caracteriza «Mas yo, ¡oh Dios invisible!, meditando en los dones que Tú infundes en el corazón de tus fieles y en los frutos admirables que de ellos nacen, me gozaba y te daba gracias recordando lo que sabía del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro, adquirido y preparado junto al cuerpo de su marido. Porque así como había vivido con él concordísimamente, así quería también

-cosa deseosa del alma humana menos deseosa de las cosas divinas- tener aquella dicha y que los hombres recordasen cómo después de su viaje transmarino, se le había concedido la gracia de que una misma tierra cubriese el polvo conjunto de ambos cónyuges»
n.

A pesar de la compenetración que, sobre todo a partir de la conversión, se había ido estrechando entre madre e hijo, y de que claramente le había hablado de la ilusión de reposar en su patria y de que se recordase de que, después de esa separación transmarina había

vuelto junto a su marido, no le había hablado ahora de su actual renuncia a aquellos planes. Puede ser también que no hubiera pensado antes en ello y que ese desprendimiento manifestado a raíz del éxtasis, aflorara ahora como decisión a la luz de la muerte y como gracia divina, suponiendo una última purificación para un alma que había pasado por tantas y que ya se encontraba cercana a Dios. Y si bien la decisión pudo ser del último momento, el pensamiento ya la rondaba antes, pues se había abierto en ese sentido a unos amigos, no estando presente Agustín, a los que también sorprendió esta manera de pensar y enfocar su final.

La lectura de las Confesiones nos aclara estos extremos.

Dice allí Agustín «Ignoraba yo también cuándo esta vanidad había empezado a dejar de estar en su corazón, por la plenitud de tu bondad; me alegraba, sin embargo, admirando que se me hubiese mostrado así, aunque ya en aquella nuestra conversación de la ventana me pareció no desear morir en su patria al decir: "¿Qué hago yo aquí?"».

«También oí después que, estando yo ausente, como cierto día conversase con unos amigos míos con maternal confianza sobre el desprecio de esta vida y el bien de la muerte, estando ya en Ostia, y maravillándose ellos de tal fortaleza en una mujer -porque Tú se la habías dado-, le preguntasen si no temería dejar su cuerpo tan lejos de su ciudad, respondió: "Nada hay lejos para Dios, ni hay que temer que ignore al fin del mundo el lugar donde estoy para resucitarme"» 12.

¡Cuánto ignoramos de la vida interior de Santa Mónica! Intuimos algo o bastante al seguir su trayectoria en pos de Agustín; sabemos también algo que directamente nos ha revelado él y también recogemos migajas por algo que él deja caer, sin detenerse en ello y sin pensar que haberlo completado hubiera enriquecido con unos detalles preciosos el r e t r a t o de su madre. Ahora mismo, en el anterior texto, nos la presenta conversando con unos amigos con toda «confianza sobre el desprecio de la vida y el bien de la muerte». ¿Cuáles serían sus reflexiones? ¡Nos gustaría tanto conocerlas! Y

seguro que los amigos se extenderían con Agustín en detalles de la conversación. Lo cierto es que les edifica, que quedan prendados de su fortaleza, que tuvo que chocarles ese enfoque sereno de la muerte como punto de partida de un bien mayor, y que admiran ese no cuidarse del cuerpo ni del lugar donde haya de reposar, porque para Dios no queda perdido.

Tenía, pues, Mónica, según se desprende de esta conversación con los amigos de su hijo, pensado y asimilado, y no fue producto de los últimos instantes, aunque sí posiblemente posterior al éxtasis, lo que había de hacerse con su cuerpo. Lo extraño es que no se lo hubiera comunicado a Agustín, tal vez por falta de ocasión propicia para ello o por no considerar tan inminente su fin, a no ser que pensara que ya lo debía suponer por otros indicios.

Y llega el final, sin más detalles sobre la enfermedad, y que Agustín resume con sorprendente brevedad «Así, pues, a los nueve días de su enfermedad, a los cincuenta y seis años de su edad y treinta y tres de la mía, fue libertada del cuerpo aquella alma religiosa y pía» 13. Antes, en el mismo libro, con la misma brevedad y sobriedad, había escrito: «Juntos estábamos (el grupo de Casiciaco) y juntos, pensando vivir en santa concordia, buscábamos el lugar más a propósito para servirte, y juntos regresábamos a África. Mas he aquí que estando en Ostia Tiberina murió mi madre» M.

¡Qué sencillez la de Agustín al darnos el final de su madre! Una muerte como tantas: enfermedad, angustia, dolor y fin. Nada extraordinario. Se empeñan a veces los biógrafos de los santos en dulcificar sus últimos momentos y despojarlos de lo que de humano y dolorosamente humano acompaña a la muerte. Nada de esto, y hubiera encontrado motivos para ello, hizo Agustín con su madre.

Lo que es la muerte: una enfermedad, aquí no demasiado larga, y, como en toda muerte, un alma a solas con su angustia y Dios, en quien confía y espera.

Es frecuente el intento de hacer pasar a los santos del modelo, Cristo, y de su grito dolorido: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has

abandonado? Grito que es posible tenga eco en la mayoría de los corazones en ese supremo instante. Grito que es más fácil sea, a la par que de queja, de confianza en las almas que, como Mónica, vivieron frente a la luz y orientadas a ella, y que puede ser de desesperanza, sin que podamos olvidar el gran misterio de la misericordia, en quienes al dar en vida la espalda a Dios, se encuentran con él en la muerte.

Tuvo un consuelo y grande Santa Mónica: morir rodeada de los suyos, sobre todo de Agustín, consuelo que es negado a muchos. A ella le fue negado hacerlo en su patria, pero ya hemos visto que esto lo había asimilado.

Admira esa serenidad final propia de un alma toda en Dios y de Dios y su olvido de todo lo que pudiera interesar a los que la querían, como podía ser llevar su cuerpo con ellos a Tagaste. Que manifiesten su amor en sus oraciones es su última voluntad.

Expresa luego Agustín, y es natural, la «tristeza inmensa» que le dominó y cuánto en un primer momento le costó reprimir las lágrimas y toda manifestación exagerada de dolor. No puede, en cambio, contenerse el niño Adeodato ante su abuela difunta y rompe a llorar a gritos. Al pobre le hicieron callar y «tomó Evodio un salterio y comenzó a cantar -respondiéndole toda la casa- el salmo "Misericordia y justicia te cantaré, Señor"

(Salmo 100)» 15.

Hacen, efectivamente, callar al niño, explica Agustín, «porque juzgábamos que no era conveniente celebrar aquel entierro con quejas lastimeras y gemidos, con los cuales se suele frecuentemente deplorar la miseria de los que mueren o su total extinción; y ella ni había muerto miserablemente ni había muerto del todo; de lo cual estábamos nosotros seguros por el testimonio de sus costumbres, por su fe no fingida y otros argumentos ciertos » 16.

La seguridad que muestra Agustín en la salvación de su madre no tiene por qué sorprender. Sabía, mejor que nadie, cómo había ganado

el cielo: fe, obras y «otros argumentos ciertos». Una vez más se reserva el ampliarnos datos.

Agustín, dolorido -y nos dirá luego hasta dónde llegó su dolor-, tendrá de momento que reprimirse. Es el mayor y tiene que hacer frente a las circunstancias.

Dice, en efecto, que, conocida la noticia, acudieron muchos y tuvo que atenderles y darles conversación, y así «mitigaba mi tormento, conocido de Ti, pero ignorado de ellos, quienes me oían atentamente y me creían sin sentimiento de dolor» 17.

Es posible que algunos le manifestaran su admiración por la serenidad que «aparentaba», mientras yo, dice «reprimía aquel torrente de tristeza, que cedía por algún tiempo, pero que nuevamente me arrastraba con su ímpetu, aunque no ya hasta derramar lágrimas ni mudar el semblante; sólo yo sabía lo oprimido que tenía el corazón» 18.

Y con su dolor a costas y sin haber podido derramar una lágrima, describe Agustín el momento último «Cuando llegó el momento de levantar el cadáver, lo acompañamos y volvimos sin soltar una lágrima. Ni aun en aquellas oraciones que te hicimos cuando se ofrecía por ella el sacrificio de nuestro rescate, puesto ya el cadáver junto al sepulcro antes de ser depositado, como suele hacerse allí, ni aun en esas oraciones, digo, lloré, sino que todo el día anduve interiormente muy triste, pidiéndote, como podía, con la mente turbada, que sanases mi dolor»

Todo ha terminado; bueno, no todo. Le queda a Agustín un inmenso dolor al que intentará acercarnos y en el que nos vamos a detener. Su descripción llevará a Agustín a ofrecernos reflexiones y aspectos de su madre que nos acercan a su mejor conocimiento.

En tres líneas, pero llenas, describe el santo su estado de ánimo, una vez enterrada su madre, y la unión entre ambos -dos almas que no se resigna a concebir separadas-, y que probablemente hasta ahora no se le había manifestado con tanta claridad. Suele ser bastante

corriente no apreciar muchas cosas en su justa medida hasta que se las ha perdido. Y así, dice: «¿Y qué era lo que interiormente tanto me dolía sino la herida reciente que me había causado el romperse repentinamente aquella costumbre dulcísima y carísima de vivir juntos?

» 20.

«Costumbre dulcísima y carísima»: la intensa fuerza expresiva de esas palabras lo dice todo. Por eso, el dolor por la «herida» de la separación. Un lenguaje parecido utilizó cuando tuvo que romper con la madre de Adeodato y cuando, en su juventud, perdió a un amigo entrañable.

Pero en aquellos casos Agustín se duele por las manifestaciones que hizo acerca de su dolor. Ahora no se duele. No podía encontrar nada reprochable en aceptar y manifestar su dolor por una madre, y «tal madre», que se ha ido para siempre.

El hecho es que el pensamiento de su madre no le dejaba en ningún momento, y esto le lleva a recordar aspectos y manifestaciones durante los últimos días que le llenaban de alegría: «Cierto es que me llenaba de satisfacción el testimonio que había dado de mí, cuando en esta su última enfermedad, como acariciándome por mis atenciones con ella, me llamaba piadoso y recordaba con gran afecto de cariño no haber oído jamás salir de mi boca la menor palabra dura o contumeliosa contra ella» 2i.

Indudablemente que esas manifestaciones tuvieron que ser un gran consuelo para Agustín, como el hecho de que en ese momento no hubiera querido recordar lo mucho que había sufrido por él y que a él le vendría a la memoria. Pero una madre, y más Mónica, no sólo perdona siempre al hijo, sino que olvida. Y las caricias y atenciones de Agustín en ese postrer momento le compensaban, para ella con creces, de cuanto antes había sufrido. También aquí encontramos algo hasta ahora no revelado: que a pesar de todo lo que de su vida sabemos, nunca Agustín tuvo para con su madre palabras duras o injuriosas. Y esto sí lo creemos, pues Agustín, por la delicadeza

espiritual y sinceridad con que siempre se ha manifestado, no hubiera dejado pasar una mentira acerca de él.

Intentó Agustín, ya antes, pero sobre todo en estos últimos momentos, dulcificarle el tránsito y devolverle algo de lo mucho que de ella había recibido. Pensando en ello, sigue: «Pero, ¿qué era, Dios mío, Hacedor nuestro, este honor que yo le había dado en comparación de lo que ella me había servido? Por eso, porque me veía abandonado de aquel tan gran consuelo suyo, sentía el alma herida y despedazada mi vida, que había llegado a formar una sola con la suya»

No está haciendo literatura Agustín a costa de su madre. «Alma herida», «vida despedazada»: la fuerza de las imágenes surge espontánea y fluye de lo profundo de su ser dolorido. Esta confesión, tan sincera y viva, nos muestra lo que su madre llegó a ser para él y la unión tan estrecha a que ambos han llegado hasta formar la madre «una sola vida con la suya». No se puede decir más, y por eso nos extrañó que Mónica pensara que ya nada tenía que hacer aquí y suspirara por salir de este mundo. A este grado de desprendimiento e indiferencia había llegado, sin que la atara, y era muy humano y no malo, lo que pudiera gozar al lado del hijo. No ha logrado tal altura Agustín, y con expresiones felices y fuertes marca su dolor. Su alma no se hacía a la soledad en que había quedado. Le viene a uno el pensamiento de que Mónica, aunque para evitar el sufrimiento del hijo lo callara, también sentiría en el último momento abandonar a un tal hijo.

No obstante el inmenso dolor que Agustín nos ha manifestado ante la muerte de su madre, parece inquietarle que no se manifestara en llanto, a pesar de haber algo en él que se lo pedía. Insiste bastante en lo que le costó que le brotaran las lágrimas. Y se trata del Agustín de corazón sensible que, recién convertido, lloraba con facilidad con los salmos de David.

Nos ha dicho que ni aún en el último momento, en la despedida final, asomó el llanto. Se decide a tomar un baño por haber oído que

ayudaba al alma en la tristeza «Mas he aquí -lo confieso a tu misericordia, ¡oh Padre de los huérfanos!- que, habiéndome bañado, me hallé después del baño como antes de bañarme. Porque mi corazón no trasudó ni una gota de la hiél de su tristeza »

Logra descansar algo esa noche, y, al despertar, el pensamiento sigue fijo en su madre, recordando y volviendo sobre lo que ella fue, para al fin poder dar rienda suelta a lo que le ahogaba: «Mas de aquí a poco tornaba al pensamiento de antes, sobre tu sierva y su santa conversación; piadosa para contigo y santamente blanda y morigerada con nosotros, de la cual súbitamente me veía privado. Y sentí ganas de llorar en presencia tuya, por causa de ella y por ella, y por causa mía y por mí» 24.

Es explicable que no pueda quitarla de su pensamiento y que ahora aflore cuanto bueno de ella recuerde.

Entre tanto como nos ha dicho, encontramos ahora «blanda y morigerada con nosotros». Y en efecto, había de gozar de un carácter suave. Nada acerca de ella hemos leído que nos lleve a pensar en arrebatos de ira, antes al contrario, constantemente da la impresión de un carácter dulce. Y, entre todo ese cúmulo de pensamientos, brota al fin lo que pugnaba por salir: «Y solté las riendas de las lágrimas, que tenía contenidas, para que corriesen cuanto quisieran, extendiéndolas yo como un lecho debajo de mi corazón; el cual descansó con ellas, porque tus oídos eran los que allí me escuchaban, no los de ningún hombre que orgullosamente pudiera interpretar mi llanto» 25.

Lágrimas, sí, de Agustín; lágrimas de un corazón que apenas puede con su dolor, pero que con ellas descansa.

Lágrimas, nos va a repetir en un precioso párrafo final, que nunca admitirán comparación con las muchas que por él derramó durante años su madre. Y así, bajo esta idea, termina «Y ahora, Señor, te lo confieso en estas líneas; léalas quien quiera e intérpretelas como quisiere; y si hallare pecado en haber llorado yo a mi madre la exigua parte de una hora, a mi madre muerta entonces a mis ojos, ella que me había llorado tantos años para que yo viviese a los tuyos, no se ría;

antes, si es mucha su caridad, llore por mis pecados ante Ti, Padre de todos los hermanos de tu Cristo» 26.

Agustín ha enterrado a su madre. Ha dado rienda suelta a su dolor y nos ha hecho vivir con intensidad ese momento. Ahora, catorce años después, al escribir las Confesiones y recordarnos su muerte y lo que para él significó, manifiesta que, si bien la orientación de la obra le ha forzado a pasar «por alto muchas cosas», en agradecido tributo a su madre se siente obligado a hablar de ella.

Volvemos así sobre una frase que ya dimos en el primer capítulo y que resume la razón de detenerse un tanto en su madre. Ha silenciado otras cosas, dice, «mas no callaré lo que mi alma me sugiera de aquella tu sierva que me parió en la carne para que naciera a la luz temporal y en su corazón a la eterna» 27.

Asuma, una vez más, el corazón agradecido del hijo, pero el «no callaré» parece prometer más de lo que luego da. Se limita a lo que al principio narramos de su vida de niña y casada. Casi todo el resto de lo aquí recogido ha sido espigado en los anteriores libros de las Confesiones, narrado allí como necesario para la marcha de la obra.

Y cierra ya el hablar de su madre, después de recordar que había logrado convertir a su marido, apurando el texto para ofrecernos los últimos rasgos de su hermosa y rica vida, que le vienen a la memoria

«Era, además, sierva de tus siervos, y cualquiera de ellos que la conocía te alababa, honraba y amaba mucho en ella, porque advertía tu presencia en su corazón por los frutos de tu santo trato».

«Había sido mujer de un solo varón, había cumplido con sus padres, había gobernado su casa piadosamente y tenía el testimonio de las buenas obras, y había nutrido a sus hijos, pariéndoles tantas veces cuantas les veía apartarse de Ti».

«Por último, Señor, ya que por tu gracia nos dejas hablar a tus siervos, de tal manera cuidó de todos nosotros, los que antes de morir ella vivíamos juntos, recibida ya la gracia del bautismo, como si fuera

madre de todos; y de tal manera nos sirvió, como si fuese hija de cada uno de nosotros» 28.

Magnífico colofón en el que Agustín resume lo que su madre significó para todos aquellos que entraron en su vida: marido, padres, hijos, conocidos y grupo que con él convivía. Incluso aparecen detalles en los que antes no se había detenido.

Así, parece indicar que algún otro de los hijos pudo tener problemas religiosos: «pariéndoles tantas veces cuantas les veía apartarse de Ti». «Había cumplido con sus padres», dice también, señalándola como buena hija, pero es este un aspecto cuyo alcance y a qué pudo obligarle no aparece en las Confesiones. Sobre todo, «tenía el testimonio de las buenas obras» y cuantos la conocían «alababan, honraban y amaban mucho en ella» al Señor.

¿Qué más se puede decir?

Sintetiza muy bien todo lo anterior, e incluso su vida, esta breve frase, que cualquiera desearía como epitafio «A todos sirvió, a todos edificó». Nada mejor se puede decir de una vida. Y esa fue la vida de Santa Mónica.

28 IX, 9, 22.

XX. ORACIÓN POR LA MADRE

«Derramo ante Ti, Dios nuestro, otro género de lágrimas muy distintas por aquella tu sierva: las que brotan del espíritu conmovido a vista de los peligros que rodean a toda alma muerta en Adán».

(Conf, IX, 13, 34).

Dedica Agustín todo el último capítulo de este noveno libro de sus Confesiones a una sentida oración por su madre. Una oración extraordinaria, sumamente hermosa y llena de unción. Aunque está seguro de su santidad, no excluye que todavía tuviera algo que purificar y reza por ella, a la vez que pide oraciones a cuantos lo lean. Igualmente, una vez más, aprovecha para recordar alguna de sus extraordinarias cualidades.

Creemos que merece ser transcrita íntegra esta oración, que no precisa más comentario «Mas sanado ya mi corazón de aquella herida, en la que podía reprocharse lo carnal del afecto, derramo ante Ti, Dios nuestro, otro género de lágrimas muy distintas por aquella tu sierva: las que brotan del espíritu conmovido a vista de los peligros que rodean a toda alma muerta en Adán».

«Porque, aun cuando mi madre, vivificada en Cristo, primero de romper los lazos de la carne, vivió de tal modo que tu nombre es alabado en su fe y costumbres, no me atrevo, sin embargo, a decir que, desde que fue regenerada por Ti en el bautismo, no saliese de su boca palabra alguna contra tu precepto».

«Porque la Verdad, tu Hijo, tiene dicho: "Quien llamare a su hermano necio será reo del fuego del infierno"

(Mat. 5, 22); y ¡ay! de la vida de los hombres, por laudable que sea, si Tú la examinas dejando a un lado la misericordia ».

«Mas porque sabemos que no escudriñas hasta lo último de nuestros delitos, vehemente y confiadamente esperamos ocupar un lugar contigo. Porque quien enumera en tu presencia sus verdaderos méritos, ¿qué otra cosa enumera sino tus dones? ¡Oh "si se reconociesen los hombres" (Sal. 9, 21), "y quien se gloria se gloriase en el Señor" (Cor. I, 1,31)».

«Así pues, alabanza mía y vida mía, y Dios de mi corazón: dejando a un lado por un momento sus buenas acciones, por las cuales gozoso te doy gracias, te pido ahora perdón por los pecados de mi madre».

«Óyeme por la Medicina de nuestras heridas, que pendió del leño de la cruz, y "sentado ahora a tu diestra, intercede contigo por nosotros" (Rom. 8, 34). Yo sé que ella obró con misericordia y que perdonó de corazón las deudas a sus deudores; "perdónale también Tú sus deudas"

(Mat. 6, 12), si algunas contrajo durante tantos años después de ser bautizada».

«Perdónala, Señor, perdónala, te suplico y "no entres en juicio con ella" (Sal. 132, 2). "Triunfe tu misericordia sobre la justicia" (Jer. 2, 13), porque tus palabras son verdaderas y prometiste "misericordia a los misericordiosos"

(Mat. 5, 7), aunque lo sean porque Tú se lo das, Tú, que "tienes compasión de quien la tuviere y prestas misericordia a quien fuere misericordioso" (Rom. 9, 15)».

«Yo bien creo que has hecho ya con ella lo que te pido; mas deseo aprobéis, Señor, los deseos de mi boca (Sal. 118, 108). Porque estando inminente el día de su muerte, no pensó aquélla en enterrar su cuerpo con gran pompa o que fuese embalsamado con preciosas esencias, ni deseó un monumento escogido, ni se cuidó del sepulcro patrio».

«Nada de esto nos ordenó, sino únicamente deseó que nos acordásemos de ella ante el altar del Señor, al cual había servido sin dejar ningún día, sabiendo que en Él es donde se inmola la Víctima santa, con cuya sangre fue borrada la escritura que había contra nosotros (Col. 2, 14), y vencido el enemigo que cuenta nuestros delitos y busca de qué acusarnos, no hallando nada en aquél en quien nosotros vencemos (Juan, 14, 30)».

«¿Quién podrá devolverle su sangre inocente? ¿Quién restituirle el precio con que nos compró, para arrancarnos de aquél? A este sacramento de nuestro precio ligó tu sierva su alma con el vínculo de la fe. Nadie la aparte de tu protección. No se interponga, ni por fuerza ni por insidia, el león o el dragón. Porque no dirá ella que no debe nada, para ser convencida y presa del astuto acusador, sino que sus deudas le han sido perdonadas por Aquel a quien nadie podrá devolverle lo que no debiendo dio por nosotros».

«Sea, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no tuvo otro; a quien sirvió, ofreciéndote a Ti el fruto con paciencia a fin de lucrarle para Ti».

«Mas inspira, Señor y Dios mío, inspira a tus siervos, mis hermanos; a tus hijos, mis señores, a quienes sirvo en el corazón, con la palabra y con la pluma, para que cuantos leyeren estas cosas se acuerden ante el altar de Mónica, tu sierva, y de Patricio, en otro tiempo su esposo, por cuya carne me introdujiste en esta vida, no sé cómo».

«Acuérdense con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta luz transitoria; mis hermanos, debajo de Ti, oh Padre, en el seno de la madre católica, y mis conciudadanos en la Jerusalén eterna, por la que suspira la peregrinación de tu pueblo desde su salida hasta su regreso, a fin de que lo que aquélla me pidió en el último instante le sea concedido más abundantemente por las oraciones de muchos con estas mis Confesiones, que no por mis solas oraciones» .

Hermoso final: Una fervorosa oración del hijo por la madre que tantas y tantas elevó por él.

EPILOGO

En las anteriores páginas hemos intentado reflejar el perfil espiritual y humano de Santa Mónica con escrupulosa fidelidad a las páginas de Agustín y con la amplitud que los datos -no siempre cuantos hubiéramos deseado- nos lo han permitido. Y así cerramos nuestra narración.

No obstante, como broche final, no podemos renunciar a resaltar, sintetizados, algunos de sus más característicos rasgos, ya antes expuestos con más extensión.

También queremos recoger y destacar el mensaje que su vida puede ofrecer a la mujer de hoy, ya que ésta ha sido la idea que ha motivado nuestro trabajo.

Y partiendo de esto último, lo que Mónica puede ofrecer, podemos resumirlo en una palabra que a continuación especificaremos: «Modelo». Y efectivamente, y con todo merecimiento, Santa Mónica puede ser presentada como modelo, al haber vivido la mayoría de las situaciones por las que una mujer puede pasar, y haberlas vivido desde una óptica profundamente cristiana.

El Breviario de la orden agustiniana, en su festividad del 4 de mayo, sintetiza muy acertadamente los principales rasgos que pueden definirla: «Fuerte de ánimo, ardiente en la fe, firme en la esperanza, de brillante inteligencia, sensibilísima en las exigencias de la convivencia, asidua en la oración y en la meditación de la Sagrada Escritura, encarna el modelo de la esposa ideal y de la madre cristiana».

Sería suficiente repasar lo escrito acerca de su vida para encontrar detallados la mayoría de los rasgos que el Breviario señala. Y hacemos nuestro todo, pero de modo especial las últimas palabras de que «encarna el modelo de la esposa ideal y de la madre cristiana».

Modelo de esposa: Mónica supo gobernar su hogar con prudencia y acierto, educar a sus hijos en su misma fe cristiana,

atraer a la misma fe a cuantos en su hogar convivían con ella, después de haber logrado borrar con su ejemplar y suave trato la inicial prevención con que fue recibida. Supo llevar -y aquí está su principal mérito-

la convivencia matrimonial con una delicadeza, tacto y paciencia religiosas tales, que logró sortear las especiales dificultades que su matrimonio presentaba.

Tuvo, al fin, el consuelo de conducir a su marido, pagano, a la misma fe que ella profesaba.

Modelo de madre: Nos quedaremos siempre cortos al intentar reflejar este peculiar rasgo suyo. Es la de Santa Mónica la imagen más adecuada para alentar, sostener y consolar a tantas madres desgraciadas, con hijos extraviados, ya alejados de la fe, ya con una desordenada conducta.

Modelo de madre: Porque la trayectoria de su vida nos la presenta, según hemos visto, en las más variadas situaciones por las que una madre puede pasar, y dejando atrás todas ellas con una altura humana y espiritual que fuerza a las madres a refugiarse en ella, a aceptarla como modelo e iluminarse con su ejemplar luz ante una misión tan delicada y difícil como es la de ser madre.

Modelo de madre por su bondad y heroísmo: Basta seguirla en su caminar tras el hijo, sin acritud ni fatiga, creyéndole tantas veces perdido, y siempre pacientemente intentando, durante diecisiete años, devolverle a la luz.

En este seguimiento del hijo alejado de la fe y en su tenaz conato por recuperarle es donde su figura se agranda y agiganta a unos niveles de sublime altura. Y por eso, entre los «enfermos», siempre y principalmente interesarán su gran corazón de madre los «ciegos», no tanto los privados de la luz del sol, cuanto los que encuentran dificultades para contemplar la luz de la fe.

Modelo de madre: Que la lleva a ocupar un lugar destacado entre las madres que la historia puede ofrecer a la humanidad como

ejemplo. Y esto obliga a «guardar su nombre con veneración y gratitud», porque esa historia de la humanidad le debe un gran hombre: Agustín.

La misma Iglesia le debe uno de sus más grandes doctores. Dice Poujoulat: «Sin sus lágrimas y ternura religiosa la Iglesia católica no hubiera tenido, tal vez, a Agustín... Las lágrimas de Mónica y sus altas virtudes llevaron a Agustín a la vida cristiana».

Y sigue el mismo autor ensalzando a Santa Mónica como madre con estos brillantes y acertados párrafos «Entre los grandes hombres, aquellos que más bien han hecho al mundo tenían el corazón hecho a imagen del de su madre».

«Cuando el genio se encuentra en un hombre que ha mamado la leche de una excelente madre y recibido de ella las primeras lecciones, no temáis que ese genio sea un azote para las sociedades; al contrario, siempre será para ellas consuelo y luz».

«Lo que hay de santo y sublime en la tierra tiene su germen en los corazones maternos; y en tanto quede alguna madre con algún rayo de cielo en su alma, no debe desesperarse de los destinos de su pueblo» '.

Estas hermosas líneas que Santa Mónica inspiró a Poujoulat, y con las que nos identificamos, no hacen sino reafirmar lo que hemos venido diciendo de ella como madre y modelo de madres. Y toda la historia de Mónica enseña, y esta es la gran lección, que Dios no resistirá jamás los gemidos de una madre que ora y llora por sus hijos.

Modelo por su religiosidad: Su gran secreto, la fe vivida en profundidad. De ahí que la encontremos pronto, aparte de su riqueza en virtudes humanas, adornada con las virtudes cristianas, y dotada de una tal grandeza de alma y tan gran entereza al servicio de Dios que asombran.

En el fondo se encuentra uno en Mónica con una rica espiritualidad que la lleva a irradiar la sabiduría y el arte de ser

cristianos en cualquier circunstancia de la vida, y en ella, sobre todo, en el arte de ser esposa y madre.

Y es claro que hay una fuente que explica todo esto su espíu de oración. Oración y lágrimas salen tanto al paso en su vida que se convierten en su pan cotidiano.

Siempre creyó y confió todo a la ayuda del Señor, pero porque siempre creyó también que la oración insistente y la fe en su eficacia habrían de obtener esa ayuda.

No parece exagerado afirmar que estuvo dotada de un especial carisma de oración. Esto explica, por una parte, lo mucho que consiguió, y, por otra, y casi con toda seguridad, que en el Agustín, recién convertido, la oración fluya espontánea, constante y consoladora. Tuvo buena escuela al lado de su madre.

Su fe religiosa se asentó siempre en dos pilares, que luego tanto pregonaría su hijo: gracia o gratuidad y misericordia por parte del Señor. Puso sí en juego algunos medios humanos para lograr sus propósitos, pero en el fondo todo lo esperó siempre de arriba e intentó siempre forzarlo todo con oración y lágrimas, convencida de que para los caminos descarriados de su hijo no había otra salida.

Modelo de santidad: Esta religiosidad a la que acabamos de aludir desemboca en que podamos, sin género de duda alguna, hablar de Mónica como modelo por su santidad. Logró efectivamente mucho y el Señor la premió grandemente y con generosidad. Pero esos logros podemos muy bien considerarlos premio a una vida santa.

Y la santidad nunca fue producto de una vida cómoda y sin esfuerzo.

En efecto, el sendero de la santidad, al alcance de todos, únicamente es recorrido por almas esforzadas, fuertes y valientes. Y Mónica demostró con creces poseer esas cualidades y, por tanto, tener categoría como para ser encuadrada en la santidad. Una santidad la

suya, insistimos, basada en la firme fe que informó su vida de cada día.

Dios fue para ella, ya desde muy joven, una realidad presente y esperanzadora a la que siempre se acogió, primero en su vida matrimonial y de hogar, y luego, de una manera que fuerza a total admiración, en su dura y sostenida lucha en pos de la salvación de Agustín, su hijo.

Cuando tantas veces todo en la vida de su hijo parecía llevar a la desesperanza, su probada y firme religiosidad supo siempre buscar respuesta en lo alto. De ahí que, si bien pudiera no hallarse nada extraordinario en su vida material, sí en cambio puede llamarse extraordinaria y muy extraordinaria esa constancia y tenacidad en su oración por el hijo, sin muestras de cansancio o desfallecimiento.

Esto define y hace patente su vida de fe y piedad.

Ciertamente no podemos hablar en su vida de nada milagroso en el sentido teológico de la palabra. Pero sí como testimonio de que el Señor estaba a su lado, y de que el Señor prueba y ayuda, muchas y consoladoras manifestaciones de la amorosa providencia divina. Fue

un hecho la presencia actuante del Señor que Mónica vivió - llámese a esa presencia sueños, visiones, inspiraciones, consuelos especiales- en momentos claves de su vida y que, animada por ellos y con renovada confianza, comunicará luego más de una vez a su hijo. Es posible que sin tales manifestaciones, prueba de la amorosa providencia del Señor, hubiera desfallecido ante tanta adversidad como le iba saliendo al paso. Dios jalonó su camino con hitos esperanzadores.

Mónica, en fin, como modelo, nos dice que para la santidad no hay tiempos ni distancias. Y que lo que pudo ser ella ayer, en el siglo iv, puede hoy, siglo xx, hacerse realidad. Es suficiente, como hizo ella, saber abreviar en el manantial divino y responder en la vida de cada día a tantas gracias como el Señor adelanta.

Solamente así Mónica logró pasar a la posteridad como transmisora de contenidos doctrinales, experiencias aleccionadoras, ejemplaridad de vida y plenitud de riqueza espiritual que la avalan como lo que es: UNA SANTA.

APÉNDICES

1. VIAJES DE SANTA MÓNICA

En el mapa adjunto se pueden ver con claridad los lugares en los que transcurrió la vida de la santa y los viajes que realizó.

Naturalmente, desde una perspectiva actual, y dados la facilidad y comodidad que el viajar supone, no parecerá demasiado lo que la santa recorrió.

Es preciso situarse en el siglo iv, con las limitaciones de entonces en los desplazamientos, la duración y lo penoso de las rutas, sin dejar a un lado los escasos recursos económicos de que Mónica podría disponer, para poder hacerse una muy lejana idea de los sacrificios que sus viajes le pudieron suponer.

La mayor parte de su vida, hasta los cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años, la pasó en Tagaste. Es muy probable, y casi se puede afirmar como cierto, que, cuando sobre los once o doce años de Agustín le envían a Madaura, distante de Tagaste sólo veintiocho kilómetros, para continuar sus estudios, le acompañe su madre para acomodarle allí e incluso vuelva más de una vez a visitarle. Es totalmente natural que así ocurriera, pero nada se nos dice de ello y queda en una muy fundada suposición.

Su primer largo viaje del que tenemos noticias es a Cartago, que dista de Tagaste unos doscientos cuarenta kilómetros, para vivir con su hijo, Profesor en esa ciudad. Es ya viuda desde hace unos seis años y posiblemente se vea obligada a vivir con alguno de los hijos, y es natural, conociendo su vida, que lo haga con Agustín. Fue una salida

de Tagaste posiblemente definitiva, pues en ningún lugar encontramos que volviera por allí alguna otra vez.

Se puede pensar, dado el modo de viajar de la época, en no menos de tres-cuatro días, y, si bien los romanos habían dotado a la región de bastantes buenas comunicaciones, no se puede descartar la incomodidad del traqueteo del carruaje, el ahogo de los caminos polvorientos y lo no muy acogedoras que serían las posadas. Se sabe que en éstas las pocas habitaciones de que disponían estaban sólo a disposición de quienes tenían una economía desahogada; los demás viajeros, entre los que, a no dudarlo, estaría Mónica, tenían que acomodarse junto a las caballerizas.

Este viaje supuso también para ella, y le tuvo que doler, desarraigarse del pueblo que fue su hogar hasta los cuarenta y seis años, y entrar en el frío anonimato de la ciudad. Para una sencilla aldeana decir adiós a tantas pequeñas pero entrañables cosas, a hijos, familiares, amigos y convecinos no se nos alcanza del todo lo que significa, pero sí adivinamos algo del trauma que conlleva.

Otro viaje, y este ciertamente gran viaje, fue: Cartago-Ostia Tiberina (Puerto)-Roma-Milán. El motivo, reunirse con Agustín, ahora Retórico en esta última ciudad, y que la había abandonado año y medio antes en la playa de Cartago.

Viaje muy largo, duro, incómodo y peligroso, tanto en mar como en tierra y, sin duda, muy cansado. Piénsese que Mónica está entre los 54-55 años, para la época, dentro ya de una plena ancianidad.

En cuanto al mar, apenas si había alguna nave sólo para pasajeros y en zonas muy contadas; en general tenían que acomodarse en naves de carga, siempre incómodas.

De Cartago a Ostia, puerto de Roma, había dos rutas. La más directa: Cartago-Cerdeña-Ostia. Unos seiscientos kilómetros y cinco o seis días de navegación. Estaba reservada a naves de gran cabotaje (carga), para poder afrontar el mar abierto, siempre peligroso. Ruta en general evitada por los viajeros.

La ruta normal de primavera a otoño, y que sería la que escogió Mónica -en otoño tenían planeada la vuelta antes de morir ella- era: Cartago-costa occidental de Sicilia hasta Mesina-Calabria-Ostia. Era más larga que la anterior, suponía unos mil kilómetros y alrededor de diez días de navegación.

Iba bordeando las costas, con el fin de evitar el mar interior y solían hacer paradas nocturnas en alguna ensenada o puerto.

Ya hemos visto que pasó una fuerte y peligrosa tormenta.

Una vez en Ostia, se encaminaría a Roma, distante unos veinte kilómetros, y en la época bien comunicada. Suponemos que sabría que Agustín estaba en Milán -algunos autores lo dudan- y no sabemos cómo sortearía las dificultades con que se encontraría para emprender esa última etapa de su viaje.

Roma distaba de Milán unos seiscientos kilómetros y la duración del viaje andaba en torno a la semana, siempre contando con un viaje normal. Y también aquí nos encontramos con tres posibles rutas, sin que en parte alguna se nos señale cuál pudo seguir.

La ruta más corriente, aunque no la más corta, era a través de las Vías Flaminia y Emilia. Se trataba de dos vías importantes, podríamos decir que de primer orden. Aun sin ser las más directas, posibilitaban una más fácil llegada a Milán.

Y Roma y Milán, prácticamente dos capitales de un mismo imperio, por fuerza estarían bien comunicadas. Todo hace pensar en una ruta con viajes organizados, aunque no sepamos la frecuencia de los mismos.

La vía Flaminia, construida por C. Flaminio Nepote el año

221 a. de C, salía de Roma por la actual Plaza del Popólo y siguiendo por la zona sur de Umbría pasaba por Espoleto, cruzaba el Apenino y cogiendo el valle del río Matauro tocaba el mar hacia Fano, subiendo por la costa hasta Rímni, donde terminaba.

En Rímni se enlazaba con la vía Emilia, construida el año

187 a. de C. por M. Emilio Lépido, que se internaba tierra adentro por Cesena, Forlì, Bolonia, Parma y Piacenza, donde terminaba. Desde aquí ya era fácil continuar hasta Milán, si es que no había ruta ordinaria.

Podemos pensar que este viaje de Cartago a Milán, suponiendo que todo le fuera muy bien, no duraría menos de tres semanas y, sin temor a equivocarnos podemos pensar que la pobre Mónica anduvo rodando un mes hasta reunirse con su hijo.

Necesitó valor, y esto pone de manifiesto su fuerte personalidad y carácter, para adentrarse en ese mundo totalmente nuevo para ella, totalmente desconocido y distinto y sobre el que amontonaría muchas prevenciones y temores, aunque sólo fuera por considerarlo colonizador de su tierra.

Tenía Mónica otras dos posibilidades para ir a Milán. Era una ir Roma-Arezzo-Florenia y aquí intentar enlazar con la vía Emilia. Pero, aparte de tratarse de vías secundarias, estaba la dificultad de encontrar transporte para seguir el viaje.

También la vía Aurelia, vía importante que enlazaba Roma con la Galia, subiendo por la costa y pasando por Pisa y Genova le ofrecía otra posibilidad de viaje. Pero lo mismo que la anterior era preciso abandonarla en un determinado momento y buscar cómo seguir por calzadas secundarias hasta Milán.

Aparte de eso era una vía marcadamente militar, lo que es posible dificultara otros transportes.

Después de la conversión de Agustín hacen un pequeño viaje, Milán-Casiciaco, que sólo distaba unos treinta y cinco kilómetros.

Vuelven de Casiciaco a Milán para el bautismo de Agustín.

Y por fin, el regreso Milán-Roma-Ostia Tiberina con ánimo de embarcar para África. Descansando, en espera de la salida, enferma Mónica y muere en el otoño del año 387.

2. LUGARES

TAGASTE

Patricio, Mónica y Agustín eran naturales de Tagaste, un pequeño pueblo, hoy Souk-Ahras, en la zona oriental de Argelia, en la Numidia y próximo a la frontera de Túnez. Toda la zona estaba bajo la colonización romana, si bien la influencia por parte de Roma era menor en la Numidia que en la zona más oriental de Cartago.

Ignoramos el número de habitantes; el medio de vida era el campo, hoy abandonado. La agricultura en el siglo iv era floreciente y abundaba la zona en cereales, aceite y vino.

Se hablaba la lengua púnica, de origen fenicio -San Agustín la defiende en la Carta 17- y, con dificultad, una parte del pueblo se defendía en latín. Se iban romanizando en todo, pero con lentitud. Se nota esto en los nombres: Patricio y Agustín son nombres romanizados, mientras que Mónica es nombre de una divinidad púnica.

Tagaste, al ser un pueblo pequeño, solamente contaba con la enseñanza que podemos llamar elemental -lectura, escritura, cálculo-, que comenzaba a los siete años y la impartía el llamado «litterator».

Destruído el pueblo del siglo iv, su emplazamiento fue descubierto en 1843 y se han encontrado ruinas de una pequeña basílica y otros monumentos cristianos. Al norte de Tegaste, casi en línea recta y a 96 kilómetros, junto al mar, se encontraba Hipona, entonces Hippo Regia y hoy Bona, ciudad de la que fue obispo San Agustín.

MADAURA

Madaura estaba situada también en la Numidia (Argelia), a 28 kilómetros al sur de Tagaste. También colonizada por Roma, era ciudad mayor que Tagaste y mucho más importante y más influenciada por el paganismo. Fértil como Tagaste en agricultura, si bien más barrida por los vientos del Sahara, se beneficiaba de su situación a orillas del río Bragadus. Sus ruinas, bastante importantes, se hallan cerca de la actual Mdaurch.

Sobre los 11-12 años fue Agustín a esta ciudad a continuar sus estudios, el que se puede decir segundo ciclo de la enseñanza de entonces, que no existía en Tagaste. Consistía fundamentalmente en lecturas, explicación de textos y ejercicios orales y escritos. En Madaura se podía también estudiar el tercer ciclo, lo que no hizo allí Agustín. Se la consideraba por ello ciudad universitaria. Es conocida también por ser patria del poeta Apuleyo.

CARTAGO

Situada en el actual Túnez, en su golfo, a principios del siglo IV era la primera ciudad de África y segunda del imperio romano.

No es del momento detenernos en sus distintas vicisitudes históricas. Reconstruida hacia el siglo n, los distintos emperadores fueron acreciendo su prosperidad y dotándola de suntuosos monumentos, de tal modo que a finales del siglo n es más gloriosa que nunca: Capital de la África romana, residencia de un procónsul y de numerosos funcionarios y llena de comerciantes a los que enriquecía el tráfico marítimo.

Con el siglo ni comenzaron constantes luchas políticas por el poder, con una sucesión de usurpadores, en general gobernadores de la provincia, que buscaban convertir en favor propio la autoridad suprema, con la corrupción y usurpación de bienes que a esto acompañaban. Ninguno logró mantenerse mucho tiempo, pero sí perjudicaron mucho a la ciudad, la fueron empobreciendo y debilitando y terminaron favoreciendo con sus discordias la conquista de los vándalos en el 439.

A San Agustín le tocó vivir ya de estudiante, luego de Profesor y también siendo obispo, esta inquieta y poco grata situación.

Ciudad opulenta y voluptuosa -llegó a ser llamada «Ciudad del Placer»-, ofrecía buen vivir, refinamiento en la cultura y calidad en la música y en los espectáculos. Al joven Agustín le deslumbró.

Capital intelectual, estaba muy bien equipada para la formación, con una muy importante Biblioteca. Los padres de Agustín la

preferieron a Madaura para el tercer y último ciclo en sus estudios de «retórica» por la fama de que gozaba. A Cartago solían ir los estudiantes de familias más acomodadas o ambiciosas, que aspiraban a lo mejor para sus hijos, como en el caso de Patricio y Mónica.

La Cartago romana debió en gran parte su esplendor, en esta época, al cristianismo, con grandes personajes. Entre ellos cabe citar a Tertuliano, S. Cipriano y S. Agustín. Este, como sabemos, fue allí estudiante, Profesor y luego de obispo asistió con frecuencia a reuniones o Conferencias de obispos, a algún Concilio, y muchos de sus sermones en Cartago fueron predicados.

Van der Meer llama a Cartago «segunda residencia de Agustín».

OSTIA TIBERINA

Puerto de Roma en la desembocadura del Tiber y a 20 kilómetros de la ciudad. La más antigua de las colonias romanas, posiblemente del siglo iv a. de C, tuvo en un principio más importancia militar que portuaria.

El progresivo incremento de su tráfico comercial con el fin de abastecer a Roma la lleva a sustituir a Puteoli, bastante distante, y a acrecentar su expansión urbanística. Claudio (41-54) construyó un nuevo puerto a dos kilómetros de la desembocadura del Tiber y un pequeño poblado. El aumento del comercio, y, en consecuencia, de la población, llevó a Domiciano (81-96) a una nueva urbanización, plan que terminó en la época de Adriano (117-138) en una gran transformación, en la que quedó definitivamente fijada la estructura de Ostia y que terminaría en el reinado de Antonio Pío (138-161). Se supone que en la época de los Antoninos el momento de su máximo esplendor a mediados del siglo III sufre una grave crisis, declina la población y desaparecen muchas instituciones. Si bien con Diocleciano (284-305) y con Constantino (306-337) tuvieron cierta recuperación, ésta fue un tanto efímera, y ya no volvieron su antigua gloria y esplendor. Cuando llega Agustín probablemente en el 383, había decaído la vida desenfadada y alegre de anteriores tiempos y encuentra una ciudad donde el abandono era patente.

En cuanto a religión, además de los dioses romanos, Ionio puerto comercial dio acogida a los cultos orientales. Incluso tenía una sinagoga, la más antigua del mediterráneo, de mediados del siglo I d. de C. La penetración del cristianismo fue lenta y en el siglo IV todavía hay muchos indicios de paganismo.

Las ruinas descubiertas y documentos antiguos hablan de almacenes, hórreos en cantidad, edificios comerciales, edificio públicos, dos Capitolios, zona de suntuosas villas, una gran área sagrada con varios templos... Todo ello permite una aproximación a lo que pudo ser Ostia en su momento de esplendor.

ROMA Y MILÁN Roma y Milán, las dos grandes ciudades de Italia, importantes en el itinerario y vida de Mónica y Agustín, sobre todo Milán, son suficientemente conocidas como para no juzgar necesario detenernos en ellas. Una pequeña descripción que pretendiese recoger someramente la época que nos ocupa alargaría demasiado e innecesariamente estas páginas.

Roma, la gran capital del Imperio, que durante siglos ha detentado el poder económico y político, admirada por sus grandes monumentos, está decayendo. Constantino el Grande en el 330 la privó de su primacía y trasladó la capitalidad del Imperio a Constantinopla, que él había fundado. En el 410 Alarico saqueó Roma, lo que motivó la gran obra de San Agustín «La Ciudad de Dios», en defensa del cristianismo, al que se quería culpar del desastre. Y, por fin, en el 476 Odoacro hundió el Imperio romano de Occidente. Salva a Roma, en otro orden, el que en este momento ya habían madurado las condiciones para su papel de Capital del Cristianismo.

Milán se fue afianzando como centro de la Italia del Norte.

Los emperadores del siglo III, con frecuencia, en sus expediciones en defensa de las fronteras del Imperio, se detenían en esta ciudad. Se prestaba mejor y ofrecía más facilidades que Roma para esa defensa. Roma estaba demasiado alejada de las fronteras del norte, siempre inquietas.

Cuando Agustín y Mónica viven allí, Milán es residencia imperial, pues en el siglo iv es capital de la Italia septentrional.

CASICIACO

Se trata de una finca que Verecundo, amigo de Agustín, puso a su disposición, una vez convertido y haber renunciado a su Cátedra. A ella se retiró con su madre y amigos.

Dos localidades se disputan la villa. Es una Casciago, cerca de Varesse, a 55 kilómetros de Milán. Hoy parece descartada.

La otra sería Cassago, también en Lombardía, y un poco más cercana a Milán que la anterior, a sólo 35 kilómetros al noreste y entre los ríos Adda y Lambro. Esta localidad, rica en asentamientos arqueológicos, parece a los estudiosos de la cuestión el lugar más probable como ubicación de la finca.

HIPONA

No resistimos la idea de hacer, junto a los otros lugares citados, una breve presentación de Hipona. Si bien no tiene relación directa con Santa Mónica, sí la tiene con su hijo y más de una vez nos hemos visto obligados a hablar de San Agustín como obispo de esta ciudad y en ella escribió las Confesiones, obra en la que nos transmite cuanto de su madre sabemos.

Hipona, en nombre latino Hippo Regius, hoy Bona, está como Tagaste, en la Numidia -división romana de África-

en la actual Argelia y junto al mediterráneo.

Había sido en tiempos colonia de Cartago y después de ésta la más próspera de las ciudades comerciales africanas.

Cuando en el 396 San Agustín es nombrado obispo, Hipona es colonia romana y también la segunda ciudad en importancia después de Cartago.

Importante para el cristianismo como sede episcopal, se reunieron en ella varios concilios. Agustín, siendo todavía simple sacerdote,

hubo de intervenir en el Concilio del 393 con un discurso sobre la Fe y Símbolo. Tal vez la gran figura de su obispo, Agustín, fue la causa de que Hipona ocupara un primer plano en la vida católica de África en la primera parte del siglo v.

Destruida en el siglo VII por los árabes, fue reconstruida a poca distancia con el nombre de Bona. Las importantes ruinas descubiertas permiten una idea bastante aproximada de lo que fue.

Construida en el estuario del río Seybouse, en el fondo de un golfo, estaba protegida de sus tempestades por muros de cal maciza, y su población, al ser un puerto abierto al mar, era bastante heterogénea. Tenía una gran actividad comercial con todo el mediterráneo.

No era una ciudad trazada geoméricamente al modo romano. Con anterioridad a su colonización estaba rodeada de murallas y sus calles eran estrechas e irregulares. Los romanos limitaron la influencia púnica, aunque no pudieron hacerla desaparecer.

Como reflejo del pasado, un foro lujoso, el más grande de África, basílica civil, termas al n o r t e y al sur de la ciudad, biblioteca, teatro y un muy importante mercado. Todo habla de la gran ciudad desaparecida. Llama la atención la canalización del agua, muy peculiar de los romanos, y que, por su conservación, ha podido ser bastante bien estudiada y reconstruida.

Dentro de las murallas, hacia el este, se encontraba la «ínsula» o barrio cristiano. No es que éstos, los cristianos, vivieran allí, ya que estaban dispersos por toda la ciudad, sino que se trataba del conjunto de edificios de la iglesia: Basílica mayor, monasterio, casa episcopal, biblioteca con capacidad para recibir a los obispos en Concilio... La Basílica de la Paz, donde fue enterrado Agustín, era una de las mayores de África, con cuarenta metros de longitud.

Por último, merece destacada atención la cantidad de mosaicos, en perfecto estado, descubiertos en muchas partes de la ciudad. Notables, entre otros, «el del arca de Noé» encontrado en una capilla de la Basílica, o el mosaico de «la caza» del barrio de las villas.

